KAZAN
PERRO
LOBO

JAMES
OLIVER
CURWOOD

EJ

C·O·M
BARCELONA

KAZAN
PERRO LOBO

James Oliver
CURWOOD

NOVELAS DE
JAMES OLIVER CURWOOD

CORAZONES DE HIELO
EL BOSQUE EN LLAMAS
FUERA DE LA LEY
LOS CAZADORES DE LOBOS
LOS BUSCADORES DE ORO
DONDE EL RÍO NACE
EL VALLE DE LOS HOMBRES SILENCIOSOS
LA SENDA PELIGROSA
KAZAN

EN PREPARACIÓN

FELIPE STEEL
FLOR DEL NORTE

KAZÁN, PERRO LOBO

POR

James Oliver Curwood
Autor de "Fuera de la Ley"

Novela traducida del inglés
por
Manuel Vallvé

COLECCIÓN OBRAS MAESTRAS
EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
Calle Provenza, 216
BARCELONA
1926

Capítulo I — *El milagro*

Kazán estaba echado, mudo e inmóvil, con su gris hocico entre las patas delanteras y los ojos medio cerrados. Una roca no habría parecido más desprovista de vida que él. No se movía ni un solo músculo de su cuerpo ; ni siquiera le temblaba un pelo o un párpado. Sin embargo, cada una de las gotas de sangre salvaje de su espléndido cuerpo corría por sus venas con la mayor excitación que experimentara en su vida ; cada nervio y cada fibra de sus maravillosos músculos estaban tirantes como alambres de acero. Era mestizo de lobo y de perro *husky* (1) y los primeros cuatro años de su vida los pasó en la libertad de la selva. Había sentido los tormentos del hambre furiosa y sabía lo que significaba helarse. Había escuchado los gemidos de los vientos de las largas noches árticas de las Estepas. Oyó el trueno del torrente y de las cataratas y había buscado abrigo contra la furia de la tormenta. Sus flan-

(1) El *husky* es una de las variedades de perros rastreadores que se utilizan en el Norte del Canadá.

cos y su cuello estaban llenos de cicatrices, recuerdos de las peleas sostenidas, y sus ojos enrojecidos por el brillo cegador de las nieves. Lo llamaban Kazán, el Perro Salvaje, porque entre los de su especie era un gigante y tan valeroso como los hombres que lo llevaron a través de los peligros de un mundo helado.

Nunca había conocido el miedo... hasta ahora. Nunca había sentido el deseo de huir, ni siquiera el terrible día en que, en el bosque, peleó con un enorme lince gris y lo mató. Ignoraba la causa de su miedo, pero sabía que se hallaba en otro mundo diferente, en el que había muchas cosas que lo asustaban. Era su primer contacto con la civilización. Deseaba el regreso de su amo a la extraña estancia en que lo dejara. Tratábase de una habitación llena de cosas horribles. Había en la pared grandes rostros humanos, que no se movían ni hablaban, pero que lo miraban fijamente, como nunca observara en las demás personas. Recordaba haber tenido un amo que se quedó muy quieto y muy frío en la nieve y él entonces se sentó sobre su cuarto trasero y aulló la canción de la muerte ; pero aquellas caras de la pared miraban como si estuvieran vivas y, sin embargo, parecían muertas.

Repentinamente Kazán enderezó las orejas, pues había oído pasos y voces quedas. Una de ellas era la de su amo. En cuanto a la otra, le

causó ligero temblor a lo largo de su cuerpo. Una vez, hacía ya tanto tiempo, que, sin duda, fué en los primeros días de su vida, le pareció haber soñado una risa semejante a la de la muchacha que se acercaba. Y aquella risa lo inundó de felicidad maravillosa, de amor intenso y de dulzura tal, que levantó la cabeza. Cara a cara y con los ojos brillantes y rojizos miró a los recién llegados. En seguida comprendió que la joven era muy querida por su amo, porque el brazo de éste la rodeaba la cintura. Observó que el cabello de la joven era dorado y brillante y que en su rostro había el color carmesí de la vid de otoño y que sus ojos resplandecientes tenían la tonalidad de la flor azul. De pronto la joven vió al perro y, dando un grito le alegría, se acercó a él.

—¡ Cuidado !—exclamó el hombre—. ¡ Es peligroso ! Kazán es...

Ella estaba ya arrodillada al lado del perro, esbelta, dulce y hermosa, mirándolo con sus maravillosos ojos y con las manos prontas a tocarlo. ¿ Debía apartarse de ella ? ¿ La mordería ? ¿ Sería ella una de las cosas de la pared y, por consiguiente, enemiga ? ¿ Saltaría a su blanco cuello ? Vió que el hombre se adelantaba a toda prisa, pálido como un muerto. Entonces la mano de ella cayó sobre la cabeza del perro y este contacto hizo estremecer todos los nervios de su cuerpo. Con ambas manos la joven

le cogió la cabeza y le aproximó tanto el rostro que él la oyó decir casi sollozando :

—¿ Y tú eres Kazán, mi querido Kazán, mi héroe, el que lo trajo a mi lado cuando todos los demás murieron ? ¡ Kazán querido ! ¡ Kazan heróico y valiente !

Y, entonces, milagro de milagros, ella tenía apoyado el rostro sobre el perro, que sentía su cálido y suave contacto.

En aquellos momentos Kazán no se movió y apenas respiraba. Aparentemente transcurrió mucho rato antes de que la joven separara su rostro de él. Y cuando lo hizo, había lágrimas en sus azules ojos y el hombre los observaba a los dos, en pie, con los puños y las mandíbulas apretados.

—Nunca vi que se dejara tocar por nadie —dijo maravillado—. Retrocede despacio, Isabel. ¡ Dios mío, mira !

Kazán gimió suavemente, los enrojecidos ojos fijos en el rostro de la muchacha. Deseaba sentir nuevamente las caricias de aquella mano, experimentaba la necesidad de rozar su cara. ¿ No le pegarían con un garrote si se atrevía a ello ? Desde luego no quería hacerle daño alguno. Por el contrario, sería capaz de matar por ella. Se arrastró hasta la mujer poquito a poco, sin dejar de mirarla. Oyó que el hombre decía «¡ Dios mío, mira !» y tembló de miedo. Pero no recibió golpe alguno que le hiciera retroceder. Su frío hocico tocó el ligero vestido de la joven y ella lo miró, sin moverse, con los ojos húmedos y brillantes como estrellas.

—¡ Mira !—murmuró dirigiéndose al hombre—. ¡ Mira !

Kazán fué aproximándose lentamente y de pronto su enorme cuerpo gris se abalanzó hacia ella. Entonces fué levantando despacio el hocico hacia el regazo de la muchacha, hasta tocar la caliente manita que allí había. Tenía aún los ojos fijos en su rostro y observó una extraña palpitación en su garganta blanca y desnuda y después un temblor en los labios mientras miraba al hombre, maravillada. Este también se arrodilló junto al grupo y rodeó a la joven con uno de sus brazos, acariciando luego la cabeza del perro. A Kazán no le gustaba el contacto de la mano del hombre ; desconfiaba de él, porque la naturaleza le había enseñado a recelar de los hombres, pero lo permitió en aquel momento, observando que ello parecía complacer a la muchacha.

—Kazán, viejo camarada, no le harás ningún daño ¿ verdad ?—decíale cariñosamente su amo—. Los dos la amamos ¿ no es así ? No podemos sino amarla. Nos pertenece a mí y a tí y vamos a cuidar de ella durante toda nuestra vida, y, si es preciso, nos pelearemos por ella como si fuésemos dos diablos. ¿ No es así, Kazán ?

Durante mucho rato, después de que lo hubieron dejado echado sobre la alfombra, los ojos de Kazán no se separaron de la joven. Observaba y escuchaba y cada vez sentía mayor anhelo de arrastrarse hacia ella y rozar su mano, su pie o su vestido. Al cabo de un rato su amo dijo algo y, riéndose un poco, la muchacha se puso en pie y fué corriendo hacia una cosa enorme, cuadrada y brillante que estaba de través en un rincón y que tenía una hilera de dientes blancos más grandes que todo él. Ya había mirado con extrañeza a aquellos dientes cuyo fin desconocía. Los dedos de la joven los tocaron y todos los sonidos de los vientos que él oyera en su vida, toda la música de las cascadas y de los rápidos y el trino de los pájaros en primavera, no habrían podido igualar a los sonidos que se produjeron entonces. Era la primera vez que la música llegaba a Kazán. Por un momento se asombró y se asustó, y luego sintió que el miedo se desvanecía y que una extraña vibración corría a lo largo de su cuerpo. Experimentó la necesidad de sentarse sobre las patas y de aullar, como había aullado a los billones de estrellas de los cielos en las frías noches de invierno. Pero algo le contuvo y ese algo fué la joven. Despacito empezó a acercarse a rastras hacia ella, pero como sintiera pesar sobre sí la mirada del hombre, se detuvo. Luego se acercó un poquito más, avanzando gradualmente, rasando el suelo con la garganta. Estaba ya a mitad de camino, cuando los maravillosos sonidos se hicieron más suaves y más quedos.

—¡ Continúa !—le estimuló el hombre en voz baja y apremiante—. Continúa ; no te detengas.

La joven volvió la cabeza, vió a Kazán alargado sobre el suelo y continuó tocando el piano. El hombre seguía mirándolo, pero ahora no logró contenerle, pues el perro fué acercándose más y más hasta que su hocico, que se tendía hacia adelante, tropezó con la parte de su vestido que arrastraba por el suelo, y entonces se echó a temblar porque ella había empezado a cantar. Una vez oyó a una mujer *cree* (1) canturrear ante su vivienda y también escuchó la «Canción del Reno», tonadilla salvaje, pero nada de eso podía compararse a la dulzura que surgía de los labios de la joven. Olvidó ya la presencia de su amo y sin hacer ruido, arrastrándose de modo que ella no lo notara, se acercó más y levantó la cabeza. Vió que ella lo miraba y en sus maravillosos ojos descubrió algo que le inspiró confianza y apoyó la cabeza en su regazo. Por segunda vez experimentó el contacto de una mano femenina y cerró los ojos dando un largo suspiro. Cesó la música y en-

(1) Los crees son los indígenas de una tribu india del Norte del Canada.

tonces llegó hasta Kazán un ruido especial, que participaba de la risa y del sollozo. Oyó también la tos de su amo.

—Siempre he querido a ese viejo tunante, pero nunca lo creí capaz de hacer eso—dijo. Y su voz pareció extraña a Kazán.

Capítulo II — *Hacia el Norte*

Llegaron días maravillosos para Kazán, el cual echaba de menos los bosques y las nevadas copiosas, la lucha diaria para mantener su puesto entre los compañeros de tiro, los ladridos lanzados a su espalda, las largas carreras en línea recta por los espacios abiertos y las estepas. Echaba de menos también el «¡ Hala, hala !» del conductor, el terrible restallar del látigo de nervio de reno, de seis metros de largo, y aquellos ladridos lanzados tras él, los cuales indicaban que los demás perros estaban debidamente alineados. En cambio, algo había venido a substituir esto de que ahora carecía. Y ese algo estaba en la habitación, en el aire que respiraba, en todas partes, aun cuando sus amos no se hallaran cerca. Donde quiera que ella hubiese posado sus plantas, percibía él aquel algo extraño que le hacía olvidar su soledad. Era un perfume de mujer que muchas veces, cuando era de noche, hora en que él hubiera podido estar ladrando a las estrellas, le hacía gemir debilmente.

Ya no estaba solo. Una noche se dedicó a ron-

dar la vivienda y dió con una puerta junto a la cual se ovilló y se estrechó, y donde le halló la muchacha a la mañana siguiente, al abrirla. La joven se inclinó para acariciarlo y, al hacerlo, su abundante cabellera cayó hacia él en forma de cascada, esparciendo un mareante perfume. Aquella misma noche, la muchacha puso una pequeña alfombra ante la puerta para que él la usara como lecho. Y desde entonces se sintió feliz durante las largas noches, porque sabía que su amita se hallaba al otro lado de la puerta. Cada día pensaba menos en las selvas por él habitadas anteriormente y más en su protectora.

Fué entonces cuando se operó el cambio. Percibió grandes prisas e inusitado movimiento a su alrededor y advirtió que su amita prestábale menos atención que de costumbre. Comenzó a sentirse inquieto. Husmeando, estudió la cara de su dueño. A la mañana siguiente, muy temprano, le sujetaron de nuevo con el collar de piel de ante y la cadena de hierro. Pero hasta que, siguiendo a su amo, traspuso el umbral y se halló en la calle, no empezó a comprender. ¡Lo echaban! Sentóse de pronto sobre sus patas traseras y se negó a dar un paso más.

—¡Ven, Kazán!—llamóle astutamente su amo, tratando de engañarle—. ¡Ven, pobrecito Kazán, ven!

El se echó hacia atrás y mostró sus blancos

colmillos. Esperaba recibir un latigazo o un garrotazo, pero no ocurrió nada de eso. Su amo se echó a reir y lo condujo nuevamente a la casa. Cuando salieron otra vez, les acompañaba la joven, la cual le acariciaba la cabeza con la mano. Ella fué quien lo persuadió para que atravesara un obscuro agujero y se metiera en el interior de un coche más obscuro todavía y ella también la que lo llevó a un rincón, en donde su amo le ató con una cadena. Luego salieron los dos riendo como niños. Durante muchas horas después de esto, Kazán permaneció quieto y atento, escuchando un extraño ruido de ruedas debajo de él. Varias veces se detuvieron estas ruedas y oyó voces en el exterior. Por fin estuvo seguro de percibir una voz conocida y, tirando de la cadena, gimió. Corrióse a un lado la puerta y entró su amo acompañado de un hombre provisto de una linterna. No hizo el menor caso de ellos, sino que por la puerta abierta miró tratando de descubrir a alguien en la noche. Casi se libertó al saltar a la blanca nieve, donde al no ver a nadie, permaneció rígido, husmeando el aire. Sobre él estaban las estrellas a las que aullara durante toda su vida, y las selvas y los bosques, negros y silenciosos, lo rodeaban como si fuesen sombrías paredes. En vano buscó el olor que echaba de menos y un grito de pena brotó de su garganta. Tomó la linterna y la ele-

vó por encima de su cabeza, dejando algo suelta la cadena que sujetaba al perro por el collar. Contestando a tal señal, llegó una voz a través de la obscuridad y Kazán se volvió con tanta rapidez, que la cadena, sujetada debilmente por su amo, cayó de su mano. Vió el brillo de otras linternas y oyó de nuevo la voz que le llamaba.

—¡ Kazán ! ¡ Kaa...aa...zaán !

Emprendió una rauda carrera y Thorpe le siguió riendo.

—¡ Tunante !—decía complacido.

Cuando llegó detrás de la cocina, lugar alumbrado por las linternas, Thorpe vió a Kazán echado a los pies de una mujer. Era la esposa de Thorpe, que le sonreía triunfante, a medida que éste salía de la obscuridad.

—¡ Has ganado !—le dijo riendo con satisfacción—. Yo me habría apostado mi último dólar a que ese tuno no hubiera sido capaz de hacer eso por ninguna otra persona que le hubiese llamado. ¡ Has ganado ! ¡ Kazán, eres un perfecto sinvergüenza, porque ya no eres mío !

Y poniéndose de pronto serio, añadió, mientras Isabel cogía el extremo de la cadena :

—Tuyo es, Issy, pero has de permitirme que cuide de él hasta... bueno, tú y yo sabemos hasta cuándo. Dame la cadena. No me fío de él todavía. Es un lobo. De un simple mordisco le he visto arrancar la mano de un indio.

Otro día rompió la yugular de un perro al primer ataque. Es un bandido, un mal bicho, a pesar de que me ayudó como un héroe y me salvó la vida. No puedo fiarme de él. Dame la cadena...

No terminó la frase, porque dando un gruñido salvaje, Kazán había saltado a sus pies. Contrajéronse sus labios y dejó al descubierto sus largos colmillos. Erizáronsele los pelos del espinazo y Thorpe dió un grito de alarma echando mano al revólver que llevaba en el cinto.

Kazán no le hizo el menor caso. Otra figura había surgido de la noche. Era quien debía acompañar a Thorpe y a su joven esposa hacia el campamento del Río Rojo, en donde Thorpe estaba encargado de la construcción de un nuevo ferrocarril transcontinental. El recién llegado era alto, derecho, muy bien formado, y no llevaba ni barba ni bigote. Su mandíbula inferior era tan cuadrada que parecía propia de una bestia y en sus ojos había el mismo destello de pasión que se reflejaba a veces en los ojos de Kazán cuando éste miraba a Isabel. La gorra roja y blanca de ésta habíase deslizado y le colgaba sobre un hombro y la tenue luz de las linternas se reflejaba en su cabellera con matices de oro cálido. Tenía Isabel en las mejillas vivo rubor y sus ojos, que se volvieron de repente a Kazán, eran tan azules como la más azul de las flores, y brillaban como diamantes. Mac

Cready desvió la mirada e instantáneamente cayó la mano de Isabel sobre la cabeza del perro, más, por primera vez, éste pareció no haberlo notado. Seguía gruñendo a Mac Cready y la amenaza de su rugiente garganta era cada vez mayor. La esposa de Thorpe dió un tirón a la cadena, ordenando al mismo tiempo:

—¡Quieto, Kazán! ¡Echate!

Al oir la voz de su ama se tranquilizó.

—¡Echate!—repitió mientras su mano libre se apoyaba nuevamente sobre su cabeza y Thorpe lo observaba atentamente. Extrañóle la expresión de malignidad que había en los ojos de lobo de Kazán, y miró a Mac Cready. El corpulento guía acababa de desenrollar el enorme látigo que usaba para dominar a los perros, y animaba su rostro un extraño gesto. Observaba fijamente a Kazán y de pronto se inclinó hacia adelante, apoyando ambas manos en las rodillas. Parecía que por un momento olvidaba que los hermosos ojos azules de Isabel Thorpe lo estaban contemplando.

—¡Arriba, Pedro, *charge*!

La palabra «*Charge*» se enseñaba únicamente a los perros que estaban al servicio de la Policía Montada del Noroeste. Kazán no se movió. Mac Cready se enderezó y, rápido como el rayo, hizo chasquear su largo látigo, que produjo un estallido semejante a un disparo de pistola.

—¡*Charge*, Pedro, *charge*!

El gruñido en la garganta de Kazán se convirtió casi en rugido, pero no se movió lo más mínimo. Mac Cready se volvió hacia Thorpe, diciendo:

—Habría jurado que conocía a este perro. No me extrañaría que fuese Pedro, y de serlo, sería un animal de cuidado.

Thorpe tomó de nuevo la cadena. Unicamente la joven vió la mirada que por un momento animó el rostro de Mac Cready, y se extremeció. Pocos minutos antes, al descender del tren en Le Pas, ella había tendido la mano a aquel hombre y entonces había visto lo mismo que acababa de observar. Pero aun mientras se estremecía, recordó las muchas cosas que su marido le dijera de la gente que habita en los bosques de aquellas regiones. Había llegado ella a quererlos, a admirar sus rudas maneras y leales corazones, antes de verlos. Con un esfuerzo sonrió a Mac Cready, luchando en su deseo de vencer la sensación de miedo y de antipatía que por él experimentara.

—No es usted simpático al perro—díjole riendo dulcemente—. ¿Por qué no trata de atraérselo?

Llevó a Kazán junto a él, mientras Thorpe agarraba el extremo de la cadena. Inclinándose ella sobre el perro, Mac Cready se acercó, y al hacerlo daba la espalda a Thorpe. La cabeza de

Isabel estaba a poca distancia de su rostro ; vió el rubor de sus mejillas y la deliciosa curva de su boca, mientras trataba de apaciguar el hondo rugido que aún resonaba en la garganta de Kazán. Thorpe estaba preparado para tirar de la cadena, pero por un momento, Mac Cready estuvo entre él y su esposa, de manera que aquel no pudo ver el rostro de este último. Los ojos de Mac Cready no reparaban en Kazán, sino que miraba fijamente a la joven.

—Es usted muy valerosa—dijo—. Yo no me atrevo a tanto, porque este perro sería capaz de arrancarme la mano de una dentellada.

Tomó la linterna de manos de Thorpe y se puso a la cabeza de la comitiva, dirigiéndose hacia un estrecho sendero cubierto de nieve que partía del camino principal. Oculto en el espeso bosque de abetos estaba el campamento que Thorpe dejara una quincena antes. Había allí ahora dos tiendas en vez de la única que habitaron él y su guía. Ante ellos ardía una gran hoguera y cerca había un largo trineo, y atados a los árboles, aun dentro del círculo de luz de la hoguera, Kazán descubrió las vagas siluetas y los brillantes ojos de los demás perros. Permaneció quieto mientras Thorpe lo enganchó al trineo. De nuevo se hallaba en su ambiente..., jefe indiscutido entre sus compañeros. Su ama se reía y palmoteaba de alegría al pensar en

la maravillosa vida de campamento de la cual ahora formaría parte. Thorpe levantó la lona que cubría la entrada de la tienda y su esposa entró primero. Al penetrar en la tienda, no miró hacia atrás ni dirigió palabra alguna a Kazán, el cual gimió y volvió sus enrojecidos ojos hacia Mac Cready.

Dentro de la tienda, Thorpe decía :

—Siento mucho que el bueno de Jackpine no haya querido regresar con nosotros, Issy. Fué él quien me llevó al Sur, pero por nada, ni por mejor paga, ha querido volver. Es un indio que se educó entre los padres misioneros y yo daría el salario de un mes por que le vieses manejar a los perros. En cambio no tengo seguridad alguna en ese Mac Cready. Es un tipo extraño, según me ha dicho el agente de la Compañía, pero conoce el bosque como nadie. Los perros no reciben nunca bien a un desconocido y en cuanto a Kazán, no le tiene ningua simpatía.

Kazán oyó la voz de la joven, y se estuvo quieto como una estatua, escuchándola. No vió, en cambio, ni tampoco oyó a Mac Cready cuando se acercó sin hacer ruido por su espalda. De pronto la voz del hombre sonó como un disparo :

—¡ Pedro !

Instantáneamente Kazán se agachó como si lo hubiese tocado la punta de un látigo.

—Esta vez te he cogido, amiguito—exclamó Mac Cready, muy pálido—. ¿Ahora atiendes a otro nombre ¿verdad? No importa, ya ves que te he cogido.

Capítulo III *Mac Cready paga su deuda*

Después de pronunciar estas palabras, Mac Cready estuvo largo rato sentado en silencio junto al fuego, y cuando separaba la mirada de Kazán, solo lo hacía por un momento. Luego, en cuanto estuvo seguro de que Thorpe e Isabel se habían retirado a descansar por aquella noche, penetró en su propia tienda y salió de ella llevando un frasco de whisky en la mano. Durante la media hora siguiente bebió con frecuencia y más tarde fué a sentarse sobre el extremo del trineo, fuera del alcance de Kazán.

—¿Te he cogido, verdad? — repitió con los ojos brillantes a causa del licor que había bebido—. No sé quién te cambiaría el nombre, Pedro. Me gustaría saber cómo llegó a ser tu amo. ¡Qué lástima que no puedas hablar!

Entonces oyó la voz de Thorpe en el interior de la tienda, seguido por una cristalina risa de mujer, cosa que le hizo incorporarse. Su rostro se tiñó de rojo, y se levantó, guardándose el frasco en el bolsillo de la chaqueta. Dando vuelta alrededor del fuego, se encaminó de puntillas

a un árbol junto al cual se alzaba la tienda, y allí estuvo varios minutos escuchando con la mayor atención. Sus ojos ardían furiosos cuando volvió a sentarse en el trineo al que Kazán estaba atado. Y era más de media noche cuando se retiró a su tienda.

Al calor del fuego los ojos de Kazán se cerraron lentamente. Pero su sueño fué intranquilo y en su cerebro no se representaban sino escenas desagradables. A veces soñaba que se peleaba, y entonces abría y cerraba las mandíbulas ; otras veces daba estirones al extremo de la cadena, tratando, en su sueño, de alcanzar a su ama o a Mac Cready, sin lograrlo. Luego sentía nuevamente el contacto suave y agradable de la manita de la joven y oía otra vez la maravillosa dulzura de su voz al cantar para él y para su amo, y su cuerpo temblaba y se estremecía con la emoción que había sentido aquella noche. Después cambió la escena. Veíase corriendo al frente de un espléndido tiro, formado por seis perros de la Real Policía Montada del Noroeste, y su amo, para llamarlo, dábale el nombre de Pedro. Otra vez cambió el sueño. Hallábase en el campamento y su amo era joven y barbilindo ; ayudaba éste a bajar del trineo a otro hombre cuyas manos estaban sujetas por extrañas anillas negras. Recordó sucesos posteriores : se vió echado ante una gran hoguera ; su amo estaba sentado frente a él,

vuelto de espaldas a la tienda y, al mirar, advirtió que salía de ella el hombre de las anillas negras, mas entonces sus manos estaban ya libres y en una llevaba un grueso garrote. Oyó el terrible ruido que produjo, al caer, la porra sobre la cabeza de su amo, y a su recuerdo despertó de su intranquilo sueño.

Se puso en pie, erizados los pelos del espinazo y gruñendo ferozmente. El fuego se había apagado y en el campamento reinaba la intensa oscuridad que precede a la aurora. Sin embargo, entre las tinieblas vió a Mac Cready, el cual estaba de nuevo junto a la tienda de su ama. Entonces recordó que era él quien había llevado las anillas negras en las manos, y que fué él también quien le había pegado con el látigo y con el garrote durante largos días, después de haber dado muerte a su amo. Mac Cready oyó la amenaza en la garganta del perro y regresó apresuradamente junto a la hoguera apagada ya. Allí empezó a silbar y a reunir los tizones ; en cuanto hubo logrado que ardiesen de nuevo, gritó para despertar a Thorpe y a Isabel. Pocos minutos más tarde apareció el amo de Kazán seguido de su esposa, la cual iba a medio peinar y cuyas doradas trenzas le caían sobre los hombros. Sentóse en el trineo, junto a Kazán, y empezó a peinarse. Mac Cready se acercó a ella, aparentemente para revolver algunos de los paquetes que había en el trineo, y,

como por casualidad, una de sus manos se hundió por un momento entre las trenzas de oro que colgaban a la espalda de la joven. Ella sintió el contacto de los dedos del hombre. Thorpe no vió la maniobra, pues les daba la espalda en aquel momento. Solamente Kazán se dió cuenta del furtivo movimiento de la mano y de la presión acariciadora que por un instante ejerció sobre la trenza, y de la pasión que brillaba en los ojos del hombre, y con mayor rapidez que un lince, saltó el perro, cuanto le permitió la cadena, por encima del trineo. Mac Cready retrocedió oportunamente y cuando Kazán llegó, en su salto, a la distancia máxima que le permitía la cadena, su impulso, interrumpido de pronto, le hizo inclinarse a un lado, mal de su grado, de manera que fué a chocar con su ama. Thorpe se volvió a tiempo para observar el final del salto, y, creyendo que el perro había querido atacar a Isabel, se acercó a ella rápida como el rayo, y, sin ánimos para gritar siquiera, tanto era el horror que sentía, apartó a su esposa del lugar en que estaba sentada. Vió que no había recibido daño alguno, e hizo ademán de asir la culata de su revólver, pero recordó que estaba en su cinturón, el cual se hallaba aún en la tienda. A sus pies, en cambio, estaba el látigo de Mac Cready y, dejándose dominar por la cólera que sentía, lo empuñó y se acercó a Kazán. El perro se acurrucó sobre la

nieve y no hizo el menor movimiento para huir ni para atacar. Y solamente pudo recordar otra ocasión en su vida en que hubiese recibido una paliza tan fenomenal como la que Thorpe le dió entonces. Pero no profirió ni un gemido ni un gruñido.

De pronto se adelantó su ama y cogió al vuelo el mango del látigo que empuñaba Thorpe.

—¡No le pegues más!—exclamó. Y tal fué su acento, que su marido la obedeció. En cuanto a Mac Cready no oyó lo que luego dijo la mujer a su marido, pero en los ojos de Thorpe apareció una extraña mirada y sin añadir palabra alguna siguió a su mujer al interior de la tienda.

—Kazán no se abalanzó sobre mí—murmuró temblorosa y pálida—. Ese hombre estaba detrás de mí—continuó, cogiendo a su marido entre sus brazos—. Sentí que me tocaba y entonces fué cuando saltó Kazán. No quería morderme *a mí* sino *a ese hombre*. Hay en todo esto algo incomprensible.

Los ojos de ella se humedecieron y Thorpe la estrechó fuertemente entre sus brazos.

—No me figuraba eso, pero es raro—dijo—. ¿No dijo Mac Cready que conocía al perro? Es posible que así sea; tal vez tuvo en su poder a Kazán y lo trató mal, cosa que los perros nunca olvidan. Mañana pondré en claro todo eso.

Pero hasta entonces ¿quieres prometerme no acercarte siquiera a Kazán?

Isabel lo prometió. Cuando salieron de la tienda, Kazán levantó su enorme cabeza. La punta del látigo había cerrado uno de sus ojos y tenía la boca bañada en sangre. Isabel prorrumpió en un sollozo contenido, pero no se acercó a él. Aunque estaba medio ciego, sabía que su ama interrumpió el castigo y gimió suavemente, moviendo en la nieve su peluda cola.

Nunca se sintió tan desgraciado como durante las horas del día siguiente en que, colocado a la cabeza del trineo tuvo que abrir paso en su camino hacia el Norte. Uno de sus ojos estaba cerrado y lleno de ardiente fuego y tenía todo el cuerpo dolorido por los latigazos. Pero no era el dolor físico lo que le hacía andar con la cabeza baja y le privaba de la perspicacia y vigilante atención propias del perro guía, jefe de sus compañeros, sino el estado de su ánimo. Por primera vez en su vida se sentía anonadado. Tiempo atrás Mac Cready le había pegado cruelmente, y ahora le había pegado también su amo actual. Durante todo aquel día las voces de los dos hombres sonaron irritadas y vengativas en sus oídos. Pero fué su ama la que le hizo más daño. Permaneció alejada de él, siempre fuera del alcance de las correas que lo retenían, y cuando llegaron al fin de la jornada y hubieron instalado el campamento, lo miró con extraños y asombrados ojos y no le dirigió la palabra. Era indudable que ella estaba también dispuesta a pegarle; así lo creyó él y se alejó de ella y se tendió de vientre sobre la nieve. Y tan triste estaba, que se escondió en uno de los puntos más oscuros del campamento. Nadie se dió cuenta de la tristeza de Kazán, a excepción de la joven, la cual no hizo la más pequeña tentativa para acercarse a él, ni le dirigió tampoco la palabra. Pero, en cambio, lo miraba mucho y especialmente tenía en él los ojos fijos en cuanto Kazán miraba a Mac Cready.

Más tarde, cuando ya Thorpe y su mujer se hubieron retirado a la tienda, empezó a nevar y el efecto de la nieve en Mac Cready extrañó mucho a Kazán, porque el hombre estaba intranquilo y con mucha frecuencia empinaba el frasco en que bebiera la noche antes. A la luz del fuego el rostro se le ponía cada vez más encendido y Kazán observó el brillo de sus dientes en un momento en que miró hacia la tienda en que reposaba Isabel. Mac Cready se acercó una y otra vez a aquella tienda y escuchó. Por dos veces oyó el ruido de algún movimiento. Luego percibió el ruido de la honda respiración de Thorpe. Mac Cready se apresuró entonces a regresar junto a la hoguera, y, levantando el rostro, miró al cielo. La nieve caía tan espesa que cuando bajó la cara, parpadeó fuertemente

y tuvo que restregarse los ojos. Luego se alejó hacia la oscuridad y examinó detenidamente la pista que practicaran pocas horas antes, que estaba casi borrada ya por los copos de nieve. En menos de una hora ya no se distinguiría en lo más mínimo, por lo cual no podría indicar al que por allí pasase al día siguiente, que por el mismo camino habían venido ellos el anterior. Por la mañana estaría todo cubierto de nieve, hasta la misma hoguera si se dejaba apagar. Mac Cready bebió nuevamente en la oscuridad y de sus labios surgieron expresiones de brutal alegría. Su cabeza ardía y el corazón le latía con fuerza, pero no tan furiosamente como el de Kazán cuando éste vió que Mac Cready regresaba empuñando un garrote que dejó apoyado al tronco de un árbol. Luego tomó una linterna del trineo, la encendió y, acercándose a la puerta de la tienda de Thorpe, llamó :

—¡ Eh, Thorpe !

No obtuvo respuesta. Oía a Thorpe respirar acompasadamente. Entonces, levantando la lona que cubría la entrada, llamó de nuevo, elevando la voz :

—¡ Thorpe !

No se alteró el silencio en el interior de la tienda y Mac Cready desató las cintas de la puerta de lona, introduciendo la linterna, cuya luz fué a dar en el dorado cabello de Isabel, que apoyaba la cabeza en un hombro de su marido.

Mac Cready la miró con los ojos encendidos hasta que vió despertar a Thorpe. Rápidamente dejó caer la lona moviéndola desde fuera.

—¡ Eh, Thorpe !—exclamó otra vez.

Aquella vez el llamado contestó :

—¿ Qué hay, Mac Cready ? ¿ Me llama usted ?

Mac Cready levantó ligeramente la lona de la entrada y dijo en voz baja :

—Sí. ¿ Puede usted salir un momento ? Ocurre algo en el bosque. No despierte a su esposa.

Retrocedió y esperó. Un minuto más tarde apareció Thorpe, y Mac Cready, al verlo, señaló hacia la oquedad de los abetos.

—Juraría que hay alguien que está husmeando alrededor del campamento. Estoy seguro de haber visto a un hombre, hace algunos minutos, cuando fué a buscar leña. Es una noche excelente para robar perros. Usted tome la linterna y, si no me he engañado, vamos a encontrar el rastro.

Dió la linterna a Thorpe y él se armó con el grueso garrote. Kazán empezó a gruñir, pero se contuvo. Habríale gustado romper la cuerda que lo sujetaba, pero si lo intentaba, los dos hombres volverían para pegarle. Por esta razón se quedó quieto, temblando y gimiendo suavemente. Observó a los dos hombres hasta que desaparecieron y luego esperó y prestó atento oído. Por fin oyó el chasquido de la nieve al ser

pisada y no tuvo la menor sorpresa viendo que solamente regresaba Mac Cready, porque ya lo esperaba. De sobra sabía cuál era el significado de un garrote.

El rostro de Mac Cready era entonces horrible ; parecía el de una fiera. Llevaba la cabeza descubierta. Kazán se ocultó lo mejor que pudo en la sombra al oir la risa contenida y terrible que surgió de los labios del hombre, porque este empuñaba todavía el garrote. Pero lo soltó en seguida y se acercó a la tienda. Levantó la lona y miró a su interior. La esposa de Thorpe estaba durmiendo y él, silencioso como un gato, entró y colgó la linterna de un clavo que encontró en el mástil. La joven siguió durmiendo y él, durante algunos instantes, permaneció en pie, quieto, mirándola...

Fuera, acurrucado en la profunda sombra, Kazán trataba de comprender el significado de cuanto observaba. ¿Por qué su amo y Mac Cready habían ido hacia el bosque? ¿Por qué no había vuelto el primero? La tienda pertenecía a su amo y no a Mac Cready, y no comprendía cómo éste se atrevía a entrar. De pronto el perro se puso de pie, con los pelos de la espina dorsal erizados y las patas rígidas. Vió la sombra de Mac Cready proyectada en la lona de la tienda y pocos instantes después llegó a sus oídos un grito extraño y desgarrador. En el terror que motivó aquel grito, reconoció la voz

de *ella* y saltó hacia la tienda. La cuerda lo detuvo en su impulso, interrumpiendo, con el tirón que dió, el aullido que profería. Entonces vió luchar las dos sombras y los gritos de la joven no cesaban. Llamaba a su amo y luego, además, lo llamó a él.

—¡ Kazán ! ¡ Kazán !

De nuevo saltó y fué tanta la violencia de su embestida, que se cayó de espaldas. Saltó una y otra vez y la cuerda que le rodeaba el cuello llegó a herirle, tal era la violencia de los tirones. Detúvose un instante para recobrar el aliento. Las sombras luchaban todavía. ¡ Y estaban en pie ! ¡ Ahora se agachaban ! Dando un gruñido de rabia se lanzó hacia adelante con toda su fuerza y por fin logró romper la cuerda.

En menos de seis saltos Kazán llegó junto a la tienda y pasó por debajo de la lona de la entrada. Luego dió un aullido y se arrojó al cuello de Mac Cready. Un mordisco de sus poderosas mandíbulas bastaba para matar a un hombre, pero él no lo sabía. Sabía tan sólo que allí estaba su ama y que luchaba por ella. Luego se oyó un grito extraño que terminó en terrible sollozo ; procedía de Mac Cready. El hombre cayó de espaldas con las rodillas dobladas y Kazán clavó sus colmillos a mayor profundidad en el cuello de su enemigo ; entonces sintió en la boca el calor de la sangre.

La joven llamó al perro y viendo que no le

hacía caso, tiró de su velludo cuello, pero él no quería soltar la presa y la tuvo agarrada durante bastante tiempo. Cuando soltó a la víctima, su ama miró el rostro del muerto y luego, cubriéndose la cara con las manos, se sentó sobre la manta de su cama. Se quedó inmóvil. Su cara y sus manos estaban muy frías y Kazán las lamió tiernamente. Tenía cerrados los ojos y el perro se acurrucó a su lado, sin dejar de vigilar a su enemigo, dispuesto a volver al ataque.

—¿Por qué estaría ella tan quieta?—se preguntó.

Pasó bastante tiempo y por fin ella se movió. Abrió los ojos y tocó al perro.

Este oyó entonces pasos en el exterior.

Era su amo, y sintiendo nuevamente el antiguo miedo, miedo al garrote, se dirigió apresuradamente hacia la puerta. En efecto, era su amo, según vió a la luz de la hoguera... y en su mano llevaba el palo. Se acercaba despacio, cayéndose casi a cada paso y tenía la cara roja de sangre. Pero llevaba *el palo*. Sin duda alguna le pegaría de nuevo y esta vez más que nunca, porque había lastimado a Mac Cready. Creyéndolo así, Kazán se deslizó por la abertura de la tienda y fué a guarecerse en las sombras. Una vez a salvo miró hacia atrás y gimió pensando en su ama y sintiendo dejarla. Pero no había más remedio, porque le pegarían mucho... después de lo que pasó. Hasta ella misma le pegaría.

Desde las sombras inmediatas al círculo de luz de la hoguera, volvió su lobuna cabeza hacia las profundidades del bosque. Allí no había garrotes, tirantes, arreos ni cuerdas. Allí no lo encontrarían nunca más.

Vaciló todavía un momento. Y luego, tan silenciosamente como uno de los animales salvajes cuya sangre corría también por sus venas, se hundió en las profundas sombras de la noche.

El viento gemía blandamente en las copas de los abetos cuando Kazán se internó en el misterio del bosque. Durante varias horas permaneció cerca del campamento, mirando fijamente con sus ojos enrojecidos hacia la tienda en que tan terrible escena sucediera poco antes.

Sabía ya lo que era la muerte, advertía su presencia antes que pudiera hacerlo el hombre. Olfateaba en el ambiente y sabía que se hallaba a su alrededor y que él mismo era la causa de ello. Estaba echado boca abajo sobre la densa nieve y temblaba de frío ; sus instintos caninos le hacían gemir de pena, en tanto que su naturaleza de lobo se revelaba amenazadoramente, enseñaba los dientes y animaba sus ojos con resplandores de venganza.

Por tres veces, el hombre, su amo, salió de la tienda y gritó con fuerza :

—¡ Kazán ! ¡ Kazán ! ¡ Kazán !

Las tres veces lo acompañó la mujer y a la luz de la hoguera Kazán la vió envuelta por su brillante cabellera, tal como la viera en la tienda, cuando entró y mató al hombre. En sus

ojos azules advertíase el mismo terror y tenía la cara tan blanca como la nieve. La segunda y la tercera vez, también ella lo llamó repetidamente y todo cuanto en él había de perro y no de lobo, tembló de alegría al oir su voz y en poco estuvo que no acudiera a recibir la paliza. Pero el miedo al garrote era mayor todavía y se estuvo quieto varias horas, hasta que reinó nuevamente el silencio junto a la tienda y la hoguera iba consumiéndose.

Entonces, prudentemente, salió de las protectoras tinieblas, arrastrándose casi sobre el vientre en dirección al trineo. Oculto entre la oscuridad de los árboles, estaba el cadáver del hombre que matara, cubierto con una manta. Thorpe, su amo, lo había llevado arrastrando hasta allí.

Se echó en el suelo dirigiendo la nariz hacia los rescoldos y apoyó la cabeza entre las patas delanteras, con los ojos fijos en la entrada de la tienda. Quería permanecer despierto a fin de vigilar y poder huir al bosque en cuanto notara el más pequeño movimiento, pero el suave calor que se desprendía de las cenizas le hizo cerrar los ojos. Dos o tres veces los abrió de nuevo en su empeño de estar despierto, mas por fin se quedó dormido.

Y entonces, mientras dormía, gimió suavemente. Los poderosos músculos de sus hombros y de sus piernas se contrajeron, y un repentino

y ondulante temblor recorrió su leonada espina dorsal. De haberlo visto Thorpe, hubiera dicho que estaba soñando. Y la esposa de Thorpe, que apoyaba su dorada cabeza contra el pecho de su marido y de cuando en cuando se estremecía y temblaba lo mismo que Kazán, hubiera sabido en qué consistían sus sueños.

Soñando, Kazán se veía nuevamente dando saltos, sujeto a una cuerda como antes. Y todavía dormido, pero obrando realmente, mordió el aire, produciendo un chasquido que le despertó. Se puso en pie de un salto, con los pelos de la espina dorsal erizados como los de un cepillo y mostrando sus colmillos de marfil. Se había despertado a tiempo.

Sin pérdida de momento se metió en la enmarañada selva de abetos y allí se ocultó, asomando tan sólo la cabeza pegada al suelo y al abrigo del tronco de un árbol. Sabía que su amo no lo perdonaría, porque Thorpe le había pegado ya por tratar de morder a Mac Cready, y solo gracias a la intervención de la mujer el castigo no fué mayor. Y ahora su falta era mucho peor, porque había destrozado por completo el cuello de Mac Cready y le quitó la vida, y eso su amo no se lo perdonaría. Ni siquiera la mujer sería capaz de evitarle el tremendo castigo que le esperaba.

Kazán sentía mucho que su amo hubiese vuelto ensangrentado y débil, después que él

había destrozado la yugular de Mac Cready. De no haber sido así, él habría pertenecido para siempre a su ama, y ella lo hubiese querido, puesto que ya lo había demostrado. Y él la habría seguido, peleando si era preciso y hasta muriendo por su causa si se presentaba la ocasión. Pero Thorpe había vuelto del bosque y Kazán se apresuró a retirarse, porque su amo era para él la personificación del garrote, el látigo y aquella extraña cosa que escupía fuego y muerte. Y ahora...

Thorpe había salido de la tienda. Estaba amaneciendo y en la mano llevaba un rifle. Poco después salió su joven esposa, con el cabello suelto en torno de la cabeza. Su mano asía el brazo de su compañero. Ambos miraron al lugar en que estaba *aquello* cubierto por la manta. Ella habló entonces a Thorpe, el cual se enderezó súbitamente y echando la cabeza hacia atrás, gritó :

—¡ Kazán ! ¡ Kazán ! ¡ Kazán !

El perro sintió un estremecimiento al observar que el hombre trataba de engatusarle a que regresara al campamento. Y empuñaba aquella cosa que mataba.

—¡ Kazán ! ¡ Kazán ! ¡ Kaaazaaán !—gritó de nuevo.

El perro se retiró, agachándose cuidadosamente detrás del árbol, pues sabía que la distancia no importaba nada para la cosa negra

que mataba y que Thorpe tenía en la mano. Volvió una vez la cabeza, gimió suavemente y por un instante llenó sus ojos enrojecidos la añoranza, al ver por última vez a la joven.

Sabía que la dejaba para siempre y sentía un dolor en su corazón que nunca experimentara, un dolor que no se debía al látigo ni al garrote, al frío ni al hambre, pero mayor que todos ellos y que lo llenaba del deseo de echar la cabeza hacia atrás y aullar su soledad a la inmensidad gris del cielo.

Más allá, en el campamento, la voz de la joven temblaba, al decir :

—¡ Se ha marchado !

—Sí, se ha marchado—respondió el hombre con un nudo en la garganta—. El lo sabía y yo lo ignoraba. Diera un año de mi vida por no haberle pegado ayer noche. No volverá.

La mano de Isabel Thorpe apretó fuertemente su brazo, al exclamar :

—Volverá. No me abandonará. Me quería mucho a pesar de lo salvaje y terrible que es. Y sabe que yo también lo quiero. Volverá...

—¡ Escucha !

De la profundidad de la selva, llegó un aullido largo, quejumbroso de tristeza. Era el adiós de Kazán a su ama.

Después de proferir aquel grito, Kazán estuvo un rato sentado sobre sus patas traseras, gozando el placer de su nueva libertad, y observando cómo se desvanecían, con la luz de la aurora, las negruras del bosque.

De vez en cuando, desde el día que unos tratantes lo compraron y le hicieron andar por entre huellas de trineo en el Mackenzie, muchas veces había pensado con añoranza en su libertad, y la sangre de lobo que corría por sus venas lo incitaba continuamente a conquistarla. Pero nunca se había atrevido y ahora que ya la había logrado sentía extraño contento. Allí no había garrote, ningún látigo, ninguna de las bestias humanas de las que aprendiera a desconfiar y a las que luego odiara. Su desgracia provenía de tener sangre de lobo en el cuerpo, porque los garrotazos, en vez de domarlo aumentaban su salvajismo ingénito. Los nombres habían sido sus peores enemigos, pues le pegaron con frecuencia y algunas veces hasta casi dejarlo por muerto. Lo llamaban «malo» y se apartaban de él, sin olvidarse nunca de hacer caer un latigazo en su espalda. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices que ellos le causaran.

Nunca había sentido el cariño o el amor, hasta que la primera noche la joven a la que acaba de abandonar, puso su manita sobre su cabeza y acercó su delicado rostro al suyo propio, mientras Thorpe, su marido, dió un grito de horror.

A punto estuvo de clavar sus colmillos en su blanca carne, pero las caricias de que fué ob-

jeto estremecieron su cuerpo enseñándole lo que era cariño. Y ahora un hombre era el que lo separaba de ella, alejándolo de la mano que nunca empuñara garrote ni látigo. Y pensando en estas cosas gruñó mientras se internaba más y más en el bosque.

Al despuntar el alba llegó al borde de un terreno pantanoso. Había sentido cierto malestar extraño que la luz no disipó. Por fin estaba libre del dominio del hombre y no podía descubrir en el aire nada que le recordara su odiada presencia. Pero tampoco podía olfatear la existencia de otros perros, ni de trineos, fuego o compañía y comida, todo lo cual, según recordaba, había formado siempre parte de su vida.

Todo estaba muy tranquilo. El lapachar estaba entre dos montañas y los abetos y los cedros eran muy espesos y bajos. Estaban tan cerca unos de otros, que debajo de ellos casi no había nieve y la luz estaba tan atenuada, que más parecía crepúsculo que día claro. Dos cosas echó principalmente de menos: comida y compañía. Tanto el lobo como el perro que había en él, pedían lo primero, y como perro apetecía lo segundo. Díjose que en alguna parte de aquel mundo silencioso, entre las dos montañas, habría alguna compañía y que lo mejor sería sentarse sobre su cuarto trasero y aullar por su soledad. Más de una vez tembló algo en lo más hondo de su pecho, subió a la garganta y terminó en un gemido. Era el aullido del lobo que en él no había nacido aún.

Encontró la comida más fácilmente que la voz. Hacia el mediodía logró acorralar un enorme conejo blanco bajo un tronco caído y le dió muerte. La sangre caliente era bastante más agradable que el pescado helado o que la grasa y el salvado que le solían dar los hombres, y el festín sirvió para animarlo. Aquella tarde persiguió varios conejos y logró matar dos más. Hasta entonces no había conocido el placer de perseguir y matar a su sabor. Sin embargo no se comió todo lo que había muerto.

Pero en la caza de los conejos, no había lucha alguna; los animalitos se morían con demasiada facilidad. Eran suaves y tiernos de comer mientras duraba el hambre, mas la emoción que al principio le causaba la matanza se desvaneció prontamente. Hubiese querido luchar con animal más poderoso. Ya no se comportaba como si tuviera miedo, ni le gustaba permanecer escondido. Mantenía erguida la cabeza y se le erizaron los pelos del espinazo, mientras movía su velluda cola de un lado a otro, como los lobos. Cada uno de los pelos de su cuerpo temblaba a impulsos de la energía vital de su deseo de acción. Se dirigió al Norte y al Oeste, recordando los primeros días de su vida, cuando estaba en el lejano Mackenzie, situado a mil quinientos kilómetros de distancia de allí.

Encontró muchas huellas sobre la nieve durante aquel día y olfateó los rastros que dejaran las pezuñas de los alces y los renos y las afelpadas patas de los linces. Siguió a una zorra y ello lo llevó a un lugar rodeado por altos abetos, en donde la nieve estaba movida y teñida de rojo por la sangre. Había una cabeza de buho, plumas, alas y entrañas, lo cual lo convenció de que por allí había otros cazadores además de él.

Al caer de la tarde descubrió unas huellas en la nieve, muy semejantes a las suyas propias. Eran muy recientes y despedían un olor que le hizo gemir, llenándolo del deseo de sentarse como los lobos para proferir el aullido peculiar de ellos. Este deseo fué acentuándose en él a medida que las sombras de la noche oscurecieron el bosque. Había corrido todo el día, pero no estaba fatigado. Algo había en la noche, ahora que ya no veía hombres a su alrededor, que le excitaba de un modo raro. La sangre de lobo se adueñaba de su ser. La noche era clara ; el cielo estaba lleno de estrellas y salía la luna. Por fin sentóse sobre la nieve y volvió la cabeza hacia las copas de los abetos, y el lobo que había en él surgió por entero en el aullido que emitió, triste y quejumbroso. Este aullido se difundió temblando en la tranquila noche, por espacio de muchos kilómetros.

Permaneció sentado por algún tiempo y escuchó después de aullar. Había encontrado ya la voz, una voz con una nota extraña y nueva, que aumentaba su confianza. Esperaba una respuesta pero no llegó ninguna. Había aullado contra el viento y este transportó el aullido a un bosque de achaparrados abetos que había tras él, donde se oyó la carrera de un alce macho, que, en su acelerada fuga, tropezaba con las ramas de los árboles, en cuyos troncos producían sus cuernos un repiqueteo semejante al redoble del tambor.

Por dos veces aulló Kazán antes de proseguir su camino y hallaba cierto placer en aquella nueva práctica. Llegó entonces al pie de un cerro escarpado y, saliendo del terreno pantanoso, subió por él hasta la cima. Allí las estrellas y la luna estaban más cercanas y al otro lado de la eminencia vió una grande y hermosa llanura, en la que había un lago helado que brillaba a la luz de la luna y del cual salía un riachuelo en dirección a un bosque que no era tan espeso ni negro como el del terreno pantanoso.

Y todos los músculos de su cuerpo se pusieron en tensión y le corrió apresurada la sangre, porque a lo lejos, desde la llanura, llegó a sus oídos un grito. Era *su* grito ; el aullido del lobo.

Sus mandíbulas hicieron ruido al cerrarse y brillaron un momento sus blancos colmillos, mientras un gruñido atravesaba su garganta. Sentía necesidad de contestar, pues algún ex-

traño instinto salvaje se estaba adueñando de él. En el aire, en el murmullo de las copas de los árboles, en la luna y en las mismas estrellas, alentaba un espíritu que le advertía de que acababa de oir el aullido del lobo, pero no la *llamada* del lobo.

Esta llegó una hora más tarde, clara y distintamente. Era el mismo aullido quejumbroso al empezar, pero que terminaba en un «staccato» de rápidos y agudos gritos que excitaban su sangre de un modo nuevo para él. El mismo instinto díjole que era la llamada, el grito de caza, que le inclinaba a acudir en seguida. Pocos momentos después lo oyó de nuevo, pero esta vez llegó una respuesta, al parecer procedente del pie del monte, y otra de un lugar tan distante que apenas la oyó. La manada se reunía para la cacería nocturna, pero Kazán, tembloroso, no se movió.

No estaba asustado, pero tampoco dispuesto a ir. El cerro parecía ser para él una linea divisoria entre dos mundos. Un lado era nuevo, extraño, y en él no había hombres. El otro parecía atraerlo y repentinamente volvió la cabeza y miró atrás, a través del espacio iluminado por la luna, y gimió. Le pareció que oía la voz de la mujer y que sentía el contacto de su mano suave. Veía la risa en sus labios y en sus ojos, aquella risa que le hiciera feliz. Sin duda lo llamaba a través de los bosques y él estaba indeciso entre contestar a su llamada, o bajar a la opuesta llanura.

Por largo tiempo estuvo en lo alto del monte que dividía su mundo y, por fin, se dirigió hacia la llanura.

Durante toda la noche estuvo cerca de la manada de lobos, pero nunca demasiado, lo cual fué una fortuna para él, pues como todavía llevaba en su cuerpo el olor del hombre, de descubrirlo la manada, le habría destrozado. El primer instinto de los animales salvajes, es el de la propia conservación. Y quién sabe si fué el instinto atávico de sus remotos antepasados el que obligó a Kazán a revolcarse en la nieve por encima de los lugares en que más se revolvieran los lobos.

Aquella noche estos mataron un reno al borde del lago, y se regodearon con su carne hasta la aurora. Kazán estaba cara al viento. El olor de la carne y de la sangre caliente henchía su olfato y su agudo oído percibía los crujidos de los huesos al ser rotos por los lobos, pero el instinto fué en él más fuerte que la tentación.

Hasta que fué día claro, cuando ya los lobos se habían diseminado por la llanura, no se atrevió a presentarse en el teatro de la lucha. Solamente encontró una extensión de nieve enrojecida por la sangre y cubierta de huesos, entrañas y trozos de piel arrancada. Pero era suficiente y se revolcó sobre ello, sepultando el ho-

cico en los despojos. Luego se quedó todo el día por allí para saturarse del olor que despedía todo aquello.

Aquella noche, cuando salieron de nuevo la luna y las estrellas, volvió a sentarse sin miedo ni vacilación de ninguna clase, y con sus aullidos se dió a conocer a sus nuevos camaradas de la llanura.

La manada cazó también aquella noche, o tal vez era una nueva manada procedente del sur y que llegó persiguiendo a un reno hembra hasta el amplio y helado lago. La noche estaba casi tan clara como el día, y desde el extremo del bosque, Kazán vió la carrera del reno cuando se aventuraba por el lago helado a cosa de medio kilómetro de distancia.

Formaban la manada una docena de lobos, y ya se había dividido en forma de fatal herradura, de manera que los dos guías corrían precediendo casi al reno y acercándose a él cada vez más.

Dando un grito agudo saltó Kazán hacia el espacio alumbrado por la luna. Hallábase en el camino que había de seguir la fugitiva hembra de reno, y corría hacia ella a toda velocidad. A doscientos metros de distancia lo vió el pobre rumiante y torció a la derecha, pero el guía de aquel lado lo recibió con las mandíbulas abiertas. Kazán estaba al lado del segundo guía y

saltó al blando cuello del reno. Gruñidora masa de lobos se precipitó tras él y la hembra cayó al suelo por encima de Kazán, que le hundía los dientes en la yugular. La víctima pesaba sobre él, pero no por eso soltaba la presa. Era su primera suerte de una pieza grande y su sangre parecía fuego. Por entre los dientes cerrados gruñó encolerizado.

Hasta que el reno cesó de moverse no soltó su presa y entonces salió de debajo del pecho y las patas de la víctima. Aquel día había matado un conejo y no tenía hambre. Así, se sentó sobre la nieve y esperó mientras la hambrienta manada desgarraba el pellejo y la carne del reno hembra. Poco después se acercó, se introdujo entre los lobos. Esta intrusión le perdió. Cuando Kazán se retiraba, indeciso aún acerca de si se mezclaría con sus salvajes hermanos, una forma gris y enorme se separó de los demás y se arrojó hacia él, en busca de su garganta. Tuvo el tiempo preciso para ladearse un poco ofreciendo la espalda al atacante y un momento después se revolcaban los dos por la nieve. Se pusieron en pie antes de que la excitación de la inesperada pelea hubiese hecho retirar a la manada del festín que estaba celebrando. Uno tras otro los lobos se situaron en torno de los combatientes, enseñando los dientes y con los pelos de las espaldas erizados como

cepillos. El fatal círculo de lobos envolvía a los dos que peleaban.

Ello no era nuevo para Kazán. Una docena de veces había formado parte del círculo de espectadores, esperando el resultado de la lucha. En más de una ocasión había combatido dentro del círculo, con peligro de su vida. Aquella era también el modo de pelear los perros de trineo y a menos que el hombre interrumpiese la lucha a palos o trallazos, siempre terminaba con la muerte. Solamente uno de los rivales podía quedar vivo, y a veces morían los dos. Allí no había hombre alguno, sino solamente el enemigo cordón de lobos, demonios de blancos colmillos, dispuestos a saltar y destrozar al primero de los combatientes derribado. Kazán era un forastero, pero no temía a los que de tal manera lo rodeaban. La gran ley de la manada los obligaría a comportarse lealmente.

Tenía la mirada fija solamente en el enorme lobo gris, jefe de la manada que le había desafiado. Con los lomos en contacto, daban vueltas y más vueltas. Donde pocos momentos antes no se oían más que ruidos de mandíbulas y rasgar de cuero y carne, reinaba ahora el silencio. De haber sido perros de blandos pies y suave garganta, habríanse oído gruñidos y ladridos, pero Kazán y el lobo estaban silenciosos. Con las oreas inclinadas hacia adelante y las colas velludas se movían de un lado a otro.

Repentinamente el lobo se arrojo contra él y se cerraron sus mandíbulas con el mismo ruido que si hubiesen sido de acero. Pero por una equivocación de dos centímetros no consiguió hacer presa. En el mismo instante Kazán se abalanzó y, como afilados cuchillos, sus colmillos se clavaron en el flanco del lobo.

Volvieron a dar vueltas, con los ojos más enrojecidos por la rabia y sus labios tan contraídos que parecían haber desaparecido. Entonces Kazán saltó para agarrar mortalmente a su enemigo por el cuello, pero tampoco consiguió cogerlo. El error fué también muy ligero, pero se aprovechó el lobo para retroceder y desgarrar el flanco de Kazán, de manera que la sangre empezó a resbalar por su pata y enrojeció la nieve. El dolor de aquella herida demostró a Kazán que su enemigo era maestro en luchas. Bajó la parte anterior de su cuerpo, con la cabeza casi pegada al suelo; era un ardid que aprendiera siendo aun cachorro y que consistía en proteger su propia garganta y esperar.

Dos veces el lobo dió la vuelta a su alrededor, y Kazán giraba lentamente con los ojos medio cerrados. Por segunda vez saltó el lobo, y Kazán levantó sus poderosas mandíbulas, seguro de que podría hacer presa en su enemigo, pero sus dientes se cerraron en el aire, porque con la agilidad de un gato, el lobo se dejó caer de espaldas, rehuyendo el ataque.

Había fallado el ardid y dando un rugido de rabia Kazán se dejó caer sobre los lomos del lobo, abrió las mandíbulas y trató de hundirlas en la garganta de su enemigo. Tampoco lo consiguió, por la escasa distancia de un pelo, y antes que pudiera ponerse a la defensiva, los dientes del lobo se clavaron en su cogote.

Por primera vez en su vida sintió Kazán el terror de ser cogido por la muerte, y con poderoso esfuerzo echó la cabeza a un lado y mordió a ciegas. Sus dientes se cerraron sobre una pata anterior del lobo, cerca del cuerpo. Crujió el hueso al romperse y se desgarró la carne, lo cual produjo un movimiento en el círculo de lobos. Seguramente uno de los dos rivales caería vencido antes de que se soltaran, y esperaban la caída fatal para arrojarse sobre el vencido.

Gracias al grueso de la piel y del pelo de Kazán y a la dureza de sus músculos, pudo salvarse del destino terrible del vencido. Los dientes del lobo se clavaron profundamente, pero no lo bastante para llegar a un punto vital; de pronto Kazán aplicó a sus músculos todo el esfuerzo de que era capaz y se levantó lo más que pudo bajo su antagonista, el cual aflojó el mordisco, y Kazán, dando un salto, se sintió libre.

Tan ligero como la cuerda de un látigo dió la vuelta alrededor del lobo que tenía la pata rota, y a toda velocidad se arrojó contra él, logrando hacerle caer de lado. Kazán había observado que, muchas veces, era más peligroso un golpe dado a tiempo que el más fuerte mordisco. Y aquella vez era mortal. El enorme lobo gris perdió pie, rodó sobre su espalda por un instante y la manada entera se arrojó sobre él, dispuesta a quitar la vida que quedara a aquel cuyo poder había cesado para siempre.

Kazán se apresuró a alejarse de aquella masa de lobos grises, gruñidores y manchados de sangre. Jadeaba, estaba cubierto de sangre y en extremo débil. Notaba en su cabeza un extraño malestar y sentía la necesidad de echarse en la nieve. Pero el viejo e infalible instinto le avisó para que no dejara traslucir aquella debilidad. En aquel preciso instante la manada salió y se acercó a él. Una loba delgada y esbelta, de color gris, se echó ante él y luego, levantándose, olió sus heridas.

Era una loba joven, fuerte y hermosa, pero Kazán no la miró. En el lugar en que se había desarrollado la lucha vió lo que quedaba del que fuera el guía de la manada. Esta se dedicaba a devorar de nuevo al reno. Oyó crujir de huesos y ruido de carne y piel desgarrada, y algo le dijo que en adelante todos aquellos lobos y la selva entera oiría y reconocería su voz y que cuando se sentara sobre su cuarto trasero y aullara a la luna y a las estrellas, aquellos ágiles cazadores de la llanura le contestarían. Dió dos vueltas en torno de los restos del reno

y de la manada y luego trotó en dirección al extremo del negro bosque de abetos.

Al llegar a las sombras de los árboles miró hacia atrás. Loba Gris lo seguía a muy pocos metros de distancia. Acercóse a él, con alguna timidez y también miró atrás, donde quedaban sus hermanos de raza. Y mientras estaba a su lado, Kazán husmeó algo en el aire que no era el olor de la sangre ni el perfume de los bálsamos o de los abetos. Era algo que parecía llegar a él desde las claras estrellas, de la luna brillante y de la hermosa noche.

La miró y encontró los ojos de Loba Gris vigilantes e interrogadores. Era muy joven. Su cuerpo era fuerte, esbelto, y hermosamente formado. A la luz de la luna el pelo que tenía bajo la garganta y a lo largo de la espalda parecía suave y brillante. Gimió al observar la roja luz que había en los ojos de Kazán y su voz no era de lobato. Kazán se acercó a ella, y miró a la manada poniendo la cabeza por encima de su espalda. Sintió el temblor de ella contra su pecho. Luego miró de nuevo a la luna y a las estrellas, mientras en su sangre latía el misterio de Loba Gris y de la noche.

La mayor parte de su vida no había transcurrido en las factorías, sino en las sendas, enganchado a los trineos, y solamente desde lejos había sentido la influencia de la época del apareamiento. Mas ahora estaba muy cerca. Loba

Gris levantó la cabeza. Su hocico suave rozó la herida del cuello de Kazán, y en la caricia de tal contacto y el dulce gemido de ella Kazán sintió y oyó la misma cosa maravillosa que le hiciera experimentar la voz y la caricia de aquella mujer a la que tanto quiso.

Se volvió gimiendo, con los pelos del espinazo erizados, la cabeza alta y en un reto al bosque y a la llanura. Loba Gris trotó a su lado, cuando él se aventuró por las tinieblas del bosque.

Capítulo V — La lucha en la nieve

Aquella noche hallaron refugio debajo de unos espesos bálsamos y cuando se echaron sobre la gruesa alfombra de agujas de pino que la nieve no había cubierto, Loba Gris se acercó y le lamió las heridas. El día nació entre una suave nevada tan blanca y tan densa que Kazán y su compañera no alcanzaban a ver a la distancia de una docena de saltos. No hacía frío y estaba todo tan quieto, que en el mundo entero parecía no haber otro ruido que el suavísimo susurro de los copos de nieve al caer. Durante todo el día él y Loba Gris anduvieron uno al lado de otro. De vez en cuando él volvía la cabeza hacia atrás en dirección al monte del que viniera y Loba Gris no podía comprender la extraña nota que temblaba en su garganta.

Por la tarde volvieron a lo que quedara del reno en el lago. Loba Gris se quedó en el extremo del bosque. Ella no conocía por experiencia el significado de los cebos envenenados, trampas y cepos, pero estaba en sus venas el instinto de centenares de generaciones y eso le advertía que había peligro en visitar por se-

gunda vez una cosa que la muerte había enfriado.

En cuanto a Kazán, había visto a sus amos operar en la carroña abandonada ya por los lobos. Vió cómo se ocultaban astutamente las trampas y conocía las capsulitas de estricnina que se escondían entre las entrañas y hasta una vez metió la pata en un cepo y experimentó a su costa el dolor de la mortal presión. Pero no tenía el miedo de Loba Gris. La invitaba con sus movimientos a que lo acompañara a los blancos montones de hielo y por fin ella acudió y se sentó intranquila sobre su cuarto trasero mientras él excavaba huesos y trozos de carne que la nieve había preservado de helarse. Pero ella no quiso comer y por fin Kazán fué a sentarse a su lado y con ella contempló lo que acababa de extraer de la nieve. Luego husmeó el aire y no descubrió el menor peligro cercano, pero Loba Gris le indicó que tal vez estuviera allí.

Dióle a entender otras muchas cosas durante los días y las noches que siguieron. La tercera noche Kazán convocó la reunión de la manada para cazar y él mismo fué el director. Aquel mes fué por tres veces el guía de sus compañeros en la caza mientras la luna no abandonó el cielo, y en cada una de estas cacerías se cobró una pieza. Pero en cuanto las nieves empezaron a ser más blandas bajo sus patas,

encontró más agradable la compañía de Loba Gris y los dos cazadores vivieron solos, alimentándose de conejos blancos. Solo dos afectos había tenido en su vida: la joven de los dorados cabellos y de las manos que lo acariciaban y Loba Gris.

No abandonó la dilatada llanura, y, muchas veces, llevaba a su compañera a la cima de la montaña, en donde se esforzaba por hacerle comprender lo que dejaba al otro lado. Con las noches oscuras hízose en él tan fuerte el recuerdo de la mujer, que muchas veces sintió la tentación de volver a su lado, llevando consigo a Loba Gris.

Poco después ocurrió algo. Un día estaban cruzando la dilatada llanura cuando en frente de la montaña Kazán vió algo que le impresionó. Un hombre, a cuyo lado iba un trineo tirado por perros, trataba de penetrar en su mundo. El viento no les había avisado y de pronto Kazán vió en las manos del hombre una cosa que brillaba. Sabía lo que era. Era aquella cosa tan rara que escupía el fuego, el trueno y la muerte.

Avisó a Loba Gris, y ambos partieron veloces como el viento, uno al lado de otro. Y entonces sonó un disparo, y el odio de Kazán hacia los hombres se tradujo en un terrible gruñido. Sobre sus cabezas se oyó un ligero silbido, se repitió el estampido y aquella vez Loba Gris dió un aullido de dolor y se cayó rodando

por la nieve. En un momento se puso nuevamente en pie y Kazán la siguió corriendo, hasta que ambos llegaron al abrigo que le ofrecía el bosque. Loba Gris se tumbó y empezó a lamerse la herida que tenía en el hombro. En cuanto a Kazán, miraba la montaña y observó que el hombre estaba siguiendo su pista. Detúvose en el lugar en que cayera Loba Gris y después de examinar la nieve siguió adelante.

Kazán indicó a Loba Gris que se levantara, y ambos partieron hacia el terreno pantanoso inmediato al lago. Todo el día estuvieron recibiendo el viento de cara y siempre que Loba Gris se echaba, iba Kazán retrocediendo y siguiendo sus propias huellas a la inversa y oliendo el aire.

Durante algunos días Loba Gris estuvo coja. Al poco tiempo llegaron a cierto lugar en donde se advertían señales de haber existido un campamento. Kazán mostró los dientes y gruñó al olor que los hombres dejaran en aquel sitio. Sentía cada vez más violento, el deseo de venganza, no solamente por las heridas recibidas por él, sino también por la que le infirieron a Loba Gris. Trató de descubrir el rastro del hombre bajo la capa de reciente nieve y Loba Gris daba ansiosa algunas vueltas a su alrededor, tratando de inducirlo a que con ella se internara más en el bosque. Por fin él le siguió malhumorado y con salvaje fuego en los ojos.

Tres días después hubo luna nueva. En la quinta noche Kazán dió con una pista. Era reciente, tanto que se detuvo como herido de un balazo al descubrila, y se quedó tembloroso y con el pelo erizado por la impresión. Era la pista de un hombre. Allí había las huellas de un trineo, de las patas de los perros y hasta las pisadas de su enemigo en la nieve. Entonces levantó su cabeza hacia las estrellas, y de su garganta salió potente el aullido de caza, la salvaje llamada para la manada. Nunca puso en su aullido tanto salvajismo como aquella noche. Una y otra vez repitió el aullido, y llegó una respuesta, luego otra, y otra. Hasta que Loba Gris se sentó también sobre su cuarto trasero y añadió su voz a la de Kazán. Mientras tanto, a lo lejos, en la llanura, un hombre extenuado y pálido, detuvo a sus fatigados perros para escuchar mejor, mientras una voz le decía débilmente desde el trineo :

—Los lobos, padre. ¿Crees que van a perseguirnos?

El hombre guardó silencio. No era ya joven ; la luna brillaba en su luenga barba blanca y parecía aumentar de un modo grotesco su elevada figura descarnada. Una muchacha joven había levantado la cabeza de una almohada de piel de oso que había en el trineo. Sus obscuros ojos brillaban hermosamente a la luz de las estrellas y estaba muy pálida. Su pelo estaba recogido en una gruesa trenza que caía sobre el hombro y abrazaba fuertemente algo sobre su pecho.

—Están siguiendo la pista de algo... probablemente de un gamo—dijo el hombre mirando el gatillo de su rifle—. No te preocupes Josefa. Nos detendremos en el primer bosquecillo que encontremos y trataremos de encender una buena hoguera. ¡Arre, valientes! ¡Kush! ¡Kush! E hizo restallar el látigo sobre el tiro de perros.

Del paquete que sostenía la joven surgió un débil y quejumbroso grito. Y a lo lejos contestó en la llanura el coro de aullidos de la manada de los lobos.

Por fin Kazán estaba siguiendo la pista de la venganza. Al principio corría despacio, llevando al lado a Loba Gris y deteniéndose a cada tres o cuatrocientos metros para proferir su aullido. De pronto se les reunió un lobo gris y en breve siguió otro. Dos más llegaron por un lado y el aullido solitario de Kazán se convirtió en coro. A cada momento crecía el número de los lobos y a medida que la manada aumentaba, el paso era más apresurado. Y así fueron reuniéndose catorce lobos antes de llegar a la parte más abierta de la llanura.

Era aquella una fuerte manada compuesta de viejos y valerosos cazadores. Loba Gris era la más joven de todos, y caminaba junto a las

espaldas de Kazán, sin ver los enrojecidos ojos de su compañero y las mandíbulas amenazadoramente abiertas, pero aunque lo hubiera visto nada habría comprendido. En cambio podía *sentir*, y estaba impresionada por el espíritu de aquel extraño y misterioso salvajismo que hicieran olvidar a Kazán cuanto no fuese herir y matar.

La manada avanzaba ya silenciosamente. Sólo se oía el jadeo de las fieras y el rumor que producían sus patas al hollar el suelo. Corrían ligeros formando compacto grupo. Y siempre Kazán los precedía a la distancia de un salto, mientras Loba Gris le acompañaba tocándole el lomo con el hocico.

Nunca sintiera Kazán tantas ansias de matar como entonces. Por vez primera olvidó el miedo al hombre, al garrote, al látigo y hasta a la misma cosa que despedía el fuego y la muerte. Corría cada vez más rápidamente, a fin de alcanzar a su enemigo y luchar más pronto con él. Y el recuerdo de sus cuatro años de esclavitud y tormentos derramó fuego por sus venas, y cuando, por fin, vió a lo lejos, en la llanura, un punto negro que se movía, el grito que salió de su garganta fué ininteligible para Loba Gris.

Trescientos metros más allá de aquel punto negro que se movía, estaba el bosque y Kazán y sus compañeros apresuraron la carrera para

llegar cuanto antes. Cuando faltaba ya poco para llegar al bosque, los lobos habían alcanzado casi el trineo, pero éste se detuvo de repente y se quedó inmóvil. De él salió entonces aquella lengua de fuego que Kazán temiera siempre, y oyó sobre su cabeza el zumbido de la abeja de la muerte. Pero entonces no le importaba nada. Ladró fuertemente, y los lobos apretaron el paso hasta que cuatro de ellos se situaron en la misma línea que él. Una segunda llamarada, y la abeja de la muerte atravesó de pecho a cola a un enorme lobo que marchaba junto a Loba Gris. Otra llamarada, otra, y otra salieron del trineo y el mismo Kazán sintió el paso de una cosa que ardía, y que le rozó la espalda, hundiéndose luego en su carne.

Tres de la manada cayeron ante el fuego del rifle y la mitad de los restantes se dispersaron a derecha e izquierda, pero Kazán siguió avanzando en línea recta y Loba Gris lo seguía fielmente.

Los perros del trineo fueron puestos en libertad y antes de que Kazán pudiera llegar hasta el hombre, a quien vió empuñar el fusil como si fuera un palo, se vió frente a frente con la masa de combatientes que se oponía a su paso. Batióse como un demonio y Loba Gris lo ayudó tan eficazmente que no parecía sino que en sus mandíbulas hubiese la fuerza y la furia de dos lobas. Dos lobos se adelantaron impruden-

temente y Kazán oyó el ruido terrorífico que producía el rifle al caer sobre sus cabezas y romperles el cráneo. Aquel rifle pareció ser el compendio de los garrotes que tantas veces sufriera, y lleno de rabia trató de avanzar hacia el hombre que lo empuñaba y, libertándose lo mejor que pudo de la masa de combatientes que lo rodeaba, saltó hacia el trineo. Por vez primera advirtió que en él había algo humano, y de ello se dió cuenta de súbito. Acababa de clavar profundamente sus dientes hundiéndolos en algo blando, suave y velludo y abrió de nuevo las mandíbulas para dar otro mordisco, cuando oyó una voz. ¡Era la voz de *ella*! Sintió una fuerte commoción y se quedó inmóvil por efecto de la sorpresa.

¡*La voz de ella*! Apartóse la manta de piel de oso y a la luz de la luna vió claramente lo que estuviera cubierto por ella. En él el instinto obraba con mayor rapidez que la razón en el cerebro humano y advirtió en seguida que no era *ella*. Pero la voz era la misma y el blanco y aniñado rostro que estaba tan cercano a sus ojos enrojecidos tenía la misma expresión que aprendió a querer. Y entonces vió que del envoltorio que ella apretaba sobre su pecho salía un grito extraño.

Con rapidez se volvió, y mordió en el flanco a Loba Gris, que se alejó dando un aullido de asombro. El hombre estaba casi vencido y derribado. Kazán saltó, colocándose debajo del rifle que usaba aquél a guisa de maza, y se puso frente a frente de lo que había quedado de la manada. Sus colmillos se clavaban en los lobos como cuchillos y si había peleado como un demonio contra los perros, ahora habíase multiplicado su furor contra los lobos. En cuanto al hombre ensangrentado y a punto de caer, se apoyó en el trineo, maravillado de lo que sucedía. Porque Loba Gris seguía el instinto de apoyar a su compañero macho y viendo que Kazán atacaba a los lobos, se unió a él en la lucha a pesar de no comprender la causa.

Acabada la lucha, Kazán y Loba Gris quedaron en la llanura. La manada había desaparecido en la noche y la misma luna y las estrellas que dieran a Kazán el conocimiento de sus derechos de nacimiento, dijéronle entonces que en adelante aquellos salvajes hermanos no contestarían a su llamada cuando aullara al cielo.

Estaba herido. Loba Gris también, pero no tan gravemente como Kazán, el cual tenía un desgarrón y sangraba por una de sus piernas a causa de un terrible mordisco. Poco después vió una hoguera en el bosque y su antigua condición de perro predominó sobre él. Sentía la necesidad de arrastrarse hasta allí y sentir la mano de la joven sobre su cabeza, como le ocurriera en aquella otra región que había más

allá del monte. Habría ido, induciendo a Loba Gris a que lo imitara, pero allí estaba el hombre. Gimió y Loba Gris acercó su caliente hocico a su cuello. Algo advertía a los dos que eran proscritos, que las llanuras, la luna y las estrellas estarían ahora contra ellos, y comprendiéndolo así, se ampararon en el abrigo que les ofrecían las tinieblas del bosque.

Kazán no pudo ir muy lejos. Cuando se echó, pudo olfatear todavía el campamento. Loba Gris se echó a su lado, y cariñosamente, con la lengua, calmó el dolor de las sangrientas heridas de Kazán. Y éste, levantando la cabeza, gimió a las estrellas.

Capítulo VI — *Kazán encuentra a Juana*

En el lindero del bosque de cedros y de abetos el viejo Pierre Radison encendió una hoguera. El pobre hombre sangraba por diez o doce heridas, causadas por los dientes de los lobos, y sentía en su pecho aquel dolor antiguo y terrible, cuyo significado nadie conocía más que él. Arrastró varias ramas de árbol, las apiló en el fuego, hasta que las llamas llegaron a las agujas del abeto bajo el cual se hallaba, y amontonó leña de reserva para usarla durante la noche.

Juana lo observaba desde el trineo, con los ojos agrandados por el miedo, temblorosa y bastante asustada todavía. Sostenía a su hijita sobre el pecho y su largo y pesado cabello le cubría los hombros y los brazos con negro y brillante velo que relucía a la luz de las llamas cada vez que se movía. A pesar de ser una madre, su lindo rostro no parecía aquella noche el de una mujer sino el de una niña. El viejo Pierre, su padre, se reía al transportar el último haz de leña y se detuvo para respirar con fuerza.

—Peligrosa estuvo la cosa, *ma chérie*—dijo jadeando—. Estuvimos más cerca de la muerte que nunca. Pero ahora estamos cómodos y calientes ¿No es verdad? ¿Ya no tienes miedo?

Sentóse junto a su hija y cariñosamente retiró la suave piel que envolvía el bulto que ella conservaba entre sus brazos. Apareció la carita sonrosada de la pequeña Juanita. Los ojos de la madre brillaban entonces como estrellas.

—Fué la niña quien nos salvó—murmuró—. Nuestros pobres perros estaban siendo destrozados por los lobos y los ví abalanzarse hacia tí, cuando uno de ellos se echó sobre el trineo. Al principio me figuré que sería uno de los perros, pero me engañé, porque era un lobo. Se echó sobre nosotras y la piel de oso nos salvó. Estaba ya a punto de agarrarme por el cuello, cuando gritó la niña y él se contuvo y me miró con sus enrojecidos ojos, a treinta centímetros de distancia. Entonces habría jurado que era un perro. En un momento se volvió y empezó a pelear contra los lobos. Y hasta ví cómo se arrojaba contra el que te atacaba.

—Era un perro—contestó el viejo Pierre exponiendo sus manos al calor de la llama—. A menudo van errantes, lejos de las factorías, y se unen a los lobos. He visto casos en que los perros obran de esta manera. Pero *chérie,* un perro es toda la vida un perro. Los golpes, los malos tratos, y hasta los mismos lobos, no pueden transformarlos por mucho tiempo. El era uno de los de la manada. Con ellos vino... a matar. Pero cuando nos encontró...

—Se batió por nosotros—exclamó la muchacha—. Dió a su padre el fardo y se puso en pie, apareciendo su figura alta y esbelta a la luz del fuego.

—Se batió, luchó por nosotros y el pobre salió muy mal herido—añadió—. Lo ví cuando se alejaba casi arrastrándose. Padre, sin duda está aquí cerca, muriéndose.

Pierre Radisson se puso en pie a su vez. Tosió y la violencia de la tos hizo temblar todo su cuerpo; trató de ocultar el ruido con su barba y la espuma roja que salió de sus labios no fué vista por Juana. Esta no había observado nada durante los seis días que viajaran alejándose de las regiones civilizadas. Y a causa de aquella tos y de la sangre que esputaba, había procurado viajar con la mayor rapidez posible.

—Ya he pensado en eso—dijo—. Estaba muy mal herido y no creo que haya podido alejarse mucho. Y, mira, toma a Juanita y siéntate junto al fuego hasta que yo vuelva.

La luna y las estrellas estaban brillantes en el cielo cuando se alejó hacia la llanura. A poca distancia del lindero del bosque se detuvo un momento en el lugar en que los lobos lo sorprendieron una hora antes. Ni uno solo de sus cuatro perros quedó con vida. La nieve estaba

roja de su sangre y sus cadáveres aparecían rígidos donde cayeron muertos por la manada.

Pierre se echó a temblar al verlos. Si los lobos no hubiesen dirigido su primer ataque contra los perros, ¿qué habría sido de él, de Juana y de la niña? Se alejó con otro de los ataques de cavernosa tos que hacía asomar la sangre a sus labios.

Pocos metros más allá, a un lado, encontró en la nieve las huellas del extraño perro que viniera con los lobos y que, cuando todo parecía perdido, se revolvió contra ellos. No era una pista clara de animal que se aleja corriendo, sino que parecía haberse arrastrado sobre la nieve, y Pierre Radisson siguió las huellas, esperando encontrar al perro muerto al final de la carrera.

En el abrigado lugar en que se había cobijado, en el lindero del bosque, Kazán permaneció largo rato después de la batalla, alerta y vigilante. No sentía grandes dolores, pero tampoco tenía fuerzas para ponerse en pie. Sus flancos parecían estar paralizados. Loba Gris sentóse a su lado husmeando el aire. Ambos podían olfatear el campamento y Kazán distinguió claramente los dos bultos que eran el *hombre* y la *mujer*. Sabía que allí estaba la muchacha, junto al resplendor de la hoguera. que percibía por entre las ramas, y sentía deseos de acercarse a ella. Habría querido arrastrarse

hasta el fuego, llevándose consigo a Loba Gris y escuchar la voz de ella y sentir el contacto de su mano. Pero allí estaba el hombre y el hombre siempre había significado para él el palo, el látigo, el dolor y la muerte.

Loba Gris se acurrucó a su lado y gimió suavemente para inducir a Kazán a internarse más en el bosque. Por fin entendió que Kazán no podía moverse y echó a correr nerviosamente por la llanura, retrocediendo luego hasta que con sus nuevas huellas confundió enteramente la pista que dejaran.

El instinto de compañerismo estaba en ella muy bien desarrollado. Ella fué la primera en ver a Pierre Radisson siguiendo su pista y apresuradamente regresó a donde estaba Kazán para avisárselo.

Kazán sorprendió también el olor del hombre, y vió su alta y delgada silueta que se acercaba a la luz de la luna. Trató de internarse más en el bosque, pero solamente pudo arrastrarse unos centímetros. El hombre se acercó rápidamente y Kazán sorprendió el brillo del rifle que llevaba en una de sus manos. Oyó su cavernosa tos y el ruido que hacía con los pies al arrastrarlos por la nieve. Loba Gris se sentó junto a él, tocando su cuerpo, temblando y enseñando los dientes. Cuando Pierre se hubo acercado a unos quince metros, ella se apresuró a ocultarse en la espesura.

Los dientes de Kazán aparecían amenazadores cuando Pierre se detuvo y lo miró. Haciendo un esfuerzo se puso en pie, pero casi inmediatamente se cayó en la nieve. El hombre dejó su rifle apoyado en un árbol pequeño y sin mostrar miedo alguno se inclinó hacia el perro, el cual, dando un feroz gruñido, trató de morder a sus tendidas manos. Pero con gran sorpresa por su parte, el hombre no cogió ningún palo o garrote. Otra vez tendió la mano, con la mayor precaución y habló con voz muy nueva para Kazán, quien de nuevo mordió al aire y gruñó.

El hombre insistió, sin cesar de hablarle, y con sus manos enguantadas tocó la cabeza de Kazán, retirándola en seguida antes de que el perro pudiera morder. Una y otra vez le acercó la mano a la cabeza y por tres veces Kazán sintió su contacto, sin que de ello resultara amenaza ni daño. Por fin Pierre se volvió y se encaminó nuevamente hacia el campamento.

Cuando ya estuvo algo lejos, Kazán lanzó un gemido quejumbroso y se alisaron los pelos de su espinazo. Miró atentamente al fuego, pensó que el hombre no le había hecho daño alguno y cuanto había en él de naturaleza canina sintió el deseo de seguirlo.

Volvió Loba Gris y se plantó a su lado. Nunca había estado tan cerca del hombre como entonces, excepción hecha de cuando la manada

atacó al trineo. No podía entender lo que sucedía, pero su instinto le advertía que el hombre era lo más peligroso de todas las cosas existentes, mucho más temible que las bestias más fuertes y feroces, que las tormentas, las inundaciones, el frío y el hambre. Y, sin embargo, aquel hombre no había causado daño alguno a su compañero. Olió a Kazán especialmente en la cabeza y la espalda, en los lugares que tocara la enguantada mano. Luego, trotando, se dirigió nuevamente a la obscuridad del bosque, porque más allá del lindero de éste veía algo vivo que se movía.

El hombre volvió y con él venía la joven. Su voz era suave y dulce, y en torno de ella se advertía la delicadeza y la ternura femeninas. El hombre parecía estar apercibido, pero no se mostraba amenazador.

—Ten cuidado, Juana—avisó.

Ella se dejó caer de rodillas sobre la nieve, junto a Kazán pero fuera de su alcance.

—¡Ven, pobrecito, ven!—dijo cariñosamente, tendiendo la mano.

Kazán se extremeció al oirla. Luego se adelantó dos o tres centímetros hacia ella, viendo que en sus ojos y en su rostro brillaba la dulce luz que antes conociera y amara, cuando otra mujer de ojos y cabellos brillantes formaba parte de su vida.

—¡Ven!—murmuró ella al advertir que el

perro avanzaba. Y se inclinó un poquito más, adelantó más la mano y, por último, lo tocó.

Pierre se arrodilló al lado de su hija. Ofrecía carne a Kazán y éste la olió, pero fué la mano de la joven la que lo hizo temblar, y cuando ella se retiró algo, induciéndolo a que lo siguiera, él se arrastró dolorosamente por espacio de medio metro sobre la nieve. Entonces fué cuando la joven advirtió que tenía la pata mal herida y, olvidando en un momento toda precaución, se acercó del todo.

—¡ No puede andar !—exclamó con temblorosa voz—. ¡ Mira, *mon pére* ! ¡ Que herida tan terrible ! Es preciso que nos lo llevemos.

—Ya me lo figuraba—replicó Radisson—. Por eso traje la manta. ¡ *Mon Dieu,* escucha !

De las tinieblas de la selva llegó a sus oídos un gemido que era un lamento.

Kazán levantó la cabeza y con un gemido tembloroso contestó a la llamada que le dirigía Loba Gris.

Fué un milagro que Pierre Radisson pudiera cubrir con la manta al perro y llevarlo al campamento, saliendo indemne de la aventura, pero si realizó este milagro, debióse a que Juana rodeaba con su brazo el cuello de Kazán cuando ayudaba a transportarlo. Lo dejaron por último junto al fuego, y poco después el hombre llevó a su lado agua caliente y lavó la sangre de la pata herida, poniendo luego en ella algo

suave, cálido y que calmaba el dolor, y finalmente la vendó con un trapo.

Todo ello resultaba extraño y nuevo para Kazán. Luego las manos de Pierre, y las de su hija, acariciaron su cabeza. El primero le ofreció una cazuela de harina y grasa, obligándole a que comiera, mientras Juana, sentada ante él, con la cabeza apoyada en sus manos, lo miraba cariñosa y le hablaba. Luego, en cuanto se sintió cómodo, y nada receloso, oyó un grito débil y extraño que salía del paquete de pieles que había en el trineo, y ello le hizo levantar la cabeza alarmado.

Juana vió el movimiento y oyó un débil gemido con que contestó Kazán. Rápidamente se volvió ella hacia el envoltorio de pieles, arrullando a la niña mientras la tomaba en brazos y luego retiró la piel de oso gris para que Kazán pudiera ver lo que había debajo. Kazán no había visto nunca a un niño de corta edad como el que Juana le mostraba, y así, miró con la mayor atención y pudo ver que era realmente algo maravilloso. Su carita rosada miraba fijamente a Kazán ; sacó sus manitas del envoltorio y luego agitó manos y pies, riéndose satisfecha. Al oirlo, Kazán se tranquilizó y se arrastró hasta llegar a los pies de la pequeñuela.

—¡ Mira, le gusta la niña !—exclamó la madre—. *Mon pére,* es preciso que le pongamos

nombre. ¿Cual te parece que le pongamos? ¿Cómo te parece que lo bauticemos?

—Espera hasta mañana para eso—le contestó su padre—. Es tarde ya, Juana. Métete en la tienda y duerme. Ahora no tenemos ya perros y tendremos que viajar despacio. Hemos de levantarnos temprano.

Juana, levantando con la mano la lona que tapaba la entrada, se volvió.

—Con los lobos vino—dijo—vamos a llamarlo Lobo—. Con un brazo sostenía a la pequeñuela y el otro lo tendió a Kazán.—¡Lobo! ¡Lobo!—exclamó suavemente.

Los ojos de Kazán estaban fijos en ella. Comprendía que le dirigía la palabra y se arrastró unos centímetros hacia ella.

Una vez se hubo metido en la tienda, el viejo Pierre Radisson se sentó en el borde del trineo, mirando al fuego, con Kazán tendido a sus pies. De pronto el silencio fué nuevamente interrumpido por el solitario y triste aullido de Loba Gris en lo profundo del bosque. Kazán levantó la cabeza y gimió.

—Te está llamando, amigo—dijo Pierre, comprensivo.

Tosió y se llevó la mano al pecho, en donde el dolor lo atenaceaba.

—Tengo helado un pulmón—dijo dirigiéndose a Kazán—. Fué al principio del invierno en Fond de Luc, cuando me pasó esto. Tengo

esperanzas de llegar a tiempo a casa... con las niñas.

En las soledades de aquellas desiertas regiones norteñas se contrae pronto la costumbre de hablar solo. Pero como Kazán tenía la cabeza erguida y los ojos atentos, Pierre le dirigía la palabra, en lugar de hablar a solas.

—Hay que llevarlas a casa, y para eso ya no queda nadie más que tú y yo—añadió retorciendo su barba. Mas de pronto, crispó los puños y la cavernosa y ronca tos hizo nuevamente presa en él.

—¡Mi casa!—exclamó luego fatigado y con una mano en el pecho—. Está a ciento veinte kilómetros al Norte, hacia el río Churchill... y quiera Dios que lleguemos allí... antes que se me acabe la vida.

Se puso en pie y se tambaleó un poco cuando empezó a andar. Kazán llevaba todavía collar y por medio de él, lo ató con una cadena al trineo. Luego echó al fuego tres o cuatro ramas y se metió en la tienda en donde Juana y la niña estaban ya dormidas. Tres o cuatro veces oyó Kazán aquella noche la voz de Loba Gris que llamaba al compañero perdido, pero algo advirtió a éste que no debía contestar entonces. Hacia la aurora, Loba Gris se aproximó al campamento y por vez primera Kazán le contestó.

Su aullido despertó al hombre, que salió de la tienda, miró por unos instantes al cielo, en-

cendió nuevamente la hoguera y empezó a preparar el desayuno. Acarició la cabeza de Kazán y le dió un trozo de carne. Juana salió unos momentos más tarde, dejando a la niña dormida en la tienda. Se acercó a Pierre para besarlo y luego se dejó caer de rodillas junto a Kazán, hablándole casi de la misma manera como éste lo oyera dirigirse a la niña. Cuando se puso en pie para ayudar a su padre, Kazán, restablecido, la siguió, y viéndolo Juana en pie y andando con firmeza, dió un grito de alegría.

Aquel mismo día empezó el extraño viaje al Norte. Pierre Radisson vació el trineo de casi todo lo que contenía, a excepción de la tienda, las mantas, las provisiones y el nido formado con la piel de oso para la pequeña Juanita. Luego se ató las correas al cuerpo y arrastró el trineo por la nieve. Tosía incesantemente.

—Un catarro que he pillado este invierno— mintió a Juana, tratando de impedir que viese sus esputos de sangre—. En cuanto lleguemos a casa, no voy a salir hasta que me haya curado.

Hasta el mismo Kazán, con el extraño conocimiento de los animales que los hombres, incapaces de explicarlo, llaman instinto, sabía. que lo que estaba diciendo no era verdad. Tal vez se debía a que oyera toser a muchos hombres como lo hacía Radisson y que por espacio de muchas generaciones sus antepasados,

perros de trineo, habían oído toser a otros hombres como aquel... y sabían ya en lo que solía acabar aquella tos.

Más de una vez había olfateado la muerte en cabañas y tiendas, en las que no entrara, y más de una vez también olfateó los misterios de la muerte aún antes de estar presente, precisamente del mismo modo que a distancia percibía la amenaza de la tempestad y del incendio. Y aquella cosa extraña le parecía estar ahora muy cerca, mientras, atado a la cadena seguía al trineo. Ello lo puso intranquilo y más de media docena de veces, cuando se detenía el trineo, olía a la pequeñuela encerrada en la piel de oso. Cada vez que lo hacía, Juana acudía a su lado, y por dos veces acarició su ruda cabeza llenando con ello a Kazán de una alegría que hacía circular de prisa la sangre por sus venas, aunque no se traslucía al exterior.

Aquel día la cosa más importante que llegó a comprender fué que la niñita que iba en el trineo era lo más precioso del mundo para la joven que le acariciaba la cabeza y le hablaba, y que el pequeño ser estaba en absoluto indefenso... También observó que Juana se ponía muy contenta, y que su voz era más cariñosa, cuando él se interesaba por aquella cosa pequeña, cálida y viviente, abrigada por la piel de oso.

Después de haber instalado el campamento,

Pierre Radisson permaneció largo rato junto al fuego. Aquella noche no fumó. Miraba fijamente las llamas. Y cuando, por último se levantó para meterse en la tienda con la joven y la niña, se inclinó hacia Kazán y le examinó la herida.

—Mañana tendrás que trabajar tirando del trineo, amiguito—dijo—. Hemos de llegar al rió mañana por la noche. De lo contrario...

No terminó la frase, pues se esforzó en sofocar uno de aquellos terribles accesos de tos cuando la lona de la entrada cayó trás él. Kazán se mantuvo rígido y alerta, con la mirada llena de extraña ansiedad. No le gustaba ver que Radisson entrara en la tienda, porque entonces percibía más fuerte que nunca a su alrededor el misterio opresivo que ya le impresionara y al que, según creía, estaba ligado Pierre.

Aquella noche oyó tres veces cómo lo llamaba la fiel Loba Gris desde las profundidades del bosque y las tres veces le contestó. A la aurora la loba se acercó y él la descubrió por el olfato gracias al viento, mientras ella daba la vuelta al campamento; empezó a tirar de la cadena que lo sujetaba y a gemir, esperando que ella acudiera y se echara a su lado. Pero, en cuanto Radisson empezó a moverse dentro de la tienda, Loba Gris se alejó. El rostro del viejo estaba más demacrado aún y tenía los ojos más enrojecidos, pero la tos no era tan violenta ni frecuente. Parecía más bien un silbido, como si algún órgano funcionara con dificultad y antes de que la joven saliera de la tienda, el hombre se llevó frecuentemente las manos al cuello. Cuando Juana lo vió, se puso muy pálida y el temor que sentía se reflejó claramente en sus ojos, pero Pierre Radisson se echó a reir mientras ella lo abrazaba y tosió para probar que decía la verdad.

—Fíjate que la tos ya no está tan dura, querida Juana—exclamó—. Va mejorando. Sabes perfectamente que después de un catarro como éste se queda uno débil y con los ojos enrojecidos.

El día que siguió fué frío, obscuro y desagradable y mientras hubo luz el hombre y el perro tiraron tenazmente del trineo, tras el cual Juana seguía a pie. A Kazán no le molestaba va lo más mínimo su herida. Tiraba firmemente con su magnífica fuerza, y el hombre no le pegó una sola vez, sino que, de cuando en cuando, le acariciaba la espalda y la cabeza con su enguantada mano. Poco a poco, el día fué obscureciéndose y en las copas de los árboles se empezó a oir el gemido de la tormenta.

Pero ni la obscuridad ni la tempestad que se aproximaban indujo a Pierre Radisson a acampar.

—Hemos de llegar al río... hemos de llegar al río—repetía una y otra vez. Y acariciando

a Kazán, lo animaba a hacer un esfuerzo más, sintiendo al mismo tiempo que sus propias fuerzas disminuían rápidamente.

Cuando Pierre Radisson se detuvo al mediodía, la tempestad los había alcanzado ya. La nieve caía con fuerza, y tan espesa que ya no se veía nada a cincuenta metros de distancia. Pierre se echó a reir advirtiendo que la joven temblaba de frío y se acurrucaba contra él con la niñita en brazos. Detuviéronse solamente una hora y luego ató a Kazán nuevamente a las correas del tiro y él mismo se dispuso a ayudar al arrastre del trineo, pasándose una correa por el cinturón. En la silenciosa obscuridad que era tan negra casi como la noche, Pierre llevaba la brújula en una mano, y por fin, ya avanzada la tarde, llegaron al borde del bosque y ante ellos se extendió una llanura que Radisson señaló satisfecho.

—Allí está el río, Juana—exclamó con voz débil y entrecortada—. Podemos acampar aquí y esperar que vuelva el buen tiempo.

Bajo unos altos abetos armó la tienda y luego empezó a reunir leña ; Juana le ayudaba y, tan pronto como hubieron hecho café y tomado la cena compuesta de carne y galletas tostadas, se metió en la tienda y cayó extenuada en su lecho de espesas ramas de bálsamo, envolviéndose ella y la niña en mantas y pieles.

Aquella noche no dirigió palabra alguna a Kazán. Y Pierre se sintió contento de que ella estuviese tan cansada y no tuviera ánimo para sentarse junto al fuego a hablar. Sin embargo...

Los vivos ojos de Kazán lo vieron estremecerse repentinamente. Levantóse de su asiento en el trineo y se dirigió hacia la tienda y en cuanto estuvo junto a ella levantó la lona e introdujo la cabeza y los hombros.

—¿ Duermes, Juana ?—preguntó.

—Casi, padre. ¿ No vendrás pronto ?

—Después de fumar — contestó—. ¿ Estás bien ?

—Sí. ¡ Estoy tan cansada y tengo tanto sueño !

Pierre se rió suavemente. Y en la oscuridad se llevó una mano a la garganta.

—Ya casi hemos llegado al fin de nuestro viaje, Juana. Ahí fuera está nuestro tío, el pequeño Castor... Si me diese la humorada de echar a correr abandonándote, podrías llegar a nuestra cabaña siguiendo su curso. Solamente hay sesenta kilómetros. ¿ Me oyes ?

—Sí... ya lo sé.

—Sesenta kilómetros, río abajo, sin desviarte. No podrías extraviarte en manera alguna. Sin embargo, deberías tener cuidado con los respiradores en el hielo.

—¿Quieres venir a acostarte, padre? Estás cansado y no te encuentras bien.

—Sí, ya iré en cuanto haya fumado—repitió—. Ahora te ruego que mañana me hagas acordar de los agujeros del hielo, porque podría olvidarme. Puedes advertirme cada vez que encontremos uno y los conocerás en que la nieve y la costra de hielo que hay sobre ellos es más blanca que el hielo compacto y, además, de apariencia esponjosa. ¿Te acordarás de los respiradores?

—Sí...

Pierre dejó caer la lona de la entrada y se volvió junto al fuego, vacilando cuando andaba.

—Buenas noches, amigo — dijo al perro—. Me parece que mejor haría metiéndome en la tienda para acompañar a las niñas. Dos días más... sesenta kilómetros... dos días...

Kazán lo miraba cuando entraba en la tienda, y se abalanzó hacia ella, tirando de la cadena hasta que le faltó el aire por la presión que ejercía el collar en su garganta. Sus patas y su espina dorsal se contrajeron. En aquella tienda en que entrara Radisson estaban Juana y la niñita. Sabía que Pierre no les haría daño alguno, pero sabía también que sobre Pierre y muy cerca de ellas, estaba suspendido algo terrible. Deseaba que el hombre estuviera fuera... junto al fuego... en donde pudiera reposar tranquilo bajo su vigilancia.

En la tienda reinaba absoluto silencio. Kazán oyó más cercano que el día anterior el aullido de Loba Gris. Cada noche lo llamaba más temprano y se acercaba más al campamento. Aquella noche la deseaba cerca de él, pero ni siquiera gimió para contestarle. No se atrevió a interrumpir el silencio reinante en la tienda. Estuvo quieto durante algún tiempo, cansado y quebrantado por la jornada del día anterior, pero sin poder dormir. El fuego iba consumiéndose gradualmente y el viento cesó de agitar las copas de los árboles mientras las nubes rodaban bajas como cortina maciza. Las estrellas empezaron a brillar con resplandor blanco y metálico y del lejano Norte llegó débilmente un ruido quejumbroso semejante al de los patines de acero de un trineo que se deslizara sobre la nieve helada, ese ruido monótono, misterioso que produce la aurora boreal. Luego el frío aumentó rápida e intensamente.

Aquella noche Loba Gris siguió como una sombra la pista que había dejado Pierre Radisson, sin cuidarse de la dirección del viento, y cuando Kazán la oyó de nuevo, mucho después de media noche, irguió la cabeza y continuó inmóvil, con el cuerpo rígido, pero con una curiosa contracción en sus músculos. Había una nueva nota en la voz de Loba Gris, una nota que significaba más que la llamada ordinaria a su compañero. Era el Mensaje. Y al oirlo, Ka-

zán se levantó, abandonando el silencio y el miedo, y con la cabeza levantada al cielo aulló como los salvajes perros del Norte lo hacen ante las tiendas de sus amos cuando acaban de morir.

Pierre Radisson había muerto.

Capítulo VII — *La tempestad de nieve*

A la aurora, la niñita despertó a su madre llorando de hambre. Juana abrió los ojos, separó su espeso cabello de la cara y pudo ver que su padre estaba tendido al otro lado de la tienda y envuelto aún en la sombra. Estaba muy quieto y la joven se alegró de que durmiera aún. Sabía que el día anterior fué muy fatigoso y por eso permaneció quieta media hora más, acariciando a la niñita para que no llorase. Luego se levantó sin hacer ruido, envolvió a la niña en las calientes mantas y pieles, se cubrió con su traje de abrigo y salió.

Fuera era día claro, Juana dió un suspiro de satisfacción al observar que la tempestad se había alejado ya. Hacía un frío extraordinario, tanto, que le pareció no haberlo sentido nunca tan vivo. El fuego estaba completamente apagado. Kazán se había enroscado, y tenía la nariz metida dentro del hueco que le ofrecían sus patas traseras. Levantó la cabeza, temblando, al salir Juana, y ésta, con su pie calzado con gruesos mocasines, desparramó las cenizas y ramitas carbonizadas que había en donde ardió

la hoguera. No había ya rescoldo y al volver a la tienda la joven se detuvo junto a Kazán y acarició su peluda cabeza.

—¡Pobre Lobo!—dijo—. ¡Debiera haberte dado una de las pieles de oso!

Levantó la lona de la entrada y penetró en la tienda. Vió entonces el rostro de su padre a la luz del día, y, desde fuera, Kazán oyó el terrible y lamentable grito que exhaló. Nadie que mirara entonces una sola vez el rostro de Radisson, hubiera dejado de comprender la verdad.

Después de aquel grito de agonía, Juana se arrojó sobre el pecho de su padre, sollozando tan silenciosamente que ni siquiera el fino oído de Kazán pudo percibir el más pequeño sonido. Allí permaneció sumida en su dolor hasta que su energía vital de mujer y de madre se despertó al oir el llanto de la niñita. Púsose rápidamente en pie, cogió a la niña y salió. Kazán tiró del extremo de su cadena para ir a su encuentro, pero la huérfana no lo vió siquiera. El terror de la soledad del desierto es mayor aún que el de la misma muerte y en un instante habíase desplomado sobre Juana. Nada temía por sí misma sino por su hija, y los sollozos de ésta atravesáronle el corazón como agudos puñales.

De pronto, recordó cuanto le dijera su padre la noche anterior, sus palabras acerca del río, de los respiradores en el hielo, del hogar que se hallaba a sesenta kilómetros de allí. «*No podrías extraviarte, Juana.*» Sin duda alguna, previó lo que iba a suceder.

Envolvió cuidadosamente a la niña en las pieles y volvió a donde la noche anterior encendieron la hoguera. Díjose que lo primero era tener fuego. Recogió un montón de cortezas de abedul, lo cubrió con trozos de madera a medio quemar y entró en la tienda en busca de un fósforo. Pierre Radisson los llevaba en una caja impermeable, en un bolsillo de su abrigo de piel de oso. Sollozando, la joven se arrodilló junto a su padre y tomó la caja. Y cuando el fuego prendió en el combustible, añadió leña y luego algunas ramas grandes que su padre llevara al campamento. El fuego la reanimó moral y físicamente. Sesenta kilómetros siguiendo el río... Era preciso hacerlos en compañía de la niña y de Lobo. Por primera vez se volvió hacia el y, llamándolo por su nombre, le puso la mano sobre la cabeza. Después le dió un trozo de carne que antes desheló al fuego, y licuó nieve para hacer té. No tenía apetito, pero recordaba perfectamente que su padre la obligaba a comer cuatro o cinco veces por día, y se obligó a sí misma a tomar una galleta, un poco de carne, y tanto té como pudo beber.

Siguió entonces la terrible hora que tanto temía. Envolvió el cadáver de su padre en mantas y lo ató con correas. Luego metió todas las mantas y pieles restantes en el trineo que estaba

junto al fuego y colocó a la niñita entre los abrigos. Desarmar la tienda era un trabajo enorme para ella. Las cuerdas estaban rígidas y heladas y cuando tras muchos esfuerzos hubo logrado su objeto, una de sus manos estaba herida y ensangrentada. Puso la tienda sobre el trineo y medio cubriéndose el rostro con las manos, miró hacia atrás.

Pierre Radisson yacía en su lecho de bálsamo, bajo el único abrigo del cielo gris y las ramas de los árboles. Kazán se quedó rígido y husmeó el aire. Erizáronse los pelos de su espinazo cuando Juana retrocedió lentamente y se arrodilló junto al bulto envuelto en mantas. Al volver junto a Kazán su rostro estaba pálido y triste ; luego en sus ojos hubo una mirada extraña y terrible, al fijarse en la extensión de las estepas.

Pasó una correa del tiro por su delicada cintura, y así, ella y el perro emprendieron el camino hacia el río, hundiéndose hasta la rodilla en la nieve recién caída. Antes de llegar al río, Juana cayó y se le soltó el pelo sobre la nieve, causando el efecto de un velo resplandeciente. Dando un poderoso tirón, Kazán se acercó a ella y su frío hocico le tocó el rostro cuando ella trataba de ponerse nuevamente en pie. Y entonces Juana tomó la cabeza del perro y la retuvo un momento entre sus manos.

—¡ Lobo !—sollozó—. ¡ Oh, Lobo !

Siguieron adelante, pero la pobre muchacha jadeaba a causa de su penoso aunque corto ejercicio. La capa de nieve no era tan alta sobre el hielo del río ; mas empezó a soplar el viento, procedente del Noroeste, dando de cara a los pobres viajeros y Juana tuvo que inclinar la cabeza mientras tiraba del trineo en unión de Kazán. A cosa de un kilómetro más lejos se detuvo y no pudo contener más el desaliento que acudió a sus labios en forma de sollozo. ¡ Sesenta kilómetros ! Se oprimió el pecho con las manos. Dando la espalda al viento, respiraba penosamente como si alguien la hubiese golpeado. La niñita estaba tranquila. Juana retrocedió, miró por entre las pieles y la contemplación de su hija le dió nuevos ánimos, pero durante los quinientos metros siguientes se cayó dos veces de rodillas.

Luego encontraron en la superficie del hielo un espacio barrido por el viento y Kazán arrastró solo el trineo. Juana andaba a su lado, sintiendo extraño dolor en el pecho. Un millar de agujas parecía pinchar su rostro y el dolor le hizo pensar en el termómetro. Lo expuso por pocos minutos encima de la tela de la tienda y al mirarlo vió que señalaba diez y siete grados bajo cero. ¡ Sesenta kilómetros ! Y su padre le dijo que podría recorrerlos y que le sería imposible extraviarse. Pero ignoraba ella que su mismo padre habría temido dirigirse al Norte

aquel día con tan baja temperatura y un viento bastante violento y precursor de una tempestad de nieve.

Había dejado el bosque más atrás. Hacia adelante no había nada, nada más que las desnudadas estepas y el bosque que había más allá estaba oculto por la bruma gris del día. De haber visto árboles, Juana no sintiera como ahora su corazón lleno de terror. Pero ante ella no tenía nada, nada más que una bruma gris, espectral, y a dos kilómetros de distancia se confundía el cielo con la tierra.

La nieve era cada vez más espesa bajo sus pies. La joven iba vigilando en busca de los traidores agujeros cubiertos de delgada capa de hielo de que su padre le hablara, pero nada pudo descubrir porque todo el hielo y toda la nieve eran iguales para ella y cada vez sentía mayor dolor en sus ojos. El frío era intenso.

El río se ensanchaba en una laguna y al llegar allí el viento le dió en la cara con tal fuerza que a su pesar no pudo seguir tirando del trineo, y Kazán tuvo que arrastrarlo solo. La joven se quedaba atrás, pues la nieve le impedía cada vez más seguir adelante. Kazán no la abandonaba y, al mismo tiempo, arrastraba él solo el trineo gracias a su fuerza enorme. Al dejar la laguna y de nuevo en el cauce del río, Juana andaba penosamente, incapaz de ayudar al perro, pues cada vez sentía que le pesaban

más la piernas. No había más que una esperanza, y era el bosque. Si no llegaban pronto a él, dentro de media hora no le sería posible seguir adelante. La pobre Juana empezó a rezar mientras luchaba con su falta de fuerzas y por fin cayó en la nieve. Kazán y el trineo se alejaron. De pronto, se dió cuenta de que le abandonaban. En realidad no estaba más que a cosa de seis metros, pero sentía la impresión de que estaba muy lejos. Y reuniendo la fuerza que quedaba en su cuerpo, se apresuró a proseguir la marcha y alcanzar al trineo y a su pequeña Juana.

En aquellos momentos los minutos le parecían horas. Aunque el trineo estaba a dos metros de distancia le pareció luchar una hora, antes de poder llegar a él y tocarlo. Dando un gemido lo alcanzó y se echó en él, y entonces ya no sintió tanta tristeza, porque al aproximar su rostro a las pieles bajo las cuales se hallaba la niña, tuvo una visión de su hogar y del agradable calor que en él reinaba. Y se desvaneció la visión, sucediéndola la negra noche.

Kazán se detuvo en su camino y retrocediendo fué a sentarse al lado de su ama, esperando que se moviera y le hablara, pero ella permaneció inmóvil.

Hundió su hocico en el cabello de la joven y exhaló un gemido. Luego levantó la cabeza y husmeó cara al viento, el que le trajo un olor

nuevo. Volvió a tocar a Juana con el hocico, pero ella no se movió siquiera. Entonces volvió a su sitio, frente al trineo y esperó dispuesto a a arrastrarlo, aunque mirando hacia atrás. Pero Juana no se movía ni hablaba, y el gemido de Kazán se convirtió en agudo y penetrante ladrido.

El extraño olor que el viento le traía se acentuó un momento. Kazán empezó a tirar del trineo, pero los patines se habían helado en la nieve y tuvo que hacer uso de su fuerza extraordinaria para despegarlos. Por dos veces, durante los cinco minutos siguientes, se detuvo para olfatear el aire y la tercera vez que interrumpió la marcha en un torbellino de nieve, se volvió al lado de Juana y gimió para despertarla. Luego reanudó la marcha y paso a paso arrastró el trineo a través del torbellino. Más allá había una faja de hielo despejada donde Kazán se detuvo para descansar. En un momento de calma en el viento ; notó el olor que tanto le interesaba, con más fuerza que otras veces.

Al extremo de la faja de hielo había una estrecha fisura en la orilla, en donde un arroyo desembocaba en la corriente principal. Si Juana no hubiera estado sin sentido habría indicado al perro que tomara el camino en linea recta. Pero Kazán se encaminó a la fisura y durante diez minutos luchó con la nieve sin descanso,

gimiendo cada vez con más fuerza y frecuencia hasta que, por último, su gemido se convirtió en un claro y alegre ladrido. Frente a él, y pegada al arroyo, había una cabaña, de cuya chimenea salía una columna de humo cuyo olor llevara el viento a Kazán. Una pendiente bastante acentuada conducía a la puerta de la cabaña, y, con toda la fuerza que le restaba, Kazán arrastró su pesada carga hasta allí. Luego se volvió hacia Juana, levantó su cabeza hacia el oscuro cielo y aulló.

Poco tardó en abrirse la puerta de la vivienda y salió un hombre. Los ojos de Kazán, enrojecidos e irritados por la nevada, siguieron sus movimientos con la mayor atención cuando se acercaba al trineo. Oyó su exclamación de asombro al inclinarse sobre Juana y pocos instantes después surgió de entre las pieles que la abrigaban el llanto de la niña.

Del pecho de Kazán salió un profundo suspiro de alivio. Estaba derrengado y sin fuerza. Tenía las patas heridas y ensangrentadas, pero la voz de la niñita lo llenó de extraña felicidad y se echó junto a las correas del tiro mientras el hombre transportaba a Juana y a la niña al interior de la cabaña para que se reanimaran con el calor.

Pocos minutos más tarde reapareció el hombre. No era viejo como Pierre Radisson. Acercóse a Kazán y lo miró atentamente.

—¡Dios mío!—exclamó—. Y ¿tú has hecho eso? ¿*Tú solo*?

Se inclinó sin demostrar el menor miedo, desató al perro y lo guió hacia la puerta de la cabaña. Kazán sintió una ligera vacilación cuando ya estaba en el umbral. Volvió la cabeza, vigilante y alerta, y confundido con el aullido del viento parecióle que oía la llamada de Loba Gris.

Luego la puerta de la cabaña cerróse tras él. Se tendió en el rincón más oscuro de la estancia, mientras el hombre preparaba algo sobre la caliente estufa, para dárselo a Juana, pero transcurrió bastante tiempo antes de que ésta se levantara del lecho que el dueño de la cabaña había improvisado para ella. Luego Kazán la oyó llorar; el hombre la obligó a comer y luego hablaron los dos. En seguida el desconocido colgó una gran manta delante de la litera y se sentó al lado de la estufa. Sin hacer ruido, Kazán se deslizó a lo largo de la pared, se metió debajo de la cama y desde allí oyó largo tiempo el llanto de la joven. Después reinó el silencio.

A la mañana siguiente salió de la cabaña en cuanto el hombre abrió la puerta y apresuradamente huyó al bosque. A un kilómetro de distancia encontró la pista de Loba Gris y la llamó. No tardó en oir su respuesta, procedente

del helado río y se apresuró a ir a su encuentro.

En vano Loba Gris trató de inducirlo a que la acompañara a los lugares en que hasta entonces vivieran y se alejara de la cabaña y del olor del hombre. Más tarde, durante aquella misma mañana, el hombre enganchó sus perros al trineo y desde el lindero del bosque Kazán lo vió cómo hacía entrar en éste a Juana y a la niñita y la envolvía muy bien en las pieles como hiciera el viejo Pierre cuando vivía. Kazán siguió durante todo el día las huellas del trineo, y Loba Gris, a su vez, marchaba detrás de Kazán. No se detuvieron al oscurecer sino que bajo la luz de las estrellas y de la luna, que salió después de la tormenta, el hombre siguió azuzando a los perros del trineo. Era ya noche cerrada cuando llegaron a otra cabaña y el hombre llamó a la puerta. Apareció una luz, se abrió la puerta y se oyó la alegre bienvenida de otro hombre, y el sollozo de Juana. Kazán había presenciado la escena desde lejos y volvió a reunirse con Loba Gris.

Durante los días y las semanas que siguieron al regreso de Juana a su hogar, el encanto de la cabaña y de la mano de la joven ejercieron su acostumbrada influencia en Kazán. Y así como había tolerado a Pierre, toleraba ahora al hombre joven que vivía con Juana y la niña. Dióse cuenta de que el hombre era muy querido

para Juana, y que los dos amaban mucho a la niñita. Hasta el tercer día no logró Juana que entrara en la cabaña, cuando su marido llegó con el cadáver congelado de Pierre Radisson. El marido de Juana se dió entonces cuenta de que el nombre de Kazán estaba grabado en el collar que llevaba el perro y a partir de aquel momento se le dió su nombre verdadero.

A unos ochocientos metros de la cabaña, en lo alto de una enorme masa de rocas que los indios conocían por el nombre de Roca del Sol, él y Loba Gris encontraron un abrigo que eligieron como madriguera ; y desde allí salían a la llanura a cazar. Muchas veces la voz de Juana llegaba hasta ellos cuando llamaba :

—¡ Kazán ! ¡ Kazán ! ¡ Kazán !

Durante todo aquel largo invierno Kazán alternó su vida entre el encanto de Juana y de la cabaña... y de Loba Gris.

Luego llegó la primavera... y con ella el gran cambio.

Capítulo VIII — *El Gran Cambio*

Las rocas, los montes y los valles tomaban otro aspecto gracias al calor que llegaba. Los botones de los álamos estaban hinchados y prontos a abrirse. El aroma de los bálsamos y de los pinos era cada día más intenso y en toda la región, en la llanura y en el bosque, oíase el dulce murmullo de las corrientes primaverales que recorrían su camino hacia la Bahía de Hudson.

En ésta oíase el fragoroso ruido y los estampidos de los campos de hielo que se rompían y resquebrajaban a través de las Roes Welcome —la puerta para las regiones árticas—y por esa razón llegaron con el viento de abril algunos fríos de poca duración que parecían el último esfuerzo del invierno.

Kazán se había guarecido contra aquel viento. En su soleada guarida no se sentía el más pequeño soplo ; estaba más cómodo que en cualquiera de los días de aquel largo y terrible invierno... y cuando dormía soñaba cosas agradables.

Loba Gris estaba echada a su lado, con las patas extendidas y el olfato siempre alerta al olor del hombre, que estaba cerca. Porque allí se percibía el olor del hombre, así como el

de los bálsamos y abetos en el cálido y agradable aire primaveral. Miraba ansiosa y a veces preocupada, a Kazán, mientras éste dormía. Erizábanse los pelos de su espinazo cuando advertía que a Kazán le ocurría lo propio a impulsos de algún ensueño desagradable.

Gemía suavemente al ver que él arrugaba los labios hasta dejar al descubierto sus blancos y terribles dientes, pero generalmente Kazán, durmiendo, permanecía tranquilo, a excepción de las contracciones musculares de las patas, del lomo y del hocico, que siempre revelan que un perro está soñando. Y mientras soñaba abrióse la puerta de la cabaña para dar paso a la joven de ojos azules y cabellos brunos, la cual, formando portavoz con sus manos llamaba :

—¡ Kazán ! ¡ Kazán ! ¡ Kazán !

La voz llegaba débil a la cima de la Roca del Sol, y Loba Gris agachó las orejas. Kazán se estremeció y casi inmediatamente se puso en pie despierto. Saltó hacia una roca desde la cual se dominaba la llanura, husmeando el aire y mirando a lo lejos.

De la llanura llegó nuevamente la voz de la mujer y Kazán gimió en respuesta a la llamada. Loba Gris se acercó y posó el hocico en su espalda. Había aprendido a conocer el significado de aquella voz, y la temía mucho más que al olor o al ruido que producía el hombre.

Desde que ella abandonara la manada y su antigua vida por Kazán, aquella voz había llegado a convertirse en el mayor enemigo de Loba Gris y la odiaba, pues se le llevaba a Kazán, y a donde quiera que la voz fuese, Kazán la seguía.

Noche tras noche le robaba a su compañero y la dejaba errar solitaria a la luz de las estrellas y de la luna, guardándole fidelidad a pesar de su soledad, y ni una sola vez Loba Gris contestó a las llamadas de sus hermanos salvajes que la invitaban a la caza. Usualmente gruñía a la voz y hasta llegaba a morder ligeramente a Kazán para demostrarle su disgusto. Pero aquel día, cuando la voz llegó hasta ellos por tercera vez, ella se ocultó en una fisura entre dos rocas y Kazán no vió más que sus furiosos ojos.

Kazán corrió nerviosamente hacia la senda que sus propias patas trazaran hasta la cima de la Roca del Sol y se quedó indeciso. Todo el día y el anterior había estado intranquilo y molesto. Y lo que lo excitaba parecía estar en el aire, porque no podía verlo, oirlo ni olfatearlo. Pero en cambio, lo sentía. Dirigióse a la fisura y husmeó a Loba Gris. Usualmente ella gemía invitándolo a que se quedara, pero su respuesta aquel día fué arrugar los labios hasta enseñar a su compañero sus dientes blancos.

Por cuarta vez llegó hasta ellos débilmente la

voz y Loba Gris mordió fieramente algo invisible en la oscuridad entre las dos rocas. Kazán se dirigió vacilante a la senda, pero luego empezó a bajar. Era una senda estrecha y sinuosa practicada en la piedra por patas de animales, porque la Roca del Sol era un peñasco enorme que se remontaba a gran altura, tal vez a treinta metros por encima de las copas de los árboles y su pelada cima era la primera en recibir los rayos del sol y la última en ser bañada por su luz a la puesta. Loba Gris llevó a Kazán a aquel lugar después de haberlo examinado y hallado seguro.

Cuando llegó a la parte inferior, ya no vaciló más, sino que rápidamente partió en dirección de la cabaña. Y a causa del instinto salvaje que siempre gobernaba sus actos, no se acercaba nunca a la cabaña, sin tomar toda suerte de precauciones. Nunca avisaba su llegada, y aquella vez Juana se sobresaltó ligeramente cuando, al levantar los ojos que miraban a su niñita, vió a Kazán en el umbral de la puerta. La niña, al verlo a su vez, expresó su alegría con toda clase de movimientos y empezó a gritar llamando a Kazán. Juana también le tendió la mano.

—¡ Kazán !—dijo suavemente—. ¡ Ven Kazán, entra !

Lentamente se apagó el rojizo resplandor de los ojos de Kazán. Puso una pata en el umbral

y se quedó inmóvil, mientras Juana lo llamaba nuevamente. De pronto pareció que le flaqueaban las patas, bajó la cola y entró medrosamente como si esperase el castigo por haber hecho alguna travesura. Los seres que amaba estaban en la cabaña, pero, por otra parte, odiaba la habitación. Odiaba todas las cabañas, porque todas significaban para él la existencia de palos, látigos y esclavitud. Como todos los perros de trineo, prefería los campos nevados por cama y las copas de los árboles por único techo.

Juana dejó caer su mano sobre su cabeza y al sentir este contacto, Kazán se estremeció con alegría, sintiéndose recompensado de haber abandonado a Loba Gris y a la misma libertad. Lentamente levantó la cabeza hasta dejarla reposar sobre las rodillas de la joven y cerró los ojos, mientras la niñita lo golpeaba con sus piececitos y tiraba con toda su alma de su leonado pelo. Kazán sentía la mayor delicia al ser objeto de aquellos juegos infantiles, mucho más aún que cuando le acariciaba la mano de Juana.

Inmóvil e impasible, Kazán estaba junto a sus amitas, atreviéndose apenas a respirar. Mas de una vez su impasibilidad había inducido al marido de Juana a ponerla en guardia, pero la naturaleza lobuna de Kazán, su salvaje alejamiento y hasta su compañerismo con Loba

Gris, fueron motivo para que la joven lo quisiera más. Y comprendiendo perfectamente su carácter, tenía con él la mayor confianza.

En los días de la última nevada, Kazán había demostrado su fidelidad. Un cazador vecino llegó a la cabaña con su trineo de perros y la niñita se acercó imprudentemente a jugar con uno de los mayores. Oyóse un gruñido formidable y ruido de mandíbulas al abrirse, un grito de horror de Juana y una exclamación de alarma y cólera de los dos hombres que saltaron rápidamente para impedir que el perro destrozase a la pequeña. Pero Kazán acudió antes que nadie. De un formidable salto se arrojó al cuello del perro. Cuando lograron hacerle soltar la presa, el perro estaba muerto. Juana se acordó de este acto de Kazán, cuando la niña golpeaba al perro y le tiraba de los pelos.

—Querido Kazán—le decía cariñosa, acercando su cara a la cabeza del perro—. Estamos muy contentas de que hayas venido, porque esta noche estaremos solas la niña y yo. Papá se ha ido a la factoría, y mientras tanto tú habrás de cuidar de nosotras.

Con una de sus trenzas le hizo cosquillas en el hocico, lo cual divertía mucho a la pequeñuela, porque a pesar de su estoicismo, Kazán no podía evitar la tentación de oler los cabellos de la joven. A veces estos le hacían cosquillas y se veía obligado a estornudar y a mover las

orejas. Pero también le gustaba, pues le agradaba el dulce aroma de los cabellos de Juana.

—Y serías capaz de pelear por nosotras si fuese necesario ¿verdad?—continuó diciendo Juana. Luego se levantó sin hacer ruido.—He de cerrar las puertas—añadió—. No quiero que hoy te marches, Kazán. Has de estar con nosotras, acompañándonos.

Kazán se dirigió a su rincón y se echó. Precisamente así como aquel día hubo algo en la Roca del Sol que lo intranquilizó, algún misterio había ahora en la cabaña que le daba cuidado. Husmeaba el aire, tratando de descubrir su secreto, que, fuese lo que fuese, parecía también hacer diferente a su ama, la cual sacaba muchas cosas, las ponía en el centro de la estancia y hacía paquetes con ellas. Muy tarde ya, antes de acostarse, Juana se acercó a Kazán y posó la mano sobre él, manteniéndola inmóvil unos instantes.

—Nos marchamos—murmuró con voz ligeramente temblorosa, hasta el punto que parecía contener un sollozo—. Nos volveremos a casa, Kazán. Nos vamos a habitar en donde la gente vive mejor, donde hay iglesias, ciudades, música y todas las cosas hermosas del mundo. Y vamos a llevarte con nosotros, Kazán.

Este no entendió las palabras de su ama, pero se sentía feliz con tener tan cerca a la mujer que le dirigía la palabra. En aquellos momen-

tos había olvidado a Loba Gris. El perro que había en él predominó sobre su naturaleza salvaje y la niña y su madre llenaron su mente. Mas en cuanto Juana se acostó en su cama y en la cabaña reinó el silencio, volvió su desasosiego de aquel día. Púsose en pie y fué de un lado a otro de la cabaña, oliendo las paredes y las cosas que su ama guardaba en paquetes. Ligero gemido salió de su garganta y como lo oyera Juana medio dormida, le dijo :

—¡ Cállate, Kazán ! Vete a dormir... vete a dormir.

Por espacio de mucho tiempo después de esto Kazán permaneció en pie en el centro de la cabaña, escuchando tembloroso. Y débilmente oyó, lejos, muy lejos, el lamentable aullido de Loba Gris. Pero aquella noche no era un grito de soledad. El aullido lo hizo estremecer. Corrió hacia la puerta y gimió. Juana estaba profundamente dormida y no pudo oirlo. Una vez más escuchó Kazán el grito de su compañera, pero luego ya no se alteró nuevamente la tranquilidad de la noche y Kazán se tendió en el suelo, junto a la puerta.

Juana lo encontró allí, aun vigilante, prestando oído, cuando se despertó a la mañana siguiente. Abrió la puerta, y él huyó a toda prisa. Parecía que sus patas no tocaban al suelo cuando se alejaba rápidamente en dirección a la Roca del Sol. A través de la llanura pudo ver

el pico de la roca teñido ya de oro por el sol naciente.

Llegó a la senda sinuosa y subió por ella con ligereza.

Loba Gris no estaba a la entrada de la madriguera esperándolo, pero él la olfateó y, además, en el aire descubrió el olor de otra cosa. Se contrajeron sus músculos y las patas se le quedaron rígidas. En lo profundo de su pecho nació un gruñido, pues comprendió que aquella extraña cosa era la que lo había desasosegado. Era *vida*. Algo que vivía y respiraba había invadido la guarida que él compartía con Loba Gris. Puso al descubierto sus terribles dientes y un gruñido de desafío surgió de su boca. Y, dispuesto a saltar sobre aquella cosa desconocida, se acercó a las dos rocas entre las cuales Loba Gris se alojara el día anterior. Estaba allí todavía y con ella había *algo más*. Casi en seguida se relajaron los músculos de Kazán y los pelos de su espinazo se alisaron. Dirigió las orejas hacia adelante y poniendo la cabeza y los hombros entre las rocas gimió blandamente. Loba Gris gimió también. Kazán se retiró despacito y miró al sol que se levantaba. Luego se echó de manera que su cuerpo impidiese la entrada al espacio libre entre las dos rocas.

Loba Gris era madre.

Capítulo IX *La tragedia de la Roca del Sol*

Durante todo aquel día Kazán estuvo de guardia en la cima de la Roca del Sol. El destino y el miedo a la brutalidad de sus amos, le habían privado anteriormente de la paternidad y estaba sumamente extrañado. Algo le dijo que ahora pertenecía a la Roca del Sol y no a la cabaña y la llamada que llegó a él desde la llanura le pareció ya menos fuerte. Al crepúsculo Loba Gris salió de su retiro, se acercó a él, gimiendo, y le mordió suavemente en el cuello. El antiguo instinto de sus padres le hizo acariciar con la lengua la cara de Loba Gris. Esta abrió las mandíbulas y respiró ruidosamente como si acabara de dar una carrera. Sentíase feliz y, como oyera un ligero ruido a su espalda, Kazán movió la cola y Loba Gris volvió al lado de sus cachorros.

El infantil grito y sus efectos sobre Loba Gris, fué la primera lección de paternidad para Kazán. El instinto le dijo que Loba Gris no podría ir entonces de caza con él, pues tendría que permanecer en la Roca del Sol. Por eso, en

cuanto se levantó la luna, salió solo, y hacia la aurora volvió con un gran conejo blanco entre los dientes. Obedeció así a su naturaleza salvaje y Loba Gris comió vorazmente. Y comprendió que a partir de entonces todas las noches debería cazar para Loba Gris y para los pequeñuelos que estaban ocultos entre las rocas...

Ni al día siguiente ni al otro fué a la cabaña, a pesar de oir las voces del hombre y de la mujer que lo llamaban. Al quinto día fué, sin embargo, y Juana y la niña se alegraron tanto de verle que la primera lo abrazó y la niña gritó, se rió y le pegó, mientras el hombre observaba tales manifestaciones de júbilo con una mirada de desaprobación.

—Le tengo miedo—dijo a Juana por centésima vez—. Hay en sus ojos un brillo especial que sólo he visto en los lobos. Es de raza traidora. Muchas veces me gustaría no haberlo traido aquí.

—De ser así ¿dónde estaría nuestra niña? —preguntó Juana conmovida.

—Casi lo había olvidado—dijo su marido—. Y ahora que lo recuerdo, Kazán, me parece que también te quiero yo—añadió, y puso su acariciadora mano sobre la cabeza del perro—. Vamos a ver qué le parecerá vivir allí. Toda la vida la habrá pasado en el bosque. No hay duda que lo encontrará raro.

—A mí me pasa lo mismo—contestó Juana—,

porque toda la vida la he pasado en el bosque. Más, por otra parte, te aseguro que quiero muchísimo a Kazán y que solamente lo eventajáis tú y la niña en mi cariño. ¡ Querido Kazán !

En aquella ocasión sintió y husmeó Kazán un misterioso cambio que se realizaba en la cabaña. Juana y su marido, en cuanto estaban juntos, hablaban incesantemente de sus planes ; y cuando el hombre estuvo fuera, Juana habló a la niña y a Kazán. Cada vez que Kazán fué a la cabaña durante la semana que siguió, sintióse más tranquilo, hasta el punto de que el hombre advirtió su inquietud.

—Casi estoy tentado a asegurar que este animal lo sabe todo—dijo una noche a Juana—. Creo que conoce nuestros preparativos de marcha.—Hizo una pausa y añadió :—El río estaba creciendo hoy y por lo menos hemos de dejar pasar una semana antes de marcharnos.

Aquella misma noche la luna inundó la cima de la Roca del Sol de luz dorada y Loba Gris salió de su madriguera acompañada por los tres cachorros que rodeaban a su padre, le mordían y le tiraban de los pelos, recordándole entonces los juegos de la niñita. A veces daban unos gritos muy semejantes a los de ella y se sostenían mal sobre sus patitas, con la misma torpeza con que la pequeña Juana trataba de andar sobre sus dos piernas. Kazán no los acariciaba como Loba Gris, pero el contacto de sus cuerpecillos y sus juegos infantiles lo llenaban de un placer especial que nunca hasta entonces había sentido.

La luna brillaba en el cénit y la noche estaba casi tan alumbrada como si fuera de día, cuando Kazán salió a la llanura para cazar algo destinado a Loba Gris. Al pie de la roca saltó ante él un enorme conejo blanco y se apresuró a darle caza. Lo persiguió por espacio de un kilómetro, hasta que en él predominó el instinto de los lobos sobre el del perro y abandonó la fútil persecución. Habría podido vencer en la carrera a un gamo, pero a las piezas menores era preciso cazarlas de la misma manera que la zorra, y empezó a buscar por entre los setos despacio, y sin hacer el más pequeño ruido. Hallábase a un kilómetro y medio de la Roca del Sol cuando dos oportunos saltos pusieron entre sus dientes la cena de Loba Gris. Volvió despacio a su morada, dejando de vez en cuando en el suelo el enorme conejo que había cazado, a fin de descansar.

Cuando llegó a la estrecha senda que conducía a lo alto de la Roca del Sol se detuvo, porque notó que había en ella un olor de extrañas pisadas. Cayó el conejo de entre sus dientes y cada uno de los pelos del cuerpo de Kazán pareció animarse con vida propia. Lo que hus-

meaba no era el olor de un conejo, de una marta, o de un puercoespín, sino que advertía claramente que un animal de dientes y garras lo había precedido en su camino hasta la cima de la Roca del Sol. Entonces, débilmente, desde lo alto, oyó sonidos que le hicieron prorrumpir en un aullido de alarma. Y al llegar arriba, vió alumbrada por la luna una escena que le hizo detenerse por un momento como si se hubiese convertido en estatua. Cerca del borde del precipicio que allí formaban las rocas, Loba Gris estaba empeñada en mortal lucha con un enorme lince. Alternativamente la loba estaba debajo de su enemigo o encima, y de pronto, dió un terrible alarido de dolor.

Kazán acudió al teatro de la lucha y su ataque fué rápido y silencioso como el del lobo, combinado con la mayor valentía, furia y estrategía del perro «husky». Otro husky hubiese perecido ante el primer ataque de Kazán, pero el lince no era perro ni lobo. Era el ser más rápido de aquellas selvas. Los agudos y largos colmillos de Kazán, se habrían clavado en la yugular de su enemigo, pero en una fracción de segundo el lince retrocedió como enorme y blanda pelota y los dientes de su adversario se hundieron en la carne del cuello en vez de morder la yugular. Y es preciso tener en cuenta que Kazán no peleaba entonces contra los dientes de un lobo de manada ni contra otro perro. Luchaba contra garras, garras que cortaban como veinte navajas de afeitar y que podían seccionar perfectamente la yugular de un animal tan grande como Kazán.

Este había peleado una vez con un lince que cayó en una trampa, y no olvidó la lección que tal combate le diera. Trataba ahora de situarse sobre la espalda del lince, en vez de procurar cogerlo panza arriba, como habría hecho de pelear contra un perro o un lobo, pues sabía muy bien que su enemigo sería doblemente peligroso si se defendía presentándole sus cuatro patas, ya que con un golpe de cualquiera de ellas podría abrirle el vientre.

Trás él oía los gritos de dolor de Loba Gris, lo que le dió a entender que estaba muy mal herida. Esta idea lo llenó de rabia y duplicó su fuerza, y sus dientes se cerraron sobre la piel y la carne del cuello del lince, pero éste pudo eludir la muerte. Era preciso que Kazán mordiera de nuevo y con mayor acierto para encontrar la yugular y, separándose ligeramente, dió la embestida final. El lince estuvo un instante en libertad y, aprovechándolo, se echó de espaldas, más Kazán se arrojó sobre él, ladeándose ligeramente y pudo cogerlo por el cogote.

Las garras del gato rasgaron el costado del perro y lo abrieron, aunque a demasiada altura para que la herida fuese mortal. Con otro gol-

pe habría llegado a algún punto vital, pero como estaban luchando ciegos de rabia y en el mismo borde del precipicio, de pronto, sin proferir grito ni gruñido alguno, se despeñaron ambos. Había de quince a diez y ocho metros de altura desde donde se hallaban hasta el escalón de rocas más cercano, pero ni en la caída Kazán soltó su presa, sino que, por el contrario, clavó sus dientes con mayor fuerza. Diéronse un batacazo enorme, pero Kazán tuvo la suerte de caer encima de su enemigo y eso amortiguó considerablemente el golpe, cuya violencia, no obstante, lo lanzó a cuatro o cinco metros de su enemigo. Levantóse instantáneamente, aturdido, gruñendo y dispuesto a la defensiva. El lince estaba inmóvil en el mismo lugar en que cayera y Kazán se acercó apercibido y husmeó prudentemente. Comprendió, sin embargo, que había terminado ya la pelea. Entonces se esforzó en llegar a la Senda, y apresuradamente volvió junto a Loba Gris.

Esta no se hallaba ya en el mismo sitio, a la luz de la luna. Cerca de las dos rocas que le sirvieran de abrigo estaban los cuerpos de los tres cachorros desprovistos de vida, pues el lince los había destrozado. Dando un gemido de tristeza, Kazán se aproximó a las rocas y metió la cabeza entre ellas. Loba Gris estaba allí, quejándose como si sollozara. El se adelantó

y empezó a lamer el lomo y la cabeza de su compañera, la cual siguió quejándose durante toda la noche. Al llegar la aurora, la pobre loba se arrastró hasta el lugar en que quedaron los cadáveres de sus hijitos.

Y entonces fué cuando Kazán pudo darse cuenta de la obra del lince, porque Loba Gris estaba ciega, no por un día ni una noche, sino para siempre. La había envuelto una obscuridad eterna que ningún sol podía disipar. Y tal vez también el maravilloso instinto de los animales, a veces más maravilloso que la razón humana, hizo comprender a Kazán lo ocurrido. Porque sabía que Loba Gris estaba indefensa, mucho más que los cachorros que jugaban a la luz de la luna pocas horas antes.

En vano Juana llamó al perro. Su voz llegó ciertamente a la Roca del Sol y, al oirla, Loba Gris se acercó más a Kazán, el cual echó hacia atrás las orejas y le lamió las heridas. Poco rato después Kazán dejó un momento a su compañera para ir en busca del conejo muerto que dejara al pie de la roca, pero Loba Gris olió la presa y no quiso comer. Un poco más tarde él le indicó su deseo de que lo siguiera hacia la senda, pues no deseaba seguir en lo alto de la Roca del Sol, ni quería que se quedara allí Loba Gris. Paso a paso la guió, alejándola de sus muertos cachorros ; ella no quería moverse más que cuando sentía el cuerpo de Kazán en con-

tacto con el suyo, de tal manera que pudiese tocar su desgarrado flanco con la nariz.

Por fin llegaron a un lugar en que era preciso dar un salto de un metro aproximadamente, pues en el camino había una solución de continuidad, y allí comprendió Kazán cuán absolutamente inválida había quedado Loba Gris. Gimió y se echó al suelo veinte veces, antes de atreverse a dar el salto; se decidió al fin, haciéndolo con las patas rígidas, y cayó pesadamente junto a Kazán.

Desde entonces éste ya no tuvo que esforzarse tanto para que la hembra le siguiera, pues Loba Gris, a raiz del salto que tuvo que dar, se convenció de que solamente estaba segura cuando su nariz tocaba el costado de su compañero. Lo siguió, pues, obediente cuando llegaron a la llanura, trotando de manera que su espalda tocaba la cadera de él.

Kazán se encaminaba hacia un bosquecillo que había junto al arroyo, a unos ochocientos metros de distancia, pero mientras lo recorría, Loba Gris tropezó y se cayó por lo menos una docena de veces.

Y cada vez que caía, Kazán comprendía un poco más las limitaciones de la ceguera. Una vez, él saltó en persecución de un conejo, pero no había dado aún veinte saltos, cuando se detuvo y miró hacia atrás. Loba Gris no se había movido de donde estaba; permanecía inmóvil, olfateando el aire y esperando a su compañero. Este, por espacio de un minuto, también se detuvo, aguardando, y luego volvió hacia ella. Y a partir de entonces, cada vez que tenía que alejarse de ella, volvía donde la dejara, seguro de que estaba esperándole.

Durante todo el día permanecieron en el bosquecillo, y, por la tarde, Kazán fué a hacer una visita a la cabaña, en la que encontró a Juana y a su marido. Como es natural se dieron cuenta de las heridas que tenía el perro, y el hombre, después de examinarlas, observó:

—Dura debió de ser la pelea. Eso se lo ha hecho un lince o un oso, porque no es herida que pueda causar otro lobo.

Por espacio de media hora Juana se ocupó exclusivamente de él, hablándole y acariciándolo con sus manos suaves. Le lavó las heridas con agua caliente, luego le aplicó un ungüento calmante y Kazán volvió a sentir el intenso deseo de permanecer con ella para siempre y no volver al bosque. Durante una hora ella le permitió permanecer echado sobre el extremo de su vestido y con el hocico casi pegado a su zapato, mientras se ocupaba en arreglar a su hija. Luego fué a preparar la cena y Kazán no tuvo más remedio que levantarse, cosa que hizo de bastante mala gana. Se dirigió

a la puerta. Llamábanlo Loba Gris y las sombras de la noche y contestó a ambas llamadas con la cabeza baja, pues ya había desaparecido el encanto que para él tuviera la libertad. Poco después salió de la cabaña. Cuando se reunió con Loba Gris, había salida la luna. La compañera lo recibió alegremente, manifestando su contento con un gemido de gozo y aproximando a él su cabeza. Más feliz parecía Loba Gris en su lamentable estado que Kazán en el uso de todo su vigor.

A partir de aquel día y durante los que siguieron, hubo una enconada lucha entre la ciega y fiel Loba Gris y la mujer de la cabaña. Si Juana hubiese sabido lo que Kazán dejaba en el bosque, si hubiera visto una sola vez al pobre animal para quien Kazán era entonces la misma vida—el sol, la luna, las estrellas, todo—seguramente habría ayudado a Loba Gris. Pero no siendo así, esforzábase en atraer cada vez más al perro y por último logró la victoria.

Llegó, finalmente, el gran día, ocho después del de la lucha en la Roca del Sol. Kazán, dos días antes, llevó a Loba Gris a un bosquecillo inmediato al río y allí la dejó la noche anterior cuando se encaminó a la cabaña. Aquella vez le ataron una fuerte correa de piel de reno al collar y lo dejaron sujeto a la pared de troncos. Al día siguiente Juana y su marido se levantaron antes del alba y cuando ambos dejaban la cabaña, el marido llevando a la niña y Juana precediéndoles, salía el sol. La joven se volvió y cerró la puerta de la cabaña, y Kazán oyó cómo sollozaba al seguir a su esposo hacia el río. La enorme canoa estaba dispuesta y esperándolos. Juana y la niña fueron las primeras en embarcar. Luego, sosteniendo el extremo de la cuerda, hizo entrar a Kazán y le ordenó que se echara junto a ella.

Cuando empezó la navegación, el sol bañó cálidamente la espalda de Kazán y éste cerró los ojos y posó su cabeza en el regazo de su ama. La mano de ésta se apoyó en su hombro y él oyó nuevamente el sollozo que el hombre no podía percibir, a medida que la canoa se alejaba corriente abajo.

Juana agitó la mano para despedirse de la cabaña que precisamente entonces desaparecía tras los árboles.

—¡Adiós!—exclamó—. ¡Adiós!—Y luego escondió su rostro junto a Kazán y a la niña y lloró.

El hombre cesó de remar.

—¿Te sabe mal que nos marchemos, Juana?—preguntó.

Pasaban entonces junto a un recodo del río y el olor de Loba Gris llegó hasta Kazán, que prorrumpió en débil gemido.

—¿Te sabe mal que nos marchemos?

Juana movió la cabeza negativamente.

—No—contestó—. Pero como siempre hemos vivido aquí... entre los bosques... que son mi país...

Kazán tenía la cabeza vuelta en dirección de la cabaña. Lo llamó el hombre y Juana levantó la cabeza. Súbitamente se deslizó de su mano la cuerda que sujetaba al perro y extraña luz alumbró sus ojos, cuando vió lo que había en la orilla, a poca distancia. Era Loba Gris, cuyos ciegos ojos estaban vueltos hacia Kazán. Por fin Loba Gris, fiel y amante, había comprendido. El olfato le dió cuenta de lo que no podían ver sus ojos. Kazán y el olor del hombre estaban juntos. Y se marchaban... se marchaban.

—¡Mira!—exclamó Juana, dirigiéndose a su marido.

Este se volvió. Las patas anteriores de Loba Gris estaban en el agua. Y cuando se alejaba la lancha, la loba se sentó sobre su cuarto trasero, levantó la cabeza al sol que no podía ver y profirió un tristísimo aullido dirigido a Kazán.

La canoa se ladeó inesperadamente. Un cuerpo leonado saltó... y Kazán cayó al agua

El hombre se inclinó para coger su rifle, pero la mano de Juana lo detuvo. La cara de la joven estaba palidísima.

—¡Déjale que se vaya con ella! ¡Déjale! ¡Déjale!—exclamó—. Su sitio está al lado de la loba.

Y Kazán, llegando a la orilla, tomó tierra, se sacudió el agua de su espeso pelaje y por última vez miró a la mujer. La canoa desapareció lentamente tras el primer recodo de la corriente. Un momento después desapareció. Loba Gris había ganado.

Capítulo X — *El incendio*

A partir de la terrible lucha con el enorme lince en lo alto de la Roca del Sol, Kazán recordaba cada vez con menos claridad los días pasados en que fué perro de trineo y luego jefe de manada. No olvidaba por completo estos hechos, pero siempre predominaban ciertos recuerdos sobre los demás, semejantes a las hogueras que interrumpen la obscuridad de la noche. Así como el hombre, cuando recuerda algún hecho importante de su vida, señala su fecha relacionándola con la de su nacimiento, Kazán establecía esta relación con la época en que acontecieron las dos tragedias que se sucedieron casi sin intervalo después del nacimiento de los dos cachorros de Loba Gris, como si entonces hubiera comenzado su vida.

La primera era la mortal lucha en la Roca del Sol, cuando el lince cegó para siempre a su hermosa compañera y destrozó a sus hijitos. A su vez él mató al lince, pero Loba Gris seguía siendo ciega. La venganza no pudo hacerle recobrar la vista. No podía ya cazar con él como lo hiciera antaño en unión de las ma-

nadas de lobos en la llanura y en los bosques. Por consiguiente, cada vez que recordaba aquella tragedia, gruñía furioso y encogía los labios para enseñar ferozmente los dientes.

La otra tragedia era la marcha de Juana con su niñita y su marido. Algo más infalible que la razón indicaba a Kazán que no volverían. Y la escena que más clara se ofrecía a su memoria era la de aquella mañana de sol en que la mujer y la niña, a las que amaba, y el hombre, al que soportaba a causa de ellas, se alejaron en la canoa ; y muchas veces se iba al lugar en que los abandonara y con profunda añoranza miraba a la corriente que se los llevó.

Así, la vida de Kazán parecía depender de tres cosas : el odio a todo lo que tuviera la apariencia o el olor del lince, su sentimiento por la ausencia de Juana y de la niña, y luego Loba Gris. Era natural que la más fuerte pasión en él fuese el odio al lince, porque no solamente fué el causante de la ceguera de Loba Gris y de la muerte de los cachorros, sino que también hacía depender de la lucha la marcha de Juana y de su niña. Y a partir de entonces fué el enemigo más encarnizado de la familia de los linces. En cuanto sorprendía en alguna parte el olor de uno de aquellos enormes gatos, se convertía en un verdadero demonio y su odio aumentaba día por día a medida que se identi-

ficaba más con las fieras que habitaban aquellas soledades.

Y observó entonces que Loba Gris le era más necesaria que cuando ella abandonó la manada para seguirlo. No hay que olvidar que Kazán tenía sangre de perro y ésta necesitaba indispensablemente de la compañía que entonces solo podía ofrecerle Loba Gris. Los dos estaban solos, y las regiones civilizadas se hallaban a casi un millar de kilómetros al Sur. La factoría más cercana de la Bahía de Hudson estaba a unos noventa kilómetros al Oeste. Con frecuencia, en la época de la mujer y de la niña, Loba Gris había pasado las noches sola en el bosque esperando y llamando a Kazán. Y ahora era éste el que se sentía solo e intranquilo cuando no estaba junto a su compañera.

Debido a su ceguera Loba Gris ya no podía cazar con su compañero, pero gradualmente, se estableció entre ellos una clave de señales y a pesar de su ceguera ella pudo aprender muchas cosas que antes no conociera. A principios del verano Loba Gris podía viajar con Kazán, si éste no iba muy aprisa. Corría junto a él, tocándolo con el hocico o con la espalda, y Kazán, a su vez, aprendió a ir trotando en vez de saltando. Rápidamente comprendió que debía elegir los caminos más fáciles para Loba Gris y cuando llegaban a un lugar que era preciso franquear de un salto, advertía a su compañera

tocándola con el hocico y gimiendo. Esta escuchaba con las orejas erguidas y entonces Kazán saltaba y ella se daba cuenta, por el ruido, de la distancia que era preciso franquear. De todos modos siempre daba el salto demasiado largo, lo cual no le acarreaba ningún contratiempo.

Por otra parte, Loba Gris se hizo más indispensable que nunca a Kazán. El oído y el olfato substituyeron a la vista y cada día se desarrollaban más y más estos dos sentidos, al mismo tiempo que se hacía más completo el mudo lenguaje por medio del cual podía comunicar a Kazán lo que descubriera con el oído o con el olfato. Y por parte de Kazán, fué una curiosa costumbre, desde entonces, la de mirar a Loba Gris cuando se detenían para escuchar o para olfatear el aire.

Después de la marcha de Juana y de su hijita, Kazán llevó a su compañera a un espeso bosquecillo de abetos y de bálsamos inmediato al río, y allí permanecieron hasta los primeros días de verano. Durante varias semanas Kazán estuvo yendo diariamente a la cabaña en que habitaban sus amas y el hombre. Al principio acudía allí esperanzado, buscando de día y de noche algo que le indicara que el lugar estaba habitado, pero no lo halló. Nunca vió la puerta abierta. Los postigos de las ventanas estaban siempre igual y jamás se levantaba de la chimenea la más leve espiral de humo. En el ca-

mino que conducía a la puerta empezó a crecer la hierba y el olor de los seres que amara era cada día más débil para el olfato de Kazán.

Un día encontró un mocasín de niño junto a una de las cerradas ventanas. Era viejo y estaba muy usado y ennegrecido por la intemperie, pero Kazán permaneció echado mucho rato al lado de aquella prenda, mientras la niña Juanita, a mil quinientos kilómetros de distancia, estaba jugando con los juguetes que le compraran en los bazares de la ciudad. Luego Kazán se volvió junto a Loba Gris, al bosque.

La cabaña era un lugar a donde Loba Gris no quería acompañar nunca a Kazán. Cuando se trataba de ir a otros sitios siempre estaba junto a él. Y ahora que ya se había acostumbrado a su ceguera, incluso lo acompañaba cuando iba de caza hasta que descubría alguna pieza y empezaba la persecución. Entonces lo esperaba. Kazán, usualmente, perseguía a los enormes conejos de las nieves que en la comarca había, pero una noche persiguió y consiguió matar a un gamo joven. Como le costara mucho trabajo arrastrar su víctima hasta donde quedara Loba Gris, fué en busca de ésta y la guió hasta la pieza cobrada. Y cada día se hacían más inseparables, a medida que transcurría el verano, de modo que, en aquellos solitarios parajes, sus huellas quedaban impresas

en el suelo, siempre unas junto a otras y nunca solas.

Y entonces llegó el gran incendio.

Loba Gris lo husmeó cuando estaba aún a dos jornadas de distancia hacia el Oeste. Aquella tarde se puso el sol envuelto en una nube lúgubre y la luna, al hallarse en la parte Oeste del cielo, se puso rojiza. Cuando se hundía en el horizonte de tal manera, los indios la llamaban «La Luna Ensangrentada» y el aire estaba lleno de tristes presagios.

Al día siguiente Loba Gris estaba nerviosa y hacia el mediodía Kazán encontró en el aire el aviso que ella sorprendiera muchas horas antes. El olor era cada vez más fuerte y, a media tarde, el sol estaba casi oculto por una nube de humo.

En otras circunstancias habría empezado ya la fuga de toda clase de animales desde el triángulo que formaba el bosque entre los ríos Pipestone y Cree, pero cambió el viento, y los animales, engañados por ello, no emprendieron la fuga. Cuando nuevamente volvió a soplar hacia el Este y quisieron huir, el fuego los había rodeado ya por todas partes y no había salvación posible.

Entonces cambió el viento otra vez y el fuego se corrió hacia el Norte, de manera que el ápice del triángulo se convirtió en una trampa mortal. Durante toda la noche el cielo del Sur

estuvo cubierto de una nube de fantástico esplendor y por la mañana el calor, el humo y las cenizas hacían el aire irrespirable.

Presa de pánico, Kazán buscó en vano el modo de escapar, pero ni por un instante abandonó a Loba Gris. Fácil le hubiera sido huir nadando por cualquiera de las dos corrientes, pero Loba Gris retrocedía, asustada, en cuanto el agua tocaba sus patas delanteras. Como todos los de su raza, prefería afrontar el fuego y la muerte que el agua. Kazán la instaba y más de una docena de veces saltó al agua y nadó en la corriente, pero Loba Gris no quería seguir adelante en cuanto perdía pie.

Podían oir ya el distante rugido del fuego ante el cual huían los animales de todas clases. Alces, renos y venados se echaban al agua y ganaban la opuesta orilla. Incluso saltó al agua un enorme oso negro con dos cachorros y hasta estos se alejaron nadando. Kazán los estaba observando y gimió a Loba Gris.

Y luego, por aquel mismo punto, se echaron al agua otros animales que la temían como Loba Gris; un enorme puercoespín, una marta esbelta y un gato silvestre que olfateaba el aire y gemía con voz de niño. Y los animales que no podían o no querían nadar, estaban, con respecto a los demás, en la proporción de tres a uno. Centenares de armiños corrían como ratas por la orilla, profiriendo incesantemente sus

vocesillas; las zorras corrían a lo largo de la orilla buscando un tronco caído o una rama derribada por el viento que pudiera sostenerlas en el agua; los linces gruñían y afrontaban el fuego, y los hermanos de Loba Gris, los lobos, no se atrevían a más que ella misma.

Mojado, jadeando y casi sofocado por el calor y el humo, Kazán se puso al lado de Loba Gris. No había más que un refugio cerca de ellos y era un banco de arena del río, que se adentraba en la corriente en unos quince metros. Apresuradamente llevó allí a su ciega compañera y cuando pasaban a través del matorral, en su camino hacia el lecho del río, algo hizo detenerse a ambos. A ellos llegaba el olor de un enemigo más terrible que el mismo fuego. Un lince había tomado posesión del banco de arena y estaba echado en su extremo. Tres puercoespines se habían arrastrado también al borde del agua y allí estaban semejando a tres bolas, con las espinas enhiestas y temblorosas. Un gato silvestre estaba gruñendo al lince y éste, con las orejas inclinadas hacia atrás, observaba a Kazán y a Loba Gris cuando empezaba a invadir el banco de arena.

La fiel Loba Gris estaba deseosa de pelear y, acercándose más a Kazán, hasta tocar su lomo, enseñó los dientes. De un mordisco encolerizado Kazán la hizo retroceder y ella se quedó temblando de rabia y gimiendo mientras

él avanzaba. Ligeramente se adelantaba Kazán, con las orejas inclinadas, aunque sin manifestar en su actitud la más pequeña amenaza. Era el modo de atacar de los perros de trineo adiestrados en la pelea y en el arte de matar. Un hombre civilizado, al ver a Kazán, se habría figurado que se acercaba al lince con intenciones amistosas, pero el felino se dió cuenta de la verdad.

El instinto advirtió al gato silvestre lo que iba a ocurrir y se acurrucó en el suelo cuanto le fué posible ; los puercoespines, gritando como niños, pusieron más erguidas sus púas al advertir la presencia de los enemigos y sentir la aproximación del fuego. El lince estaba echado sobre su vientre, semejante a un gato, con el cuarto trasero temblando de impaciencia y dispuesto para dar el salto. Los pies de Kazán parecían no tocar el suelo de arena cuando daba vueltas en torno del lince, el cual giraba también sin perder de vista a su enemigo, gruñendo furioso a Kazán que estaba a unos tres metros de distancia.

Fué el lince el que saltó primero.

El perro no hizo esfuerzo alguno para evitar el ataque, sino que resistió el salto del lince con las fuerzas de sus espaldas, como hacen los perros de trineo al combatir entre ellos. Su peso sería de unos cinco kilogramos más que el del lince y por un momento el enorme y agilísimo

gato, con sus veinte garras semejantes a cuchillos, chocó contra su costado. Como un rayo Kazán aprovechó el momento y se arrojó sobre el cogote del lince.

En aquel preciso instante Loba Gris saltó al lugar de la lucha dando un grito de rabia y, situándose bajo el vientre de Kazán, logró cerrar sus mandíbulas sobre una de las patas traseras del lince y el hueso se rompió con un crujido. El lince, dominado por enemigos que duplicaban su peso, saltó hacia atrás, arrastrando no solamente a Kazán sino también a Loba Gris. Cayó sobre uno de los puercoespines y se clavó por lo menos un centenar de espinas. Dió otro salto y quedó libre, huyendo hacia la columna de humo. Kazán no lo persiguió y Loba Gris se acercó a su macho y le lamió el cuello, en donde manaba la sangre, manchando su leonado pelaje. El gato silvestre estaba quieto, como muerto, observando a la pareja con sus vivos ojuelos negros. Los puercoespines continuaban gritando, como si pidieran gracia. Entonces una espesa columna de humo se arrastró por encima del banco de arena y con él llegó una ráfaga de aire que quemaba.

Al extremo del banco de arena, se echaron y enroscaron Kazán y Loba Gris, ocultando los hocicos bajo sus cuerpos. El fuego estaba ya muy cerca, y su rugido se parecía al de una

gran catarata, aumentado por la caida de los árboles. El aire estaba lleno de cenizas y de chispas y por dos veces Kazán sacó la cabeza para morder a las chispas ardientes que caían a su alrededor y le quemaban. A lo largo de la orilla había un matorral verde, y cuando el fuego llegó allí, ardió con mayor lentitud y el calor disminuyó algo. Pero transcurrió bastante rato antes de que Kazán y Loba Gris pudieran sacar las cabezas y respirar con mayor libertad. Entonces observaron que el banco de arena que se internaba en el río, los había salvado. Por todas partes, a excepción de aquel lugar, el mundo se había puesto negro y no se podía andar por lo ardiente que estaba el suelo.

El humo desapareció. El viento cambió de nuevo y trajo aire fresco y respirable del Oeste y del Norte. El gato silvestre fué el primero en volverse hacia la región devastada por el fuego, y los puercoespines estaban todavía hechos una bola cuando Kazán y Loba Gris dejaron el banco de arena. Empezaron a andar por la orilla, corriente arriba, y antes de que llegase la noche, sus pies se hallaban ya en muy mal estado a causa de las cenizas ardientes y de las brasas que a pesar suyo pisaron.

La luna tenía extraño aspecto y parecía traer algún mal presagio. Atravesaba el cielo como un disco de sangre y durante las largas y silenciosas horas no se oyó siquiera la voz de un

buho que diera la impresión de que todavía existía la vida en donde el día anterior hubiera un paraíso para los animales. Kazán comprendió que no había nada que cazar y continuó viajando durante la noche entera. A la aurora llegaron a un terreno pantanoso y estrecho que se extendía a lo largo de la corriente. Allí los castores habían construído un dique que permitió a Kazán y a Loba Gris cruzar el río en busca de la otra orilla, poblada de vegetación. Durante otro día y otra noche continuaron el camino hacia el Oeste, y esto los llevó a una región pantanosa y forestal a un tiempo, a lo largo del Waterfound.

Y a medida que Kazán y Loba Gris llegaban del Oeste, desde la factoría de la Compañía de la Bahía de Hudson, marchaba hacia el Este un mestizo francés, delgado, de piel oscura, llamado Henri Loti, el más famoso cazador de linces en toda la región de la Bahía de Hudson. Andaba en busca de huellas de dichos animales y las encontró numerosas a lo largo del Waterfound. Aquel era un paraiso para los cazadores, pues los conejos se contaban allí por millares. Como consecuencia, abundaban también los linces y Henri preparó su cabaña y luego regresó a la factoría para esperar que cayesen las primeras nieves, en cuya ocasión volvería con su trineo, los instrumentos y víveres necesarios y también las trampas que quería armar.

Y al mismo tiempo, desde el Sur, avanzaba en una canoa hacia el Norte y a pie cuando era necesario, un joven zoólogo de una universidad que reunía materiales para una obra que iba a publicar, titulada «La razón de los animales salvajes». Llamábase Pablo Weyman y habíase puesto de acuerdo para pasar una parte del invierno con Henri Loti, el mestizo. Llevaba consigo numerosas cuartillas, un aparato fotográfico y el retrato de una joven. Su única arma era un cortaplumas.

Y mientras tanto, Kazán y Loba Gris hallaron la vivienda que buscaban en un terreno pantanoso, a unos diez kilómetros del lugar en que Henri Loti había construído su cabaña.

Capítulo XI — *Siempre apareados*

Corría el mes de enero cuando un guía de la factoría condujo a Pablo Weyman a la cabaña de Henri Loti en Waterfound. Era un muchacho de unos treinta y dos años, lleno de vitalidad, que agradó inmediatamente a Loti. De no haber sido así, la primera noche hubiese transcurrido desagradablemente porque Loti estaba de mal humor, pero en vez de eso, desde el primer momento se franqueó con él mientras fumaban en sus pipas, junto a la estufa candente.

—Es muy raro—le dijo—. He perdido siete linces ya cazados, pues los encontré destrozados como los conejos devorados por los zorros. Ningún animal, ni siquiera el oso, ha atacado nunca a un lince cogido en una trampa. Es el primer caso que veo. Y los encuentro de tal manera destrozados que ya no me darán ni siquiera medio dólar en la factoría. ¡Siete! He perdido por lo menos doscientos dólares. Y son dos lobos los autores de eso. Dos, los conozco por sus huellas, siempre dos y nunca uno. Siguen mis trampas y se comen los conejos que

cojo. Dejan en paz a los gatos silvestres, los armiños y las martas, pero los malditos me destrozan todos los linces que encuentran. Les he puesto cebos envenenados con estricnina, preparando trampas y cepos, pero los malditos no caen. Y me obligarán a alejarme de aquí si no los cojo antes, porque solamente he logrado doce linces y me han destrozado siete de ellos.

El caso despertó el interés de Weyman. Era de los que creían que el egoismo humano ciega al hombre con respecto a muchas de las maravillas de la creación. Había arrojado el guante a los que sostenían que el hombre era el único ser dotado de razón y que el sentido común y la habilidad, al ser empleados por otros animales, no merecía más que el nombre de instinto, y había logrado muchos partidarios. Como advirtiera en la relación de Loti algo interesante que aún estaba oculto, prolongó la conversación acerca de los dos extraños lobos hasta más de media noche.

—Hay un lobo grande y otro más chico—dijo Loti—, siempre es el mayor el que pelea y destroza a los linces. Lo he averiguado por las huellas en la nieve. Mientras él pelea, el lobo más pequeño espera alejado del combate y cuando el linces está ya vencido o muerto, acude para ayudar a destrozarlo. Todo eso lo he averiguado por la nieve. Una vez vi dónde el más pequeño intervino en la lucha, y la sangre que

quedó en el suelo no era de lince. Y por las huellas de la sangre seguí a los dos tunos por espacio de dos kilómetros.

En las dos semanas siguientes Weyman pudo reunir muchos y nuevos materiales para el libro que preparaba. No pasaba un día sin que Loti descubriera las huellas de los dos lobos a lo largo de su línea de trampas y Weyman observó que, como le dijera Loti, las huellas estaban siempre juntas y nunca eran de un lobo solo. Al tercer día llegaron junto a una trampa en la que había caído un lince y al ver lo que quedaba de él Loti blasfemó y maldijo en francés y en inglés hasta que se le congestionó el rostro, porque el animal había sido destrozado y de tal manera que su piel no servía para nada.

Weyman observó que el lobo más pequeño aguardó sentado sobre su cuarto trasero a que el otro hubiese matado al lince, pero no dijo a Loti todo lo que pensaba. Y pasados unos días se convenció de que había encontrado la mejor demostración de su teoría. Detrás de la misteriosa tragedia había indudablemente *una razón*.

¿Por qué los dos lobos destruían solamente a los linces y respetaban a los demás animales? Weyman se emocionó singularmente ante el problema. Era un enamorado de los animales salvajes y por eso nunca llevaba arma alguna. Al ver que Loti ponía cebos envenenados para los enemigos de los linces se estremeció, pero

en vista de que pasaban los días sin que los lobos se dejaran atrapar por la gula se regocijó, pues sentía la mayor simpatía hacia aquellos extraños animales que no dejaban de dar batalla al lince. Por la noche, en la cabaña escribía en un cuaderno sus reflexiones y descubrimientos. Y una vez se volvió hacia su compañero, para decirle:

—¿No ha sentido usted nunca compasión hacia los pobres animales que mata?

—Los he matado a millares—contestó el otro admirado por la pregunta—. Y pienso seguir matando.

—Hay, por lo menos, veinte mil cazadores semejantes a usted, que matan en esta parte del Norte, y eso ocurre desde hace varios siglos. Sin embargo, no han podido exterminar la vida salvaje. Podría llamarse la Guerra entre el Hombre y la Bestia. Y si naciera usted dentro de quinientos años, no hay duda de que encontraría aún vida en estas regiones. Casi todo el resto del mundo está cambiando, pero nadie puede alterar estas miles y miles de millas de impenetrables extensiones de montes, pantanos y bosques. Los ferrocarriles nunca entrarán aquí y por ello doy gracias a Dios. En cambio, en las grandes praderas del Oeste es diferente. Por todas partes se ven antiquísimas sendas de huellas de los búfalos y, sin embargo, prosperan por allí mismo los pueblos y las ciudades. ¿No ha oído usted hablar de North Battleford?

—¿Está cerca de Montreal o de Québec?—preguntó Loti.

Sonrió Weyman y sacó de su bolsillo la fotografía de una joven.

—No, está muy lejos, hacia el Oeste, en Saskatchewan. Hace siete años solía ir yo allí todos los años para cazar chochas, coyotes y alces. Entonces no existía North Battleford, sino tan sólo la hermosa pradera inmensa. Había sólo una cabaña junto al río Saskatchewan, en donde ahora está la ciudad y yo me alojaba en ella. En aquella cabaña vivía una joven de doce años y los dos salíamos a cazar juntos. Yo mataba a cuantos animales se me ponían a tiro y ella lloraba a veces al ver mi crueldad, cosa que me hacía reír. Llegó luego un ferrocarril y luego otro. Uniéronse junto a la cabaña y como por encantamiento surgió la ciudad. Siete años atrás no había allí más que la cabaña, y hace dos años la ciudad que surgió allí, tenía ya mil ochocientos habitantes. El año pasado llegaban a cinco mil y dentro de dos años serán diez mil.

»En el mismo terreno que ocupaba la cabaña hay ahora tres bancos con un capital de cuarenta millones de dólares y desde treinta kilómetros de distancia se advierte el resplandor de las luces eléctricas. Tiene la ciudad un colegio que cuesta cien mil dólares, una escuela supe-

rior, un asilo provincial, servicio de incendios, dos clubs, una cámara de comercio y dentro de dos años tendrá tranvía eléctrico. Es maravilloso que se haya formado una ciudad donde hace muy pocos años aullaban los coyotes.

»La población aumenta tan rápidamente que no pueden formar un censo y dentro de cinco años habrá una ciudad de veinte mil almas, en el lugar de la vieja cabaña. Y la jovencita que la habitaba es ahora una hermosa dama y su familia muy rica. Pero eso no me importa. Lo esencial es que en la primavera próxima va a casarse conmigo. Por su causa, cuando ella tenía diez y seis años, dejé de matar y de cazar. El último animal que maté era un coyote y éste tenía un pequeñuelo. Eileen lo crió y lo conserva amansado y domado. Por eso, por encima de los demás animales salvajes, quiero a los lobos y deseo que esos dos no caigan en las trampas que usted les ha preparado.

Enrique lo miraba extrañado y Weyman le dió el retrato. Era el de una hermosa joven de grandes y puros ojos. Loti hizo una ligera mueca con la boca cuando la miraba.

—Mi Iowaka murió hace tres años—dijo—. La pobre también quería a los animales... pero esos condenados lobos... Me obligarán a marcharme si no puedo acabar con ellos.

Dicho esto echó combustible a la estufa y se preparó para acostarse.

Un día Loti tuvo una gran idea. Weyman lo acompañaba cuando descubrieron señales recientes del paso de unos linces. Había cerca unos cuantos árboles derribados por el viento y estaban amontonados de tal manera que formaban una especie de caverna con casi paredes completas en tres de sus lados. Loti se puso muy contento al verlo y exclamó:

—Creo que esta vez los cogeremos.

Construyó la trampa, colocó cebo y en sus ojos brilló la astucia. Entonces explicó a Weyman su proyecto. Si caía el lince y venían los dos lobos para destruirlo, la lucha se efectuaría en el recinto formado por los árboles, de manera que los merodeadores no tendrían más remedio que pasar por la entrada. Allí Loti puso otras cinco trampas más pequeñas escondiéndolas hábilmente con hojarasca, musgo y nieve y a bastante distancia de la trampa destinada al lince para que no pudieran destrozarse unos a otros después de ser cogidos.

—No hay duda de que esta vez caerán los lobos—dijo.

Aquella misma mañana cayó una ligera nevada que completó el trabajo, pues cubrió las huellas e hizo desaparecer el olor del hombre. Aquella noche Kazán y Loba Gris pasaron a menos de treinta metros de la trampa que les habían preparado y la loba, con su fino olfato, descubrió algo intranquilizador. Informó de ello

a Kazán, empujándole, y los dos torcieron en ángulo recto, siguiendo la dirección del viento hacia la línea de trampas.

Durante dos días y tres frías y claras noches nada ocurrió. Loti lo comprendió y lo explicó a Weyman. El lince era un cazador, como él mismo, que tenía su terreno de caza propio y lo recorría aproximadamente una vez por semana. A la quinta noche volvió el lince, fué hacia la trampa, y los afilados dientes de acero se cerraron despiadadamente sobre su pata trasera derecha. Kazán y Loba Gris estaban a cosa de cuatrocientos metros de distancia en el bosque, cuando oyeron el ruido de la cadena de acero y el que producía el lince al tratar de libertarse. Diez minutos después, los dos se hallaban a la entrada de la cavidad en la que estaba preso su enemigo.

Era una noche clara y tan alumbrada por las estrellas, que se habría podido cazar sin otra luz. El lince había agotado sus fuerzas y estaba echado sobre el vientre cuando llegaron Kazán y Loba Gris. Como de costumbre, ésta se quedó atrás, mientras su compañero iniciaba la pelea. Las dos primeras veces que combatió con linces, Kazán habría perecido con el vientre abierto o la yugular cortada, de estar los enemigos en libertad. En lucha abierta no habría podido con ellos, a pesar de su mayor peso. El azar lo salvó en la lucha de la Roca del Sol y

Loba Gris y el puercoespín contribuyeron a la derrota del que atacara en el banco de arena. Los que combatió después pudo vencerlos gracias a la trampa en que cayeran y aún así a veces corría verdadero peligro. Pero aquella vez se acercó más confiado que nunca.

El lince era un viejo luchador de seis o siete años de edad. Sus garras tenían tres centímetros de largo y estaban encorvadas como cimitarras. Tenía libres las patas delanteras y la izquierda posterior, y cuando avanzaba Kazán, él retrocedió todo lo que le permitió la cadena. Allí Kazán no pudo seguir su acostumbrada táctica de dar vueltas en torno de su preso enemigo hasta que quedaba enredado con la cadena o ésta se había acortado tanto que el lince no podía ya saltar. Era preciso atacar cara a cara y de improviso saltó. Chocaron los dos cuerpos y los dientes de Kazán buscaron el cuello del otro, pero no lo encontraron y antes de que pudiera repetir el ataque el lince adelantó su pata trasera libre y hasta Loba Gris oyó el ruido que hacía al desgarrar la carne. Kazán retrocedió dando un aullido, con la espalda herida hasta el hueso.

Entonces fué cuando una de las trampas ocultas de Loti salvó a Kazán de un segundo ataque y de la muerte misma. Las mandíbulas de acero se cerraron sobre una de sus patas anteriores y cuando él saltó la cadena lo detuvo

en su impulso. Loba Gris acudió advirtiendo que Kazán corría peligro y, olvidando toda precaución al oir el grito de dolor de su macho, entró cayendo en dos de las cinco trampas de Loti. Comenzó a lanzar rugidos de rabia y mientras tanto Kazán, debatiéndose, disparó las dos trampas restantes. Una falló, pero la otra cogió al perro por una pata posterior

Ello ocurrió un poco después de media noche. Hasta la mañana siguiente, el perro, la loba y el lince no cesaron de luchar por recobrar su libertad y, en su lucha, revolvieron la tierra y la nieve inmediatas a las trampas. Y al llegar la mañana los tres estaban derrengados, de lado, jadeantes y ensangrentados, esperando la llegada del hombre... y de la muerte.

Loti y Weyman salieron muy temprano. Al llegar a la línea de trampas descubrieron las huellas de los dos lobos y el cazador se puso muy contento. Y al hallarse ante el abrigo formado por los derribados troncos, los dos se quedaron mudos de asombro por el espectáculo que se les ofrecía. Ni el mismo Loti viera en su vida cosa semejante : dos lobos y un lince caídos en las trampas y a tan corta distancia unos de otros que casi habrían podido morderse. Pero la sorpresa no tuvo mucho tiempo inactivo al cazador. Los lobos era lo que más cerca tenía y levantaba ya el rifle para atravesar de un balazo la cabeza de Kazán, cuando Weyman le

cogió rápidamente el arma. Este último tenía los ojos muy abiertos por el asombro, pues había descubierto el collar que Kazán llevaba.

—¡ Espere !—gritó—. No es un lobo. ¡ Es un perro !

Loti bajó el arma mirando también el collar mientras Weyman fijaba los ojos en Loba Gris, la cual tenía vuelta la cabeza hacia ellos y les gruñía. Sus ciegos ojos estaban cerrados y en las órbitas le crecía el pelo.

—¡ Mire ! — exclamó entonces Weyman —. ¿ Qué será eso ?

—Uno es perro—contestó Loti—, un perro salvaje que se juntó a los lobos. Y el otro es lobo.

—¡ Y ciego !

—*Oui*, ciego, *monsieur* — añadió Loti mezclando palabras francesas en su respuesta sin advertirlo siquiera. Levantaba nuevamente el rifle, pero Weyman se lo cogió con mano firme.

—No los mate, Enrique — dijo—. Démelos vivos. Calcule el valor de los linces que le han destrozado y añada el valor del lobo y se lo pagaré. Vivos tienen para mí mucho más valor. ¡ Dios mío ! ¡ Un perro y un lobo ciego... *compañeros* !

Todavía sostenía el rifle de Loti y éste lo miraba asombrado, sin acabar de comprender.

Weyman seguía hablando muy excitado :

—¡ Un perro y un lobo ciego... *compañeros* !

—repitió—. Es maravilloso. No tire, le digo. Cuando aparezca mi libro, éste hecho va a asombrar a la gente, pero tendré pruebas indiscutibles. Voy a impresionar veinte fotografías aquí mismo antes de que mate al lince. Y voy a dar a usted cien dólares por cada uno. ¿Le conviene?

Enrique hizo una señal afirmativa y con el rifle dispuesto esperó a que su compañero sacara de su estuche la cámara fotográfica y empezara a trabajar. Rugidos y exhibición de dientes contestaron a los ligeros chasquidos del aparato, no solamente por parte de la loba, sino también por la del lince. En cuanto a Kazán, estaba en cierto modo atemorizado, por reconocer un vez más el poderío del hombre. Y cuando hubo terminado de impresionar las placas, Weyman se acercó a él y le dirigió la palabra más bondadosamente todavía que el hombre que había vivido en la desierta cabaña.

Loti mató al lince de un disparo y cuando Kazán se dió cuenta de ello, tiró fuertemente de la cadena que lo retenía y gruñó al caído cuerpo de su enemigo. Por medio de un largo palo y de una correa, Kazán fué sacado de allí y llevado a la cabaña de Loti. Luego volvieron con un grueso saco y más correas y así pudieron inmovilizar a la ciega Loba Gris. Aquel día lo emplearon los dos hombres en construir una fuerte jaula con gruesas ramas y cuando estuvo

terminada, encerraron en ella a los dos animales.

Antes de encerrar al perro con la loba, Weyman examinó atentamente el estropeado collar que llevaba. En la placa de cobre vió grabada la palabra «Kazán» y anotó cuidadosamente este hecho en su dietario.

A partir de entonces Weyman se quedaba en la cabaña cuando salía Loti a recorrer sus trampas. Al segundo día se aventuró a pasar la mano por entre los barrotes de la jaula y tocar a Kazán, y al día siguiente éste aceptó un trozo de carne de alce cruda de su mano. Pero Loba Gris no toleraba que el hombre se le acercase y se acurrucaba en la pila de bálsamo que había en un extremo de la jaula. El instinto atávico de centenares de generaciones le indicaba que el hombre era el más terrible enemigo de su raza. Y, sin embargo, ella advirtió que aquel hombre no le hacía ningún daño y que el mismo Kazán no manifestaba temor alguno de él. Al principio estuvo asustada; luego el miedo desapareció para ser substituído por el asombro y finalmente sintió enorme curiosidad. Al tercer día sacaba el hocico por entre los barrotes de la jaula y husmeaba cuando Weyman se acercaba para entablar relaciones amistosas con Kazán. Pero no quería comer a pesar de que Weyman guardaba para ella los bocados más exquisitos de venado y le daba grasa de alce.

Pasaron siete días y Loba Gris no había querido tragar ni un bocado; tan flaca se quedó que podían contarse sus costillas a simple vista.

—Se muere—dijo Loti a Weyman la séptima noche—. Mientras esté en esa jaula, no comerá y se morirá de hambre. Necesita el bosque, la caza y la sangre fresca. Es demasiado vieja para que se la pueda domesticar.

Loti se acostó a la hora acostumbrada, pero Weyman estaba intranquilo y permaneció levantado hasta muy tarde. Escribió una larga carta a la hermosa joven de North Battleford, y luego apagó la luz y se sentó junto al fuego, entre cuyas llamas le parecía ver distintas imágenes de la joven. Vióla como la conociera cuando él se alojó en la cabaña situada donde ahora se levantaba la quinta ciudad del Saskatchewan y recordó sus azules ojos, la brillante trenza de sus cabellos y el fresco color de sus mejillas. Ella lo había odiado al principio porque le gustaba la matanza. Y Weyman se rió silenciosamente al recordarlo. Indudablemente ella lo había cambiado por completo.

Se levantó, abrió la puerta sin hacer ruido, y salió. Instintivamente sus ojos se volvieron al Oeste. El cielo estaba lleno de estrellas y, a su luz, Weyman pudo ver la jaula, junto a la cual se situó, observando y escuchando. Llegó a sus oídos un ruido. Era Loba Gris, que roía los barrotes de madera de su cárcel. Un momento después percibió un gemido suave y quejumbroso y comprendió que era Kazán que lloraba su libertad perdida.

Junto a la pared de la cabaña había un hacha, que Weyman cogió sonriendo. Era muy feliz y sentía que a mil quinientos kilómetros de distancia, en aquella ciudad del Saskatchewan, otra alma se regocijaba al mismo tiempo que la suya. Acercóse a la jaula y de algunos hachazos rompió unos barrotes. Luego se retiró. Loba Gris fué la primera en encontrar la abertura; salió al exterior sin hacer ruido, como una sombra, pero no huyó, sino que se quedó esperando a Kazán, el cual no tardó en salir a su vez. Por unos momentos estuvieron ambos mirando la cabaña y luego partieron hacia la libertad, apoyándose Loba Gris en el flanco de su compañero.

Weyman respiró profundamente.

—Siempre apareados, hasta que la muerte los separe—murmuró.

Capítulo XII — *La Mort Rouge*

Kazán y Loba Gris se encaminaron en dirección al Norte, hacia la región de Fond du Lac, y allí estaban cuando Jacques, un mensajero de la Compañía de la Bahía de Hudson llegó a la factoría desde el Sur con las primeras y auténticas noticias de la terrible plaga, la viruela. Por espacio de muchas semanas estuvo oyéndose el rumor por doquier, multiplicándose cada vez más y repitiéndose con la mayor insistencia. Llegaba del Este, del Sur y del Oeste, hasta que por todas partes se supo que la *Mort Rouge*—la Muerte Roja—se iba acercando cada vez más. El miedo se enseñoreó de todos, desde los confines de las naciones civilizadas hasta la Bahía de Hudson. Diez y nueve años antes, llegaron del Sur estos mismos rumores y tras ellos la Muerte Roja. Aún se recordaba el horror de aquella epidemia y de ella quedaban pruebas palpables en las mil tumbas sin nombre que todo el mundo evitaba dando un rodeo y que estaban diseminadas por las aguas bajas de James Bay hasta la región del

lago de Athabasca y que probaban los estragos que hiciera.

De vez en cuando, en sus correrías, Kazán y Loba Gris habían encontrado alguno de los montoncitos de tierra que cubrían a los muertos. El instinto—algo infinitamente más sutil que la comprensión humana—les hizo *sentir* la presencia de la muerte a su alrededor y tal vez llegaron a husmearla en el aire. La sangre salvaje de Loba Gris y hasta su misma ceguera dábanle infinita ventaja sobre su compañero cuando lograba descubrir estos misterios en el aire y en la tierra, que los ojos no podían ver en manera alguna, y ella fué la primera en descubrir la presencia de la peste.

Kazán la llevó nuevamente a la línea de trampas que tanto le gustaba, pero las huellas que encontraron eran ya viejas. Hacía muchos días que no habían sido visitadas. En otra había los restos de una zorra devorada casi por entero por los buhos. Otras trampas se habían disparado en vano y no tenían presa alguna y otras, en fin, estaban cubiertas por la nieve. Kazán las recorrió todas, en busca de algo que comer, de carne viva que devorar. Loba Gris, gracias a su olfato, sentía la presencia de la muerte, que vibraba por encima de ellos, en las copas de los árboles. Y en cada una de las trampas que visitaban, descubría siempre, la muerte, *la muerte del hombre*. Su presencia era ca-

da vez más palpable y ella gimió y golpeó el flanco de Kazán. Este prosiguió la marcha y su compañera lo siguió hasta el claro en que estaba la cabaña del cazador de pieles Otto. Luego se sentó sobre las patas posteriores, levantó su ciega cabeza hacia el cielo gris y dió un largo y quejumbroso aullido. En aquel momento empezaron a erizarse los pelos del espinazo de Kazán y sentándose como Loba Gris, la imitó profiriendo el aullido de muerte, pues también la olfateaba ahora. La muerte estaba en la cabaña sobre cuyo tejado veíase un tronco de arbolillo en cuyo extremo superior ondeaba un trapo rojo, la señal de la peste desde Athabasca a la Bahía de Hudson. Otto, como otros muchos héroes del Norte había recorrido la comarca dando aviso de la plaga, hasta que, por último, fué su víctima. Y aquella misma noche, a la fría luz de la luna, Kazán y Loba Gris se encaminaron al Norte, hacia la region de Fond du Lac.

Los precedía un mensajero que saliera del puesto del Lago del Reno y que difundía el aviso recibido de la Casa de Nelson y de la gente del Sudeste.

—Hay viruela en la Casa de Nelson—informó el mensajero a Williams, en Fond du Lac—y ha atacado a los *crees* del lago Wollaston. Sólo Dios sabe los estragos que está haciendo entre los indios de la Bahía. Hemos oído

decir que está acabando con los *chippeways* (*) entre el Albany y el Churchill.

Y aquel mismo día se marchó con sus fatigados perros, diciendo:

—Voy a avisar inmediatamente a la gente del Reveillon, que está al Oeste.

Tres días más tarde llegaron instrucciones de Churchill a fin de que todos los empleados de la Compañía, así como todos los súbditos del Rey de Inglaterra que habitaban al Oeste de la Bahía de Hudson, se preparasen para la próxima llegada de la Muerte Roja.

El flaco rostro de Williams se puso tan blanco como el papel cuando leía el comunicado del factor de Churchill.

—Quiere decir que hemos de cavar muchas tumbas—dijo—. Son los únicos preparativos que podemos hacer.

Leyó en voz alta la comunicación a los hombres del Fond du Lac y todo el que era útil fué destinado a difundir la terrible noticia por el territorio de la factoría. Hubo rápidos preparativos, numerosos perros enganchados a los trineos y cada uno de estos llevaba un rollo de trapo rojo de algodón, cuya vista hacía estremecer a todos por su terrible significado. Kazán y Loba Gris hallaron la pista de uno de esos trineos en el Grey Beaver y la siguieron

(*) Tribu india del Norte del Canadá.

por espacio de un kilómetro. Al día siguiente, más lejos, hacia el Oeste, encontraron otra, y otra un día después. Esta última pista era reciente y Loba Gris retrocedió al encontrarla, gruñendo y enseñando los dientes. El viento llevaba hacia ellos el acre olor del humo. Cruzaron la pista en ángulo recto y se encaramaron a un monte cercano. En la llanura que tenían debajo, ardía una cabaña, mientras por el bosque inmediato desaparecía en aquel momento un trineo arrastrado por perros y un hombre. Kazán gruñó y Loba Gris estaba tan inmóvil como una roca. En la cabaña se quemaba también un ser humano muerto de la peste. Aquella era la ley del Norte y el misterio de tal pira funeraria fué claramente comprendido por Kazán y su compañera. Aquella vez no aullaron, sino que se encaminaron a la llanura, atravesándola hasta hundirse en un seco y abrigado terreno pantanoso situado a quince kilómetros hacia el Norte.

Después siguieron los días y las semanas que hicieron del invierno de 1910 el más terrible en la historia de las tierras del Norte. Transcurrió un mes en que tanto la vida de los animales como la de los hombres estuvo en peligro y en que el frío, el hambre y la peste escribieron una terrible página en las vidas de los habitante de la región, página que no habían de olvidar ni ellos ni las generaciones venideras.

En el terreno pantanoso Kazán y Loba Gris hallaron refugio entre unos troncos caídos y cuya disposición casual les ofrecía un abrigo bastante cómodo contra el viento y la nieve. Inmediatamente Loba Gris tomó posesión de él, y echándose sobre el vientre, jadeó para demostrar a Kazán su satisfacción. La Naturaleza le conservaba la compañía de Kazán. Este tuvo una visión, irreal y como de ensueño, de la maravillosa noche en que a la luz de las estrellas, hacía mucho, muchísimo tiempo, peleó con el jefe de la manada de lobos y la joven Loba Gris acudió a su lado, después de su victoria, entregándosele por hembra y compañera. Pero ahora ya no vivían de la caza de grandes piezas como antaño, sino que se alimentaban tan sólo de conejos y perdices a causa de la ceguera de Loba Gris. Kazán podía cazar él sólo estos pequeños animales. En cuanto a Loba Gris ya no se quejaba ni se frotaba los ojos con las patas delanteras, ni gemía ya en añoranza de la luz del sol, la luna o las estrellas. Paulatinamente había ido olvidando que alguna vez viera estas cosas. Ahora podía correr ya rápidamente al lado de Kazán y su oído y su olfato se le habían agudizado extraordinariamente. A tres kilómetros de distancia era capaz de olfatear la presencia de un reno y al hombre lo descubría más lejos

aún. En una noche tranquila era capaz de oir el ruido que hacía una trucha al saltar en el agua a ochocientos metros. Y a medida que estos dos sentidos—el oído y el olfato—se desarrollaban más en ella, se embotaban en Kazán, que dependía de Loba Gris. Ella le indicaba el escondrijo de una perdiz a cincuenta metros del lugar en que se hallaran, y en las cacerías, llegó a ser el guía hasta que encontraban las piezas de que se tratase. Kazán aprendió a depender de ella y hacía caso de todos sus avisos. Si Loba Gris hubiese podido razonar, no hay duda de que habría creído que sin Kazán moriría irremisiblemente. Muchas veces trató de apoderarse de una perdiz o de un conejo, pero no lo consiguió nunca. Kazán era para ella sinónimo de vida. Y lo poco de razón que hubiera en ella le dictaba que se hiciera indispensable a su compañero. La ceguera la hizo distinta de lo que habría sido. Por esta causa, fué algo menos feroz y se convirtió en la hembra de Kazán, no para una estación, sino para siempre. Tenía la costumbre de permanecer siempre pegada a él y cuando estaban echados, su hermosa cabeza reposaba sobre el cuello o la espalda de su compañero. Si Kazán le dirigía un gruñido no se alejaba, sino que bajaba la cabeza como si la hubiesen golpeado. Con su cálida lengua lamía el hielo que quedaba pegado en los largos pelos de entre los dedos de su

compañero y si él se lastimaba no dejaba de lamerle las heridas o las contusiones. La ceguera hizo a Kazán absolutamente necesario para su existencia, y ella, a su vez, llegó a ser indispensable para él. Sentíanse felices en el retiro allí elegido, pues a su alrededor había abundante caza menor y allí estaban bastante calientes. Raras veces se alejaban de los alrededores para cazar. En las lejanas llanuras y las peladas montañas oían, en algunas ocasiones, el aullido de la manada de lobos que iban de caza, pero ya no sentían el deseo de unirse a sus hermanos de raza.

Un día se alejaron hacia el Oeste más de lo acostumbrado. Salieron del terreno pantanoso y cruzaron una llanura, devastada el año anterior por el fuego. Luego traspusieron una colina y bajaron a una segunda llanura. Al llegar a ella Loba Gris se detuvo y olfateó el aire. En ocasiones semejantes Kazán se quedaba observándola, esperando impaciente, si el olor era demasiado débil, para descubrirlo con su propio olfato. Pero aquel día lo husmeó también y supo por qué su compañera agachaba las orejas y se sentaba sobre sus patas traseras. El olor de la caza la habría hecho ponerse rígida y alerta, pero lo que husmeaba entonces no era caza alguna, sino algo humano ; luego Loba Gris fué a situarse detrás de Kazán y gimió. Durante varios minutos permanecieron sin moverse, si-

lenciosos, y luego él echó a andar. A menos de trescientos metros más allá, llegaron a un macizo de arbolillos y casi se metieron en una tienda estropeada por las nevadas. Estaba abandonada. La vida y el fuego no habían estado allí desde hacía mucho tiempo, pero desde ella se desprendía aún el olor del hombre. Con las patas rígidas y el espinazo tembloroso Kazán se aproximó a la entrada de la tienda y miró al interior. En medio del recinto y sobre los tizones apagados de una hoguera, había una manta destrozada que envolvía el cadáver de un niñito indio. Kazán pudo ver los piececitos calzados con mocasines. Pero hacía ya tanto tiempo que la muerte llegara allí, que apenas pudo husmearla. Retrocedió y vió que Loba Gris estaba oliendo prudentemente una pequeña prominencia de forma especial que había en la nieve. Al final de la tercera vuelta se sentó sobre su cuarto trasero y Kazán se acercó a la prominencia y husmeó. Bajo aquel lugar, así como dentro de la tienda, estaba la muerte. Marcháronse ambos con las orejas gachas y las colas caídas y no se detuvieron hasta llegar a su guarida. Y aun allí Loba Gris husmeaba el horror de la plaga y sus músculos se contraían y temblaban cuando se echó al lado de Kazán.

Aquella noche la luna llena tenía alrededor un círculo rojizo, lo cual indicaba frío, intenso frío. Siempre la epidemia hacía estragos en los

días de mayor frío y cuanto más baja era la temperatura mayor era la mortandad. Aquella noche hizo un frío terrible, y dentro de su guarida, tanto Kazán como Loba Gris lo sentían con bastante intensidad, razón por la cual se acercaron para calentarse mutuamente. A la aurora, que llegó a las ocho de la mañana, Kazán y su ciega compañera salieron a la luz del día. La temperatura era de treinta grados bajo cero. A su alrededor los árboles daban tales chasquidos, rompiéndose por la acción del frío, que parecían disparos de pistolas. En lo más espeso del ramaje estaban acurrucadas las perdices semejando bolas de plumas. Los conejos se habían enterrado debajo de la nieve o guarecido debajo de troncos o matorrales. Kazán y Loba Gris encontraron pocas huellas recientes y después de una hora de inútiles esfuerzos por cazar algo, volvieron a su cobijo. Kazán, siguiendo en ello una costumbre canina, había enterrado la mitad de un conejo dos o tres días antes y sacándolo de donde estaba, se comieron la helada carne. En todo el día el frío no cesó de aumentar. Durante la noche no hubo nubes y el cielo estaba brillantemente iluminado por la luna y las estrellas. En noches como aquellas ningún animal caía en las trampas, porque hasta los bichos provistos de piel como las martas, los armiños y los linces, estaban guarecidos en agujeros practicados en la nieve o en los nidos

que habían encontrado. Un poco más de hambre no era bastante para obligar a Kazán y a Loba Gris a abandonar su refugio. Al día siguiente no se interrumpió el terrible frío y hacia el mediodía Kazán salió a cazar, dejando a Loba Gris en su guarida. En Kazán, el hecho de que por sus venas corriese alguna sangre de perro, hacía que el alimento le fuese más necesario que a Loba Gris, pues la Naturaleza ha dado a los lobos una resistencia al hambre que les permite vivir sin comer cerca de quince días. Y la misma Loba Gris, a cuarenta grados bajo cero, era capaz de aguantar una semana y quizás diez días. Desde que se comieron el resto del conejo helado solamente habían transcurrido treinta horas y ella no sentía necesidad alguna de alejarse de su retiro. En cambio, Kazán estaba hambriento. Empezó a correr de cara al viento, en dirección hacia la llanura incendiada. Husmeaba junto a cualquier lugar que pudiera servir de escondrijo a los pequeños animales. Había caído una ligera nevada y en la nieve encontró una sola huella, que luego resultó ser de un armiño. Bajo unas ramas derribadas por el viento, descubrió el rastro reciente de un conejo, pero éste se había metido en un agujero inmediato y estaba allí tan a salvo de los ataques de Kazán como las perdices en los árboles, y después de una hora de fútiles esfuerzos excavando tierra y nieve, tuvo que

abandonar la esperanza de apoderarse del roedor. Había estado tres horas buscando algo que cazar y cuando volvió junto a Loba Gris estaba exhausto. Por el contrario, ésta, gracias al instinto de los animales salvajes, había economizado su fuerza y su energía, en tanto que Kazán las malgastó vanamente y estaba más hambriento que nunca.

Aquella noche se levantó la luna en el cielo clara y brillante y Kazán salió nuevamente de caza. Invitó varias veces a Loba Gris a que lo acompañara, gimiendo desde fuera y yendo dos veces en su busca, pero ella agachó las orejas y se negó a moverse. La temperatura había bajado a cuarenta y cinco grados bajo cero y empezó a soplar el viento del Norte de tal manera que un hombre expuesto a aquel tiempo, no habría podido vivir más de una hora. A media noche regresó Kazán a la guarida. El viento redobló su violencia, y de vez en cuando soplaban terribles rachas con intervalos de calma. Eran los primeros avisos del temporal que se acercaba desde las grandes extensiones estériles que había entre las últimas líneas de bosques y el Artico. Por la mañana la tempestad desarrolló toda su furia desde el Norte y Loba Gris y Kazán permanecieron juntos y temblorosos de frío, oyendo el rugido de la tempestad desde su guarida. Una vez Kazán sacó parte del cuerpo del abrigo que les prestaban los

caídos árboles, pero la tormenta lo obligó a meterse otra vez dentro. Todo ser vivo había buscado abrigo de acuerdo con sus costumbres peculiares. Los animales de largo pelaje como la marta y el armiño estaban a salvo, porque pertenecían al grupo de animales que durante los días de abundancia guardaban carne escondida. Los lobos y los zorros habían buscado abrigo entre las rocas o junto a algunos troncos de árboles. Los animales alados se abrigaron debajo de la nieve o entre las espesas ramas de los abetos. Sólo los buhos, que tenían poco cuerpo y una enorme cantidad de plumas, permanecían a la intemperie. En cuanto a los rumiantes, la tormenta les ocasionaba serias molestias y peligros. Los venados, los renos y los alces no podían cobijarse bajo los troncos caídos o esconderse entre rocas. Lo único que podían hacer era echarse cuando nevaba y dejar que la nieve los cubriese con su manto protector. Y aun entonces no podían conservar su abrigo por largo tiempo, porque les era preciso comer. Cada diez y ocho horas, a lo sumo, el alce necesita alimentarse para conservar la vida. Su enorme estómago exige grandes cantidades, y ha de emplear casi el día entero para mordisquear en los setos la cantidad de comida que necesita. El reno también ha de comer mucho; sólo el venado es el que, relativamente, está mejor de los tres.

La tormenta duró tres días y tres noches. El tercer día hubo una violenta nevada que cubrió la tierra con una capa de sesenta centímetros de espesor, llegando en algunos sitios a la altura de dos metros y medio a tres. Era la «nieve pesada» como la llamaban los indios, la nieve que se posa sobre la tierra como plomo, y bajo la cual perecieron a millares los conejos y las perdices.

El tercer día después de haber empezado la tormenta, Kazán y Loba Gris salieron de su refugio. Ya no hacía viento ni nevaba. El mundo entero estaba cubierto de una capa de purísimo blanco y el frío era muy intenso.

La plaga había diezmado a los hombres. Y ahora llegaban los días de hambre y de muerte para los animales.

Capítulo XIII — *La senda del hambre*

Kazán y Loba Gris habían pasado ciento cuarenta horas sin comer. Para la segunda esto representaba una molestia muy grande y una debilidad creciente, mas para Kazán era, sencillamente, la muerte por hambre. Seis días y seis noches de ayuno le habían marcado las costillas en la piel, haciendo aparecer grandes huecos en sus flancos ; tenía los ojos enrojecidos y sus pupilas se contraían extraordinariamente al mirar la luz del día. Y aquella vez, cuando salió de su guarida, Loba Gris lo siguió sin hacerse de rogar. Llenos de ardimiento, empezaron a buscar caza a pesar del frío y registrando en las cercanías de su refugio, en donde siempre habían abundado los conejos, pero aquella vez no descubrieron ninguna huella ni siquiera su olor peculiar. Continuaron describiendo un círculo por el terreno pantanoso y solamente pudieron olfatear un buho de las nieves que estaba posado en una rama de abeto. Se encaminaron hacia la llanura devastada por el incendio el año anterior y volvieron hacia atrás, registrando la parte opuesta del te-

rreno pantanoso. Allí había una colina y, subiendo a la cima, observaron el mundo que parecía desprovisto de toda manifestación de vida. Loba Gris olfateó el aire incesantemente, pero no hizo señal alguna a Kazán de haber descubierto algo. En lo alto de la colina se hallaba éste jadeando, pues había desaparecido ya su resistencia física hasta el punto de que al regresar a su guarida se cayó al dar un pequeño salto. Cada vez más hambrientos y más debilitados, volvieron a su vivienda. La noche siguiente fué muy clara y el cielo estaba lleno de estrellas. Nuevamente salieron en busca de algo comestible, pero no descubrieron ningún ser viviente a excepción de una zorra, a la que no trataron de perseguir, por advertirles su instinto que sería inútil.

Entonces fué cuando el recuerdo de la cabaña llenó la mente de Kazán. La cabaña siempre representó para él dos cosas : calor y comida. Y más allá de la colina estaba la cabaña de Otto, en la que él y Loba Gris olfatearon la muerte. Pero no pensó siquiera en Otto o en el misterio al que había aullado ; solamente recordaba la cabaña y ésta siempre había significado comida. Se encaminó en línea recta a la colina y Loba Gris lo siguió. Traspusieron la prominencia y encontraron el lindero de otro terreno pantanoso. Kazán prestaba oído con cierta indiferencia y llevaba la cabeza baja. La peluda

cola le arrastraba por la nieve. No pensaba más que en la cabaña, pues era su última esperanza, pero Loba Gris, por su parte, estaba vigilando alerta, olfateando el viento y levantando la cabeza cuando Kazán se detenía para resoplar con fuerza por su helada nariz para quitarse las partículas de hielo producidas por el vapor de agua de su respiración. Por fin llegó el olor esperado. Kazán se precipitó para seguir el rastro, pero se detuvo al observar que Loba Gris no lo seguía. Toda la fuerza que aún quedaba en su demacrado cuerpo se reveló en la rigidez que adoptó de pronto al mirar a su compañera. Las patas delanteras de ésta estaban plantadas firmemente hacia el Este y su descarnada cabeza gris levantada para percibir mejor el olor ; su cuerpo entero temblaba.

Luego, repentinamente, oyeron un ruido, que hizo gemir a Loba Gris al emprender la marcha hacia él, seguido por Kazán, que iba a su lado. El olor era cada vez más fuerte en el olfato de Loba Gris y pronto llegó también a Kazán. No era el olor de una perdiz o de un conejo, sino de caza mayor. Se acercaron cuidadosamente siguiendo la dirección inversa del viento. El bosque se espesaba a medida que avanzaban y a grandísima distancia llegó hasta ellos el ruido de cuernos que chocaban. Diez segundos más tarde se encaramaron en una ligera prominencia y Kazán, ya sin fuerzas, se

dejó caer al suelo. Loba Gris se echó a su lado, con los ciegos ojos vueltos a lo que podía olfatear pero no ver.

Cincuenta metros más allá había algunos alces que se refugiaron en el bosque buscando abrigo. Dejaron todos los árboles de su alrededor desprovistos de corteza hasta la altura que podían alcanzar y la nieve se había endurecido bajo sus pisadas. En aquel claro del bosque había seis alces, dos de ellos machos, que luchaban entonces, mientras tres hembras y un ternero de un año estaban agrupados a alguna distancia contemplando el duelo mortal. Pocas horas antes de la tempestad un macho, esbelto, de tres años y con la cornamenta propia de los cuatro años había llevado a las tres hembras y al ternero a aquel abrigo. Y hasta la noche anterior fué el dueño y señor del rebaño, pero al oscurecer, un macho viejo invadió sus dominios. El invasor cuadruplicaba la edad del joven y era mucho mayor que éste. Sus enormes y palmeados cuernos, nudosos e irregulares, aunque macizos, daban a entender claramente la mucha edad que tenía. Era un luchador endurecido en cien combates y no vaciló en desafiar al joven para hacerse el amo de su madriguera y de su familia. Desde la aurora habían luchado ya tres veces y la endurecida nieve estaba teñida de sangre cuyo olor llegó al olfato de Loba Gris y de Kazán. Este husmeó hambriento ; en

cuanto a Loba Gris, profería extraños sonidos y de vez en cuando se relamía el hocico.

Por un momento los dos luchadores se separaron unos metros, con las cabezas bajas. El macho viejo no había logrado aún la victoria, porque su contrario representaba la juventud y la resistencia. Aquel, ciertamente, tenía las ventajas de la experiencia, mayor peso y fuerza y una cabeza provista de enormes cuernos que parecía un terrible ariete. Mas, en todo ello, había un inconveniente: la edad. Sus enormes flancos temblaban y sus narices estaban tan abiertas para dar paso a sus resoplidos, que parecían campanas. Luego, como si algún invisible espíritu hubiese dado la señal, los dos animales se precipitaron uno contra el otro. A quinientos metros de distancia podría haberse oído el choque de sus cornamentas y al recibir el empuje de novecientos kilogramos de carne y huesos, el más joven retrocedió mal de su grado, doblándose su cuarto trasero. Pero entonces fué cuando la juventud demostró su valor, porque en un momento se puso nuevamente sobre sus cuatro patas y trabó de nuevo sus cuernos con los de su contrario. Veinte veces lo había hecho y cada ataque parecía ser más fuerte que el anterior. Por fin, como si comprendiese que había llegado la última fase de la mortal contienda, trató de torcer el cuello del enorme macho y combatió como no lo había hecho todavía.

Kazán y Loba Gris oyeron el agudo chasquido que siguió, como si alguien hubiese pisado y roto una ramita seca. Todo esto ocurría en febrero y los animales de pezuña estaban empezando a cambiar sus cuernos, especialmente los viejos machos, que lo hacen antes. Este hecho fué el que dió la victoria al joven. Uno de los cuernos del macho viejo se rompió ruidosamente y al cabo de un momento la punta de un cuerno de su contrario se le clavó detrás de la pata delantera derecha hasta una profundidad de diez centímetros. Inmediatamente el viejo perdió el ánimo y el valor, y, paso a paso, fué retrocediendo, mientras el joven persistía en sus ataques, haciendo correr su sangre que caía al suelo en pequeños chorros. En cuanto llegó al extremo del claro su enemigo lo dejó tranquilo y él se aprovechó para internarse en el bosque.

El vencedor no corrió tras él. Quedóse unos instantes mirando hacia donde desapareciera el vencido, con las narices dilatadas y jadeando. Luego se volvió a las vacas y el ternero.

Kazán y Loba Gris estaban temblorosos y acto seguido abandonaron el lugar en que se hallaban, pues no les interesaban en lo más mínimo el alce, sus hembras o el ternero. Desde su observatorio vieron carne en perspectiva, carne de vencido y que manaba sangre. Kazán recobró como por encantamiento el instinto propio de los lobos de manada y deseaba ardiente-

mente gustar la sangre que estaba oliendo. Rápidamente volviéronse los dos hacia el rastro que dejara el macho viejo y entonces observaron que estaba regado de sangre. Kazán avanzaba con la boca abierta y de tal manera excitado por el olor de la sangre, que la suya propia parecía fuego en sus venas. Sus ojos estaban enrojecidos a fuerza de hambre y en ellos había entonces un brillo que nunca tuvo en los tiempos en que estuvo en la manada. Partió ligeramente, casi olvidándose de Loba Gris, pero ésta no necesitaba tocar su costado para seguir la dirección debida. Con la nariz pegada al rastro de sangre, corría como lo hiciera en los tiempos en que aun no era ciega. A unos ochocientos metros del teatro de la lucha alcanzaron al alce que había buscado refugio bajo unos bálsamos. Estaba en pie sobre un charco de sangre, cada vez mayor, y todavía jadeaba muy fatigado. Su maciza cabeza, grotesca ahora por no tener más que un cuerno, estaba inclinada hacia el suelo. De sus dilatadas narices caían hilillos de sangre, pero aun entonces, debilitado por el hambre, exhaustas sus fuerzas por la lucha y por la pérdida de sangre, una manada de lobos habría vacilado antes de iniciar el ataque. Pero Kazán no vaciló, sino que saltó dando un grito que tenía algo de furioso gruñido. Por un instante sus dientes se hundieron en la gruesa piel del cuello del alce, pero inmediatamente se vió

lanzado a seis metros de distancia. El hambre que le roía las entrañas le quitaba toda prudencia y nuevamente se lanzó al ataque, cara a cara, mientras Loba Gris se arrastraba por detrás, sin ser vista, buscando en su ceguera la parte vulnerable que Kazán no habría sabido hallar por no habérselo enseñado la naturaleza. Aquella vez Kazán fué cogido por el cuerno ancho y palmeado del alce y se vió proyectado a alguna distancia, en donde cayó aturdido. En aquel mismo instante los blancos y largos dientes de Loba Gris se clavaron en uno de los tendones de la corva y aguantó sin soltar su presa, por espacio de medio minuto, mientras la víctima se esforzaba en libertarse. Kazán comprendió en seguida lo que debía hacer y se apresuró a morder el otro tendón. No lo consiguió y por su parte Loba Gris se vió obligada a soltar su presa, pero ya había hecho bastante. Batido en campo abierto por uno de los de su raza y ahora atacado por enemigos más terribles, el alce empezó a retroceder, pero a cada paso se veía obligado a arrastrar la pata derecha posterior, pues el tendón de aquel lado estaba casi destrozado.

Sin ver, Loba Gris parecía darse perfecta cuenta de lo que sucedía. Nuevamente sintióse formando parte de la manada de lobos y poseía toda la estrategia propia de su raza. Dos veces rechazado por el asta del alce, Kazán ya no te-

nía deseos de atacar cara a cara. Siguió a Loba Gris que iba tras el rumiante, a unos cincuenta metros, pero se detenía para dar lametones a la sangre casi coagulada que había en la nieve. En el rastro había ahora más sangre, formando una cinta ininterrumpida. Quince minutos más tarde se detuvo el pobre perseguido y presentó cara a sus enemigos aunque con la cabeza baja. Tenía los ojos inyectados en sangre y en su cabeza y en sus hombros se advertía una debilidad que estaba muy lejos de demostrar el valor y la fuerza de que hiciera gala casi por espacio de veinte años. Ya no era el señor de la selva ; no había en su actitud el orgullo retador ni fulgor de ardimiento en sus ojos. Su respiración era jadeante y cada vez más ruidosa. Un cazador habría comprendido en seguida lo que eso significaba. La punta del cuerno del joven alce le había penetrado en un pulmón. Loba Gris, que había presenciado casos semejantes cuando cazaba con la manada, se dió cuenta de ello y, despacio, empezó a dar vueltas en torno del vencido monarca, a la distancia de unos veinte metros. Kazán la imitó, yendo a su lado.

Una vez, dos, veinte, describieron un círculo alrededor del alce, el cual giraba también presentando la cara a sus enemigos. Pero sus movimientos eran menos vivos a cada vuelta y la respiración más angustiosa. Su cabeza se inclinó aún más y al llegar el mediodía empezó a hacerse más intenso el frío. Las vueltas de Kazán y de Loba Gris continuaban sin cesar, y tal vez habían girado doscientas o más veces en torno al alce, pues la nieve se endureció en el camino circular que recorrían. Debajo de las abiertas patas del alce la nieve no era blanca, sino roja. La tragedia que se desarrollaba entonces, repetíase quizás por milésima vez en aquellas regiones. Era un episodio de aquella existencia salvaje en que la vida misma significa la supervivencia de los más aptos, en donde vivir equivale a matar, y morir a perpetuar la vida del más fuerte. Por fin, en aquel círculo de pesadilla, llegó el momento en que el alce no se volvió ya. Loba Gris dió dos o tres vueltas más, en apariencia enterada de lo que sucedía. Y con Kazán se alejó de la pista circular que trazaran en la nieve y se echó para esperar. El alce estuvo inmóvil durante varios minutos, y su cuarto trasero descendía cada vez más. Luego, exhalando un ronco suspiro, cayó al suelo. Kazán y Loba Gris no se movieron por eso y cuando, por último, volvieron a la pista circular, la cabeza del alce estaba ya inmóvil sobre la nieve. Nuevamente empezaron a dar vueltas, describiendo círculos gradualmente más estrechos, hasta que se hallaron a ocho metros del moribundo rumiante. Este trató de incorporarse, pero no lo consiguió. Loba Gris percibió el

esfuerzo que hizo, oyó cómo caía de nuevo su cabeza sobre el suelo y súbitamente saltó en silencio hacia el cogote del vencido. Sus agudos dientes se clavaron en las narices del alce y Kazán se apresuró a saltar a su cuello. Aquella vez no fué despedido ya. La terrible presa de los dientes de Loba Gris le dió tiempo para romper la piel de dos centímetros de grueso y para hincar sus dientes cada vez a mayor profundidad, hasta que, por último, llegó a la yugular. Un chorro de sangre caliente le dió en la cara, pero no por eso se apartó. Y de la misma manera que no soltó la presa que hiciera en el reno, aquella noche de luna, hacía mucho tiempo, ante la manada de lobos, tampoco dejó al alce. Loba Gris fué la que lo obligó a apartarse de su presa, porque retrocedió escuchando y husmeando el aire. Luego, lentamente, levantó la cabeza y a través de la helada y despoblada extensión se propagó su aullido triunfal... la llamada al botín.

Para ellos habían pasado ya los días de hambre.

Capítulo XIV — *El derecho de los dientes*

La muerte del alce macho ocurrió a tiempo para salvar a Kazán, pues no podía resistir el hambre como su salvaje compañera. El largo ayuno con la temperatura oscilando entre cuarenta y cincuenta grados bajo cero, lo había convertido en un esqueleto.

Una vez estuvo muerto el alce, se quedó exhausto junto a la nieve teñida en sangre, mientras la fiel Loba Gris, todavía animada por la fuerza de resistencia de su raza, arrancaba ferozmente la gruesa piel del cuello del alce, para poner al descubierto la roja carne. Cuando lo hubo logrado no comió sino que corrió al lado de Kazán y gimió suavemente tocándolo con su hocico. Y después comieron, echados uno junto a otro, ante el cuello abierto del alce y arrancando grandes bocados de carne caliente y sabrosa.

La pálida luz del día del Norte se desvanecía rápidamente en la noche cuando se retiraron, ahitos a más no poder, de tal manera que habían desaparecido ya las depresiones que hasta poco antes tuvieron en sus flancos. El viento,

muy débil, moría con el día, y las nubes que pocas horas antes cubrieron el cielo se alejaban lentamente hacia el Este, mientras la luna brillaba clara en el firmamento. Durante una hora la noche aumentó en iluminación porque al resplandor de las estrellas y de la luna, vino a añadirse el de la aurora boreal que temblaba y relampagueaba sobre el Polo. Su ruido peculiar, parecido a un silbido suave o al que producen los patines al deslizarse sobre el hielo, llegaba débilmente a los oídos de Kazán y de Loba Gris.

Apenas se habían separado un centenar de metros del alce, cuando el primer sonido de aquel extraño misterio del cielo del Norte los hizo detenerse y escuchar recelosos. Luego agacharon las orejas y nuevamente se acercaron a la carne que tenían a su disposición. El instinto les decía que les pertenecía en absoluto por el derecho de los dientes. Habían combatido para matarlo y la Ley de la Selva ordenaba que siguieran combatiendo para conservar su propiedad. En los buenos tiempos de caza se habrían ido a vagabundear a la luz de la luna y de las estrellas, abandonando la presa, pero los largos días y noches del hambre pasada, les habían enseñado mejor lo que debían hacer.

En aquella clara y tranquila noche que sucedía a los días de epidemia y de hambre, cien mil seres hambrientos salieron de su retiro en

busca de algo que comer. Por espacio de tres mil kilómetros de Este a Oeste y unos mil quinientos de Norte a Sur, incontables animales enflaquecidos y hambrientos cazaban a la luz de la luna y de las estrellas. Algo advirtió a Kazán y a Loba Gris que la caza proseguía y que ellos no debían cesar en su vigilancia. Se echaron junto al bosquecillo de abetos y esperaron. Loba Gris acariciaba a Kazán tocándolo suavemente con su hocico y cada gemido que a veces profería era un aviso que le daba. Luego husmeaba el aire y escuchaba, sin descansar.

Repentinamente se pusieron rígidos todos los músculos de su cuerpo. Algo vivo había pasado cerca de ellos, algo que no podían ver ni oir, pero que adivinaban débilmente por el olfato. Volvió tan misterioso como una sombra, tan silencioso como enorme copo de nieve; era un buho blanco. Kazán vió a la enorme ave hambrienta posarse sobre el lomo del alce, pero no le dió tiempo para más, porque como una exhalación partió hacia el intruso, seguido por Loba Gris. Dió un gruñido de rabia al ladrón blanco, pero al querer morder, sus quijadas se cerraron en el aire. Su salto lo llevó más allá del alce y, al volverse, el buho yo no estaba.

Casi había recobrado toda su fuerza. Trotó alrededor de alce, con los pelos del espinazo erizados como los de un cepillo y los ojos abiertos

y amenazadores. Gruñía hasta al mismo aire; cerraba ruidosamente las mandíbulas y a veces husmeaba el rastro de sangre que dejó el rumiante. Y el instinto lo avisó de que el verdadero peligro vendría en la misma dirección que la sangre.

Como roja cinta el rastro se alejaba y aquella noche los pequeños y ágiles armiños estaban en todas partes, parecidos a ratones blancos cuando los alumbraba la luna. Fueron los primeros en descubrir el rastro y con toda la ferocidad de su naturaleza siempre sedienta de sangre, siguieron el rastro a saltitos, muy excitados. Una zorra descubrió el olor a unos cuatrocientos metros, gracias a la buena dirección del viento y se acercó. Luego un gato silvestre apareció a su vez y se detuvo pisando la roja cinta.

Este fué el que obligó a Kazán a dejar el cobijo del abeto. A la luz de la luna hubo una lucha rapidísima, y se oyeron gruñidos, bufidos y luego un grito de dolor; el gato olvidó su hambre en la fuga, mientras Kazán volvía al lado de Loba Gris con la nariz arañada y ensangrentada. Loba Gris lo lamió cariñosamente y Kazán se quedó rígido y alerta.

La zorra, advertida por el ruido de la lucha, no se acercó más, sino que huyó apresuradamente. No era animal luchador, sino un asesino que gusta de matar por la espalda. Poco después la zorra sorprendió a un buho y destrozó la media libra de carne que encontró en la enorme masa de plumas.

Pero nada podía alejar a los blancos ladrones de la selva, a los armiños. Habrían sido capaces de deslizarse por entre los pies del hombre y llegaron a la sangre y la carne aun caliente del alce. Kazán los persiguió ferozmente pero eran demasiado ligeros para él, pues parecían exhalaciones luminosas antes que seres vivos. Se escondieron debajo del cuerpo del alce y comían tranquilamente mientras Kazán los buscaba y se llenaba las narices de nieve. Loba Gris estaba tranquilamente sentada, pues los pequeños armiños no le daban ningún cuidado. Después de algún rato de inútil persecución lo comprendió también Kazán y fué a echarse al lado de su compañera, fatigado por la carrera que acababa de dar.

Transcurrió gran parte de la noche sin que se oyera ningún otro ruido alarmante. Una vez, desde mucha distancia, llegó el aullido de un lobo, y de vez en cuando, como para acentuar más el profundo silencio, se oía a los buhos de las nieves protestar a su modo de la falta de caza. La luna brillaba sobre el cuerpo del alce cuando Loba Gris percibió el primer peligro verdadero. Instantáneamente dió aviso a Kazán y se sentó ante el rastro de sangre, con el cuerpo tembloroso, los dientes brillantes a la luz de la luna y gruñendo furiosamente. Uni-

camente ante su más temible enemigo, el lince, el terrible luchador que la dejó ciega tanto tiempo atrás en la Roca del Sol, era ella capaz de dar tales avisos a Kazán. Este saltó ante ella, dispuesto a la lucha, aun antes de husmear la presencia del hermoso felino gris sobre el rastro de sangre.

Hubo una interrupción porque desde un kilómetro de distancia llegó un fiero y largo aullido de lobo.

En realidad aquel era el grito del verdadero amo de la selva, el lobo. Era el aullido de hambre que hace correr con mayor velocidad la sangre del hombre por sus venas cuando lo oye, y que hace temblar a los rumiantes, pues para ellos es una amenaza de muerte que se difunde por la noche solitaria sembrando el terror.

Luego hubo un silencio y mientras tanto Kazán y Loba Gris estaban de lado, escuchando aquel grito. Y al oirlo se operó en ellos una transformación rápida, porque lo que oyeron no era aviso ni amenaza, sino la llamada de la Hermandad. Lejos, más allá del lince, de la zorra, del gato y de los armiños, había seres de su raza, la manada de los lobos, para quienes el derecho a la carne y a la sangre era común y en los que existía el salvaje socialismo de la selva, la Hermandad del Lobo. Y Loba Gris, sentándose sobre su cuarto trasero, dió la respuesta a tal aullido, profiriendo otro largo, triunfante, para indicar a sus hambrientos hermanos que allí, al final del rastro de sangre había un festín.

Y el lince, que se hallaba entre la manada y Loba Gris, se deslizó huyendo por entre los árboles del bosque.

Capítulo XV — El duelo a la luz de las estrellas

Kazán y Loba Gris esperaron sentados sobre sus ancas. Pasaron cinco minutos, diez, quince, y Loba Gris se sintió intranquila, al no oir respuesta alguna a su llamada. Nuevamente aulló, mientras Kazán estaba a su lado tembloroso de impaciencia y otra vez siguió el mortal silencio de la noche. Ello no estaba conforme con las costumbres de la manada, y, convencida Loba Gris de que no se habían alejado más allá del alcance de su voz, sentía la mayor extrañeza. De pronto los dos se dieron cuenta de que la manada o el lobo solitario cuyo aullido oyeran, estaba muy cerca de ellos. El olor era muy pronunciado. Pocos momentos después Kazán vió algo que se movía a la luz de la luna. Aquel ser fué seguido por otros varios, hasta que se situaron cinco en semicírculo, a cosa de setenta metros. Luego se echaron sobre la nieve y se quedaron inmóviles.

Un gruñido hizo volver los ojos de Kazán hacia su compañera, la cual se había retirado. Sus blancos dientes, a la luz de las estrellas, brillaban amenazadores y tenía las orejas ga-

chas. Kazán no comprendía lo que le pasaba. ¿Por qué le daría la voz de alarma cuando ante ellos tenían a los lobos y no a un lince? Paso a paso, avanzó Kazán hacia ellos y notando Loba Gris que se alejaba lo llamó dando un gemido. El no hizo caso, sino que siguió avanzando con la cabeza levantada, aunque con los pelos del espinazo erizados.

En el olor que despedían los recién llegados había algo que Kazán encontraba extrañamente familiar. Se adelantó con mayor rapidez y cuando se detuvo a veinte metros del grupo, movió ligeramente la poblada cola. Uno de los animales se acercó a él y los demás lo siguieron, de modo que en un momento Kazán se encontró en medio de ellos, oliéndolos, dejándose oler y moviendo amistosamente la cola. Eran perros y no lobos.

Seguramente su amo había muerto en alguna solitaria cabaña y ellos huyeron al bosque. Todavía llevaban señales de las correas del trineo y en sus cuellos llevaban collares de piel de alce. Tenían el pelo raído en los costados y uno todavía arrastraba un metro de correa trenzada. Sus ojos enrojecidos y hambrientos brillaban a la luz de la luna y de las estrellas. Estaban flacos, descarnados y muertos de hambre, y, al advertirlo, Kazán los guió hasta donde estaba el alce muerto. Luego se sentó orgullosamente, al lado de Loba Gris, es-

cuchando complacido el ruido de las mandíbulas al romper los huesos y mascar la carne con que la jauría se regalaba.

Loba Gris se acercó más a Kazán. Empujó su cuello con el hocico y Kazán la acarició con la lengua, como perro que era, para tranquilizarla y darle la sensación de que todo iba bien. Ella se echó por completo sobre la nieve cuando los perros, después de comer, se acercaron a ella para olerla y trabar más estrecho conocimiento con Kazán. Este se volvió hacia ella vigilante, y como advirtiese que un enorme perro, de ojos enrojecidos, que todavía llevaba arrastrando la correa del trineo, husmeaba a Loba Gris por un espacio de tiempo demasiado largo, dió un salvaje grito de advertencia. El perro retrocedió y por un momento los dientes de ambos brillaron sobre la ciega cabeza de Loba Gris. Era el desafío de la raza.

El enorme perro era el guía del trineo y si otro cualquiera de sus compañeros le hubiese gruñido como acababa de hacerlo Kazán, le habría saltado inmediatamente al cuello. Pero en Kazán, el fiero defensor de Loba Gris, reconoció a uno que no estaba sujeto a la servidumbre de los perros de trineo. Era un jefe frente a otro y, por lo que se refiere a Kazán, había más aún, porque era el macho de Loba Gris. Un momento más y habría saltado por encima del cuerpo de ella para pelear por ella con más fiereza que por su calidad de guía. Pero el enorme perro se volvió huraño, gruñendo, y desahogó su rabia mordiendo el costado de uno de sus compañeros.

Loba Gris comprendió perfectamente lo ocurrido aun sin verlo. Se acercó más a Kazán adivinando que acababa de iniciarse un drama que siempre significaba muerte: el desafío del derecho del macho.

Gimiendo y acariciando a Kazán trató de alejarlo del círculo tan recorrido por ella misma y dentro del cual estaba el alce, pero la respuesta de Kazán fué un gruñido que más parecía rugido. Luego se echó junto a ella, lamió su rostro y miró a los perros.

La luna descendía hacia el horizonte y al fin se ocultó tras los bosques occidentales. Las estrellas palidecieron y una a una se borraron en el cielo al aparecer la fría y gris aurora del Norte. Entonces el enorme perro de trineo se levantó del hueco que había hecho en la nieve y volvió junto al alce. Kazán, vigilante, se puso en pie instantáneamente y se situó al lado de su víctima. Los dos perros empezaron a dar vueltas, mirándose torvamente, con las cabezas bajas y erizados los pelos del espinazo. El perro de trineo se alejó dos o tres pasos y Kazán se echó junto al cuello del alce para dar mordiscos a la carne congelada, no porque estuviera ham-

briento, sino para demostrar su derecho de propiedad y para desafiar al otro perro.

Por espacio de algunos segundos olvidó a Loba Gris, y el otro los aprovechó para deslizarse como una sombra junto a ella. Entonces lanzó un gemido de súplica mediante el que le expresó su pasión y las exigencias de la especie, pero rápidamente Loba Gris hundió sus brillantes y amenazadores dientes en la espalda del «husky».

Una estela gris, silenciosa y terrible, cruzó entonces el espacio, a la débil luz del alba. Era Kazán. Llegó sin proferir el más pequeño gruñido y un momento después él y el «husky» estaban empeñados en mortal batalla.

Los otros cuatro perros se acercaron en seguida y se situaron a una docena de pasos de los combatientes. Loba Gris siguió echada a poca distancia. Tanto el perro gigante como Kazán no peleaban de acuerdo con los métodos de los perros de trineo ni de los lobos, sino que la rabia y el odio que sentían los hicieron luchar como perros mestizos. Ambos habían hecho presa, y tan pronto estaba uno debajo como el otro y tan aprisa cambiaban de posición que los cuatro espectadores sentíanse extrañados y permanecían inmóviles. En otras circunstancias habríanse apresurado a arrojarse sobre el primero de los combatientes que cayese de espaldas para destrozarlo, pues tal era el sistema

de lo perros de trineo y aun de los mismos lobos. Pero ahora se contenían, indecisos y temerosos.

El enorme «husky» no había sido vencido nunca. Sus antecesores, magníficos daneses, le habían dado enorme corpulencia y unas mandíbulas capaces de triturar una cabeza de perro, mas en Kazán no solamente encontraba al perro y al lobo, sino lo mejor de cada uno de ellos. Y Kazán tenía, además, la ventaja de haber reposado unas cuantas horas y de tener el estómago lleno, sin contar con que combatía por Loba Gris. Sus dientes se hundieron profundamente en la espalda de su contrario y éste los había clavado en la piel y la carne de su cuello. Unos centímetros más y habrían llegado a la yugular. Kazán lo sabía y trituró la clavícula de su enemigo guardándose de una respuesta, que hubiera sido terrible.

Por fin pudo desasirse y, más rápido que un lobo, saltó hacia atrás. Su pecho estaba ensangrentando, pero ni siquiera sentía el más pequeño dolor. Los luchadores empezaron a dar vueltas lentamente y entonces los perros espectadores se acercaron uno o dos pasos mientras sus mandíbulas se abrían nerviosamente, y sus enrojecidos ojos brillaban esperando el fatal momento. Sus miradas estaban fijas en el «husky» que permanecía en el centro del círculo que describía Kazán. Tenía la espalda desgarrada

y con las orejas gachas observaba los movimientos del macho de Loba Gris.

Las orejas de Kazán estaban erguidas y sus pies se posaban ligeramente en la nieve. Toda su habilidad de luchador y toda su prudencia habían vuelto a dirigir sus movimientos. La rabia ciega de los primeros momentos lo había abandonado ya y peleaba ahora como combatiera con su más mortal enemigo, el lince de largas garras. Cinco vueltas dió en torno del enorme perro «husky» y luego, con la mayor rapidez y violencia, se arrojó contra la fracturada espalda del perro, con tal impulso que dió un salto de tres metros de largo. Aquella vez no trató siquiera de hacer presa con sus dientes, pero desgarró ligeramente las mandíbulas de su contrario. Aquel fué el ataque mortal, pues el tribunal despiadado que presenciaba la terrible contienda, esperaba la primera caída del vencido. El enorme perro fué derribado al suelo y por un momento dió una vuelta sobre sí mismo, de lo cual se aprovecharon sus antiguos subordinados para arrojarse sobre él. Todo el odio que le tenían y que por espacio de semanas y de meses habían disimulado, se concentró en un momento y en un abrir y cerrar de ojos fué destrozado.

Kazán fué a sentarse orgullosamente al lado de Loba Gris y ésta, dando un alegre gemido, le apoyó la cabeza sobre el cuello. Dos veces

Kazán había luchado a muerte por ella y las dos venció. Y, en su ceguera, el alma de Loba Gris—si tenía alma—se llenó de gozo y se elevó hacia el cielo, frío y gris, y su pecho jadeó apoyándose en Kazán mientras oía el crujir de los dientes de los perros sobre los huesos y la carne del enemigo que su amo y señor había abatido.

Capítulo XVI — *El carnaval de la selva*

Siguieron algunos días de continuos festines gracias a la carne del alce y en vano Loba Gris trató de llevarse a Kazán a los bosques y las tierras pantanosas. Cada día subía un poco más la temperatura y la caza abundaba ya. Era el jefe de la jauría de perros de trineo, como lo había sido de los lobos. No solamente lo seguía ya Loba Gris tocando su costado, sino que tras él iban los cuatro perros. Una vez más experimentaba el triunfo y la emoción que casi había olvidado, y solamente Loba Gris, en la eterna noche de su ceguera, tuvo el presentimiento del peligro a que podía conducirlo su nueva condición.

Por espacio de tres días y tres noches permanecieron cerca de los restos del alce, dispuestos a defenderlos contra todos, aunque menos vigilantes a medida que pasaba el tiempo. Luego llegó la cuarta noche, en la que mataron una hembra joven de gamo. Kazán fué el guía de aquella caza, y por vez primera, con la excitación de ser seguido por una jauría, dejó atrás a su ciega compañera. Cuando llegaron junto

a la res, fué el primero en saltar a su blanda garganta, y hasta que él no hubo desgarrado la carne de la víctima, no se atrevieron los demás a acercarse para comer. Era el amo; de un gruñido podía hacer retroceder a los demás perros y, al mostrarles los dientes, se agazapaban temblorosos en la nieve.

La sangre de Kazán sentía salvaje exaltación, y la excitación y la fascinación que se apoderaron de él, lo alejaban de Loba Gris un poquito más cada día. Ella llegó media hora después de haber sido muerta la hembra del gamo, pero ya no tenían sus patas la vivacidad de otras veces ni la alegría que se advertía en sus erguidas orejas o en la posición de la cabeza. Apenas comió; su cabeza estaba casi siempre vuelta en dirección a Kazán y seguía con sus ciegos ojos todos los movimientos de éste, como si esperase oir la señal a que tan acostumbrada estaba: el profundo gemido con que tan frecuentemente la llamaba cuando estaban solos.

En Kazán, como jefe de manada, se estaba operando extraño cambio. De haber sido lobos sus compañeros, Loba Gris no habría tenido dificultad alguna en atraerlo de nuevo a ella, pero Kazán estaba casi con los de su propia raza. El era perro y los demás también. Y el fuego que se había apagado cesando de darle calor, ardía nuevamente en él. Durante su

vida en compañía de Loba Gris sólo una cosa lo había entristecido a veces, aunque ella no sintiera tal tristeza, y esta cosa era la soledad. La naturaleza lo creó haciéndolo indivíduo de la raza que necesita la compañía, no de uno, sino de muchos. Y además, lo hizo obediente a los mandatos de la voz del hombre. Ciertamente, había llegado a odiar al hombre, pero seguía sintiéndose indivíduo de la raza canina. Como había sido feliz con Loba Gris, mucho más que en compañía de los hombres y de sus hermanos de raza, y hacía ya tanto tiempo que estaba alejado de la vida que a su calidad de perro correspondía, se había olvidado de ella pasajeramente. Pero Loba Gris, con un superinstinto que la naturaleza le otorgaba como compensación a su vista perdida, pudo prever el final a que había de conducir todo aquello.

Cada día era mejor la temperatura, el sol iba calentando más y la nieve comenzaba a fundirse. Esto ocurrió cosa de dos semanas después de la lucha junto al cadáver del alce. Gradualmente la jauría se había dirigido hacia el Este hasta hallarse a setenta y cinco kilómetros en esta dirección y treinta al Sur de la morada que Kazán y Loba Gris acababan de abandonar. Mas que nunca la echaba de menos Loba Gris, y, con las primeras promesas de la primavera en el ambiente, llegaron para ella por segunda vez las promesas de la maternidad.

Pero sus esfuerzos para llevar a Kazán a la morada que acababan de dejar eran infructuosos y a pesar de su protesta él se alejaba cada día un poco más hacia el Sudoeste, al frente de su jauría.

El instinto obligaba a los perros de trineo a tomar aquella dirección, pues llevaban poco tiempo en libertad para olvidar la necesidad de estar sujetos al hombre, y en la dirección que seguían habían de encontrarlo. Por allí y ya no lejos de ellos, estaba la factoría de la Compañía de la Bahía de Hudson, a la cual, tanto ellos como su difunto amo, prestaban su servicio. Kazán lo ignoraba completamente, pero un día ocurrió algo que le ofreció visiones de cosas pasadas y suscitó en él deseos que lo apartaban cada vez más de Loba Gris.

Habían llegado a la cima de una prominencia, cuando algo los obligó a detenerse. Era la voz de un hombre gritando con fuerza aquella palabra que tantas veces hiciera correr rápida la sangre por las venas de Kazán—«¡ Cuz, cuz, cuz !»—Desde el lugar en que se hallaban miraron hacia el espacio libre que se ofrecía a su vista en la llanura, y vieron un tiro de seis perros que arrastraban un trineo, mientras un hombre corría tras ellos azuzándolos por medio del grito que repetía sin cesar : «¡ cuz ! ¡ cuz ! ¡ cuz !»

Temblorosos e indecisos, los cuatro perros

y el perro lobo estaban en el borde de la cresta, mientras Loba Gris, tras ellos, gemía tristemente. No se movieron hasta que hubieron desaparecido el hombre y el trineo, con sus perros, pero entonces echaron a andar tras la pista, husmeando la nieve y gimiendo muy excitados. Durante dos o tres kilómetros, tanto Kazán como sus compañeros siguieron al trineo. Loba Gris se quedó atrás, andando a veinte metros y a la derecha de ellos, sintiendo que el olor del hombre hacía correr febrilmente la sangre por su cerebro. Unicamente su amor por Kazán y la fe que aún tenía en él fueron capaces de obligarla a seguir.

Al extremo del terreno pantanoso se detuvo Kazán y luego se alejó de la pista que continuaba en la misma dirección. Con el deseo que crecía entonces en él a cada momento, se acentuaba más el recelo que nada podía borrar por completo, recelo que era herencia de su sangre de lobo. Loba Gris gimió de alegría al notar que su compañero abandonaba la pista del hombre y se dirigía hacia el bosque, y se acercó tanto a Kazán que los dos cuerpos semejaban uno solo cuando se alejaron juntos.

Hubo algunas ligeras nevadas todavía, pero eran las características del final del invierno, cuando ya se acerca la primavera. Estas nieves presagian el buen tiempo y la terminación del aislamiento en la vida humana. Kazán y sus compañeros pronto empezaron a husmear la presencia y el movimiento de aquella vida. Estaban entonces a cuarenta y cinco kilómetros de la factoría, hallándose, pues, dentro de la región que los cazadores recorrían con su provisión de pieles lograda durante el invierno. Desde el Este y desde el Oeste, y de Norte a Sur, multitud de pistas conducían a la factoría de modo que la jauría de Kazán se vió cogida en la red de todas ellas. Durante una semana no transcurrió un solo día sin que encontraran huellas recientes de un trineo, y a veces hasta de dos o tres.

Loba Gris estaba en un contínuo sobresalto. A pesar de su ceguera, se daba cuenta de que estaban rodeados por la amenaza del hombre. En cuanto a Kazán, lo que pudiera suceder había cesado de infundirle temor y ni siquiera le hacía tomar precauciones. Aquella semana oyó por tres veces los gritos de los hombres y en una ocasión hasta llegó a él una risa humana y el ladrido de los perros cuando su amo les arrojaba la diaria ración de pescado. En el aire sentía el acre olor de las hogueras de los campamentos y una noche, a mucha distancia, oyó un fragmento de canción, seguida por los ladridos y aullidos de la jauría.

Lenta, pero seguramente, el atractivo del hombre lo aproximaba cada vez más a la factoría. Y Loba Gris, luchando hasta lo último,

sintió en el aire lleno de peligros la proximidad de la hora en que él acudiría a la llamada final, dejándola sola.

Aquellos días eran de grande excitación y actividad en la factoría de la compañía, días de echar cuentas, de ganancias y de diversiones, días en que se amantonaban tesoros de pieles para ser mandadas más tarde a París, a Londres y a las demás capitales de Europa. Y aquel año, en la reunión de toda aquella gente de los bosques, había un interés mayor que en los anteriores. La epidemia había hecho estragos y hasta que los cazadores de pieles se hubiesen reunido, contestando a la llamada de la primavera, no se sabría quiénes habían sobrevivido y quiénes murieron.

Los *chippeways* y mestizos del Sur fueron los primeros en llegar, con sus tiros de perros bastardos y sin raza definida, cogidos en los límites de las regiones civilizadas. Casi inmediatamente después llegaron los cazadores de las tierras estériles del Oeste, llevando consigo cargamentos de pieles de reno y de zorro blanco y un verdadero ejército de perros de Mackenzie, de largas patas y enormes pies, que tiraban de los trineos como caballos y aullaban como cachorros azotados cuando los perros esquimales y los de verdadera raza de trineos los atacaban. Manadas de fieros perros del Labrador, nunca vencidos, a no ser por la muerte,

llegaron desde las cercanías de la Bahía de Hudson. Varios tiros de perros esquimales, amarillos y grises, tan rápidos de quijadas como sus negros amos lo eran de manos y pies, se encontraron con los mucho mayores y de obscuros colores que se llaman malemutes de Athabasca. Y aquí y allá peleaban aquellos perros feroces, mordiéndose, gruñendo, dando alaridos y aullando con el deseo de matar que tan arraigado estaba en ellos a causa de su descendencia, en mayor o menor grado, de los lobos.

Desde que los primeros perros llegaron, se entabló la pelea que no había terminado todavía. Se pasaban el día entero peleando y la contienda continuaba por las noches, en torno de las hogueras de los campamentos. Nunca cesaba la lucha entre los perros y entre éstos y los hombres.

La nieve estaba sucia y manchada de sangre y su olor aumentaba la ferocidad de aquellos perros que, aunque lejanamente, descendían del lobo.

Cada día y cada noche había más de media docena de luchas a muerte. Principalmente morían los perros de las tierras del Sur, mestizos de mastín, de daneses y de perros de Pastor, así como también los lentos perros de Mackenzie. Alrededor de la factoría se levantaba el humo de un centenar de hogueras de otros tantos

campamentos y en torno de ellas se congregaban las mujeres y los niños de los cazadores. Cuando la nieve no permitió seguir patinando, Williams, el factor, notó que muchos no habían acudido y de sus libros borró las cuentas de los que faltaban a la reunión anual, seguro de que habían sido víctimas de la epidemia.

Por fin llegó la noche del gran carnaval. Durante semanas y meses, mujeres y niños y hasta los mismos hombres, habían estado esperándolo. En muchísimas cabañas del bosque, en tiendas ennegrecidas por el humo y hasta en las heladas viviendas de los pequeños esquimales, la ilusión de aquella ruda noche de diversión había prestado algún encanto a la vida. Era el «gran circo», la fiesta que dos veces al año da la Compañía a su gente.

Aquel año, para olvidar el recuerdo de la epidemia y de la muerte, el factor hizo extraordinarios esfuerzos. Sus cazadores mataron cuatro gordos renos. En el claro del bosque se habían amontonado numerosos troncos secos, y en el centro se erguían ocho troncos de tres metros de alto, con una muesca en su parte superior ; y en cada pareja, se apoyaba un travesaño formado por el pelado tronco de un arbolillo, formando así cuatro horcas, de cada una de las cuales estaba suspendido el cuerpo entero de un reno para asarlo con la leña amontonada debajo. Al obscurecer se encendieron

las hogueras y el mismo Williams entonó la primera de aquellas rudas canciones de las tierras del Norte, la «Canción del Reno» cuando las llamas saltaban hacia el negro cielo :

«Oh, ze cariboo-oo-oo, ze cariboo-oo-oo
He roas' on high
Jes' under ze sky,
Ze beeg white cariboo-oo !» (1)

—¡ Ahora !—gritó—¡ Ahora todos juntos !

Y arrastrado por su entusiasmo, el pueblo de los bosques despertó de su largo silencio y la canción tomó en sus labios un acento salvaje que llegó a los mismos cielos.

Aquel coro de voces humanas llegó a los oídos de Kazán, de Loba Gris y de los perros sin amo, que estaban a tres kilómetros al Sudoeste. Y con las voces de los hombres oyeron también los excitados aullidos de los perros. Los que acompañaban a Kazán se volvieron hacia el lugar de donde el coro procedía y dieron muestras de agitación. Por unos instantes Kazán se estuvo tan quieto como si se hubiese convertido en piedra. Luego volvió la cabeza y su primera mirada fué para Loba Gris, la cual había retrocedido tres o cuatro metros y estaba echada bajo un arbusto de bálsamo. Su cuer-

(1) ¡Oh, el renoo-oo, el renoo-oo—Se asó colgado en alto—Debajo del mismo cielo—El enorme y blanco renoo!

po, patas y cuello, estaban tendidos sobre la nieve. No profería ningún sonido, pero tenía los labios contraídos y sus dientes blancos brillaban intensamente.

Kazán se acercó a ella, olió su cara y gimió. Pero Loba Gris no se movió. El se volvió hacia los perros y, tras abrir la boca, cerró con ruido las mandíbulas. Mas claro que nunca llegó hasta ellos el vocerío de la fiesta y sin que Kazán pudiera hacer valer su autoridad sobre ellos, los cuatro perros inclinaron las cabezas al suelo y como sombras partieron hacia las hogueras. Kazán vaciló y se acercó a Loba Gris tal vez con la esperanza de que quisiera acompañarlo, pero no se movió un solo músculo de la loba. Habríalo seguido ante el peligro de un incendio, pero no cuando quería acercarse al hombre. Ni un solo ruido dejó de percibir; oyó el que hacían los pies de Kazán cuando la dejó y un momento después comprendió que se había marchado. Entonces, y no antes, levantó la cabeza y de su garganta salió un quejumbroso gemido.

Era su última llamada a Kazán. Pero en la excitada sangre de éste corría entonces con mayor fuerza el atractivo del hombre y del perro. Los que hasta poco antes lo siguieran le llevaban mucha ventaja y por un momento corrió locamente para alcanzarlos. Luego acortó la marcha hasta ir casi al trote y cien metros

más lejos se detuvo. A menos de un kilómetro podía ver cómo las llamas de las hogueras enrojecían el cielo. Miró hacia atrás para ver si lo seguía Loba Gris y luego prosiguió su camino hasta llegar a una pista muy frecuentada por hombres y perros y por la cual el día anterior habían sido arrastrados los cuerpos de los renos.

Por fin llegó a la línea de árboles que rodeaba el claro, y el brillo de las llamas iluminó sus ojos. El ensordecedor ruido que llegó a sus oídos parecía hacer correr fuego por su cerebro. Oyó las canciones y las risas de los hombres, los gritos agudos de mujeres y niños, los ladridos, gruñidos y luchas de un centenar de perros. Sintió la necesidad de dar una carrera para reunirse con ellos y ser nuevamente un perro como lo había sido ya otra vez. Paso a paso, se deslizó tras los árboles, hasta llegar al claro. Allí se quedó a la sombra de un abeto y contempló la vida que en otros tiempos llevara, tembloroso, atento y, sin embargo, indeciso en el último instante.

A cosa de cien metros de distancia estaba el círculo de hombres, perros y hogueras. Su nariz se llenaba del delicioso aroma de la carne de reno asada y cuando se echó, dominado aún por la prudencia propia del lobo que Loba Gris le inculcara, unos hombres provistos de largos palos descolgaron los renos asados, que cayeron

sobre la nieve licuada en torno de las hogueras. La horda de los que celebraban la fiesta se arrojó cuchillo en mano hacia los renos y una masa gruñidora de perros acudió tras ellos. Kazán olvidó a Loba Gris y todo lo que el hombre y la selva le habían enseñado, y como un rayo salió al claro.

Los perros retrocedían cuando él los alcanzó, porque media docena de los hombres del factor los golpeaban con largos látigos de nervio de reno. La punta de uno de ellos golpeó la espalda de un perro esquimal y cuando quiso morder la cuerda, sus mandíbulas chocaron con la grupa de Kazán. Este, con rapidez extraordinaria, mordió al perro, y un momento después se habían agarrado como fieras. Poco después estaban echados en el suelo y Kazán tenía cogido a su contrario por el cuello.

Dando gritos se acercaron algunos hombres. Una y otra vez sus látigos cortaron el aire como cuchillos y sus golpes fueron recibidos por Kazán, que estaba encima de su contrario, y cuando sintió el agudo dolor del Garrote y del Látigo gruñó fieramente y, despacio, soltó la presa que había hecho en el cuello del perro esquimal. Y entonces se acercó al grupo de hombres y perros otro hombre... ¡*armado de un garrote*! el palo se desplomó sobre el lomo de Kazán y la fuerza del golpe lo hizo caer al suelo. El palo se levantó otra vez. Tras el garrote había una cara brutal y encolerizada. Un rostro como aquel fué el causante de la fuga de Kazán al bosque, y cuando caía el palo por segunda vez, evitó el golpe y sus dientes brillaron como cuchillos de marfil. Por tercera vez se levantó el palo y esta vez Kazán dió un salto y sus dientes se cerraron sobre el antebrazo del hombre.

El hombre profirió un grito de dolor.

Kazán entrevió el brillo del cañón de un arma de fuego y echó a correr hacia el bosque. Oyó un tiro y algo semejante a una brasa de carbón encendida corrió a lo largo de su cadera. Una vez se hubo internado en el bosque se detuvo para lamer la herida que afortunadamente no fué más que una rozadura, pues la bala trazó un surco sobre la piel, arrancando ésta y el pelo por donde pasara.

Loba Gris lo esperaba aún bajo el arbusto de bálsamo cuando Kazán volvió a su lado. Alegremente se adelantó a recibirlo. Una vez más el hombre se lo devolvía. Le olió el cuello y la cara, y luego, por unos instantes, apoyó su cabeza sobre el cuello de su compañero, escuchando los distantes sonidos.

Con las orejas gachas Kazán se encaminó hacia el Noroeste. Y Loba Gris corría a su lado, tocando su espalda, como antes de que se uniera a ellos la jauría de perros sin amo. Y aquella cosa maravillosa que existía más allá del reino

de la razón, le dijo que una vez más ella era camarada y hembra de Kazán y que su camino de aquella noche conducía a su antigua vivienda situada entre los troncos, en el terreno pantanoso.

Capítulo XVII — *El hijo de Kazán*

Kazán, el perro lobo, recordaba tres cosas sobre todas las demás. No podía olvidar por completo el tiempo que pasó antiguamente arrastrando trineos, a pesar de que tal recuerdo se hacía cada vez más confuso en su memoria, a medida que pasaba el tiempo. Como un sueño, recordaba la época en que fué llevado a la civilización. Las visiones que se ofrecían a su memoria eran muy vagas y entre ellas se le presentaron las imágenes de la primera mujer que había conocido y las de los amos que tuviera, los cuales vivieron en tiempos muy remotos. Y nunca olvidaba el Fuego y sus luchas contra el hombre y los animales, así como tampoco sus largas cacerías a la luz de la luna. Pero dos cosas recordaba siempre como si hubiesen ocurrido el día anterior y se destacaban clarísimas sobre todas las demás, como las dos estrellas del Norte que nunca pierden su brillo. Una de ellas era la Mujer. La otra, la terrible lucha con el lince en lo alto de la Roca del Sol, cuando perdiera la vista Loba Gris. Ciertos sucesos quedan grabados

de modo indeleble en la mente de los hombres ; y del mismo modo, y no de otro, quedan registrados en la mente de los animales. No hay necesidad de cerebro ni de razón para medir las profundidades del dolor o de la felicidad. Y Kazán, en su mente irracional, sabía perfectamente que el contento y la paz, el estómago lleno y las caricias y las palabras bondadosas en vez de los golpes, los tuvo siempre gracias a la Mujer y que la camaradería en la soledad, la fe, la lealtad y la devoción, la disfrutó gracias a Loba Gris. La tercera cosa inolvidable estaba a punto de ocurrir en la vivienda que eligieron en el terreno pantanoso durante los días de hambre y de frío.

Cosa de un mes antes dejaron aquella guarida, cuando estaba cubierta por la nieve. Al volver a ella brillaba un sol cálido y espléndido, pues comenzaba la primavera. Por todas partes había ruidosos torrentes debidos a la licuación de las nieves, y el hielo, al desmoronarse producía contínuos chasquidos, en tanto que disminuían cada vez más los estampidos que en árboles, tierra y rocas causaban las escarchas ; y cada noche, por espacio de muchas, el frío y pálido brillo de las auroras boreales se alejaba más hacia el Polo, desvaneciéndose su glorioso resplandor. Habían empezado a hincharse las yemas de los álamos y el aire estaba lleno del suave olor de los bálsamos, de los pinos y de los cedros. Donde seis semanas antes reinaba el hambre, la muerte y la soledad, Kazán y Loba Gris percibían los aromas primaverales de la tierra y oían los diversos sonidos producidos por multitud de vidas. Sobre sus cabezas había dos pájaros que estaban construyendo el nido y piaban y disputaban. Un enorme grajo se alisaba las plumas a la luz del sol. Más lejos oyeron el ruido que hizo una ramita al romperse pisada por una enorme pata. Procedente de la eminencia inmediata a su guarida percibieron el olor de una cosa que estaba muy atareada cogiendo las yemas de los álamos para sus oseznos de seis semanas, nacidos mientras ella estaba sumida en su invernal sueño. Y en el calor del sol y la suavidad del aire respiraba Loba Gris el misterio de la época del celo y de la maternidad. Gimió suavemente y frotó su cabeza contra Kazán. Por espacio de muchos días, y a su modo, había tratado de hacérselo comprender. Más que nunca sentía la necesidad de hacerse un ovillo en aquella guarida caliente y seca, en vez de salir a cazar, y ni el chasquido de una ramita bajo el peso de una pezuña ni el olor de una osa que estuviera a dos pasos acompañada de sus cachorros despertaba en ella ninguno de los instinto que le eran peculiares. Deseaba echarse en el interior de su guarida y es-

perar. Y había tratado de dar a entender su deseo a Kazán.

Ahora que la nieve había desaparecido ya, observaron que había un estrecho arroyo muy cerca de su guarida. Loba Gris enderezó sus orejas al oir el ruido del pequeño torrente. Desde el día del incendio, cuando ella y Kazán se salvaron en el saliente de arena, cesó de sentir el horror al agua propio de los de su raza. Siguió sin temor y con la mejor voluntad a Kazán cuando éste buscaba un lugar en que pudieran vadear la pequeña corriente. Desde la orilla opuesta Kazán no podía ver su guarida, pero Loba Gris la husmeaba perfectamente y gimió alegre con la cabeza vuelta en aquella dirección. Un centenar de metros corriente arriba, un enorme cedro había caído sobre ella, formando un puente que Kazán cruzó. Loba Gris vaciló un instante, pero luego siguió sin miedo, y, uno al lado del otro, volvieron a su guarida. Asomando primero la cabeza, olieron larga y cuidadosamente el aire. Luego entraron. Kazán oyó perfectamente a su compañera cuando se echaba en el seco suelo del fondo de su vivienda. Jadeaba y no de cansancio, sino por sentirse penetrada de extraño contento. En la obscuridad se abrieron las mandíbulas de Kazán, pues también estaba contento de hallarse una vez más en la antigua vivienda. Se acercó a Loba Gris y lamió

su cara jadeando todavía con más fuerza, lo cual tenía solamente un significado que Kazán entendió muy bien. Por un momento estuvo echado a su lado escuchando y con los ojos fijos en la entrada de su nido. Luego empezó a olfatear las paredes de troncos de la guarida y estaba casi en la entrada cuando llegó a él un nuevo olor y se quedó rígido, con los pelos del espinazo erizados. El olor fué seguido por un charloteo quejumbroso e infantil. Por la abertura entró un puercoespín y avanzó con su peculiar descuido, charlando como de costumbre. Kazán había oído anteriormente aquel ruido y, como los demás animales, aprendió a ignorar la presencia de la inofensiva criatura que lo producía. Pero entonces no se detuvo a considerar que estaba viendo un puercoespín y que a su primer gruñido el pacífico y buen animal se apresuraría a alejarse, aunque sin cesar en su parloteo infantil. Su primer razonamiento fué que un ser vivo había invadido su hogar, al cual acababan de regresar él y Loba Gris. Un día o una hora más tarde tal vez se habría contentado con alejar al intruso con un gruñido, pero ahora saltó sobre él.

Un grito de espanto, mezclado con gruñidos semejantes a los de los cerdos, y luego un clamor de aullidos espantosos, siguió al ataque.

Loba Gris se acercó a la entrada de su hogar. El puercoespín estaba convertido en una bola de aceradas puntas a la distancia de tres metros y pudo oir a Kazán que se lamentaba desesperadamente por el dolor más fuerte que puede sobrevenir a un habitante de los bosques. Su cara y su nariz estaban convertidas en un acerico lleno de agujas. Por unos instantes se revolcó por la húmeda tierra, golpeando furiosamente con las patas delanteras las horribles cosas que se hundían en su carne. Luego echó a correr como hacen todos los perros que se han puesto en contacto con un cariñoso puercoespín y galopó como un loco dando varias vueltas en torno de la vivienda, aullando de dolor a cada uno de los saltos que daba. Loba Gris tomó el asunto con más tranquilidad. Es posible que en la vida de los animales haya algunos momentos de ironía y si es así, ella debió de creer que éste merecía más bien burla que compasión. Olió al puercoespín y comprendió que Kazán estaba lleno de espinas ; y como no podía hacer nada, ni había nadie contra quien combatir, se sentó sobre las ancas y esperó, enderezando las orejas cada vez que Kazán pasaba, en su loco circuito, por la guarida. A la cuarta o la quinta vuelta el puercoespín se tranquilizó un tanto y continuó su monólogo mientras se dirigía a un álamo inmediato, al que se encaramó para roer la tierna corteza de una

rama. Por último Kazán se detuvo ante Loba Gris. El horrible dolor que le causaran las innumerables púas al clavarse en su carne, habíase transformado en escozor ardiente. Loba Gris se acercó a él y lo examinó olfateándolo con la mayor prudencia. Luego, con los dientes, cogió los extremos de tres o cuatro púas y tiró con fuerza. Kazán, que entonces era más perro que nunca, dió un alarido de dolor. Luego se tendió en el suelo, extendidas las patas anteriores y se sometió a la curación sin proferir más que alguno que otro gemido. Por suerte no se clavó ninguna de las espinas en la boca o en la lengua. En cambio, las mandíbulas y la nariz quedaron muy pronto cubiertas de sangre. Loba Gris continuó dedicada a la tarea de arrancarle las espinas a Kazán, y logró extraer la mayor parte. Quedaban, desde luego, algunas, sobrado cortas o demasiado clavadas en la carne para poder tirar de ellas.

Luego Kazán se fué al arroyo y metió su ardoroso hocico en el agua fría, lo cual lo alivió algo, pero no por mucho tiempo. Las espinas que quedaban iban introduciéndose cada vez más en la carne, como si fueran cosas vivas. La nariz y los labios empezaron a hincharse y de la boca le caía una baba sanguinolenta en tanto que los ojos se ponían enrojecidos. Loba Gris se había retirado a su nido y Kazán sintió que una espina que le atravesó

por completo el labio, empezaba a clavarse en su lengua. Desesperado, empezó a morder un trozo de madera, mediante lo cual consiguió romper la punta de la espina, inutilizándola. Y en vista del buen resultado obtenido, se pasó gran parte de aquel día mordiendo madera y rompiendo terrones de tierra con los dientes, gracias a lo cual consiguió desgastar las puntas de las espinas que atravesaban sus labios. Al obscurecer se retiró a la guarida y Loba Gris le lamió el hocico con su lengua suave. Aquella noche Kazán fué con mucha frecuencia a sumergir el hocico en el agua fría del arroyo, lo cual le producía alivio.

Al día siguiente tenía la cara hinchada de tal manera que Loba Gris, de ser mujer y no estar ciega, se habría reído. Las encías parecían almohadones y los ojos se habían quedado reducidos a dos estrechas aberturas. Cuando salió a la luz del día parpadeó, porque apenas podía ver algo mejor que su ciega compañera. Pero el dolor había desaparecido casi del todo. Por la noche empezó ya a pensar en la caza y a la mañana siguiente, antes que fuese de día, llevó a la guarida un conejo que logró coger. Pocas horas después habría llevado una perdiz a Loba Gris, pero cuando se disponía a saltar sobre su presa, oyó cerca el parloteo de un puercoespín y se detuvo en el acto. Pocas cosas eran capaces de causarle miedo, pero a partir de aquel día la presencia o vecindad de un puercoespín lo hacía huir más que deprisa y con la cola entre piernas. Y del mismo modo que el hombre aborrece y elude a la serpiente, así Kazán huyó en adelante de aquel pequeño habitante de los bosques que nunca, en la historia animal, ha dado muestras de perder su buen humor o de buscar querella con otro.

Dos semanas de días cada vez más largos, de calor creciente, de cielo despejado y de cacerías alegres, sucedieron a la aventura de Kazán con el puercoespín. La última nieve se fundió rápidamente y de la tierra empezó a surgir la hierba. La vid *bakneesh* (1) se ponía cada día más roja, se abrían las yemas de los álamos y en los lugares más soleados entre las rocas, las pequeñas florecillas de las nieves dieron la última prueba de que había llegado la primavera.

Durante la primera de estas dos semanas, Loba Gris cazó frecuentemente con Kazán, pero no se alejaban mucho porque las cercanías de la guarida estaban pobladísimas de caza menor y todos los días obtenían carne fresca. Después de la primera semana Loba Gris cazó cada día menos.

Luego llegó la suave y embalsamada noche,

(1) Especie de uva del Norte de Canadá.

radiante con la luz de la luna llena y primaveral en que ella se negó a salir de la guarida. Kazán no la molestó insistiendo, porque el instinto le hizo comprender y aquella noche no se alejó mucho. Al regresar llevaba un conejo, pero Loba Gris, desde el rincón más obscuro de la guarida, le avisó con un gruñido para que retrocediese. El, que estaba en la entrada con el conejo entre dientes, no se ofendió por el gruñido, sino que miró a la obscuridad en donde su compañera se ocultara. Luego dejó caer el conejo y se tendió en la entrada. Poco después se levantó inquieto y salió, pero sin alejarse. Al entrar de nuevo era ya de día, y husmeó la entrada, como lo hiciera mucho tiempo antes, entre las rocas de la cima de la Roca del Sol. Lo que había en el aire ya no era misterioso para él. Acercóse y Loba Gris ya no gruñó, sino que gimió cariñosamente cuando la tocó. Luego su hocico tocó algo más ; era suave, estaba caliente y producía un ruido semejante a la respiración. De su garganta salió un ligero gemido y en la obscuridad sintió la rápida y suave caricia de la lengua de Loba Gris.

Kazán volvió a la luz del sol y se tendió ante la entrada de la guarida. Abrió las mandíbulas y se sintió invadido de extraño contento.

Capítulo XVIII — *La educación de Bari*

Privados una vez de las alegrías de la paternidad por el asesinato ocurrido en la Roca del Sol, tanto Kazán como Loba Gris eran distintos de lo que habrían sido si el enorme lince no hubiese intervenido en sus vidas de tan trágica manera. Como si la tragedia fuese de ayer, recordaban la noche de luna en que el lince causó la ceguera a Loba Gris y despedazó a sus pequeñuelos, así como la venganza que Kazán tomara del asesino en la terrible lucha que con él sostuvo. Y ahora, con aquel montón viviente que respiraba a su lado, Loba Gris vió, a través de sus ciegos ojos, mucho más claramente que en otra ocasión cualquiera el trágico cuadro de aquella noche, y temblaba de miedo a cada uno de los sonidos que llegaban a ella, dispuesta a saltar al cuello del invisible enemigo, para destrozar a todo el que no fuese Kazán. E incesantemente y poniéndose en pie al oir el más pequeño ruido, Kazán vigilaba atento. Desconfiaba hasta de las sombras, y el crujido de una rama le hacía arrugar los labios para enseñar los dientes que brillaban

también amenazadores cuando a su olfato llegaba algún extraño olor. También en él el recuerdo de la Roca del Sol, la muerte de sus pequeñuelos y la ceguera de Loba Gris, habían hecho nacer un nuevo instinto. Ni siquiera por un instante se distraía y tan seguramente como se espera que se levante el sol por la mañana, él esperaba que más tarde o más temprano su mortal enemigo se acercaría a escondidas a ellos desde el bosque. En otra hora semejante a aquella, el lince trajo la muerte y la ceguera, y así, día y noche, esperaba y vigilaba la para él segura llegada del enemigo. Desgraciado de cualquier animal que se atreviera a acercarse a la guarida en aquellos primeros días de la maternidad de Loba Gris.

Pero en aquellos lugares reinaba la más completa paz. Por allí no había intruso alguno, a excepción de los pájaros, los ratones y los armiños, que no podían ser considerados como tales. Kazán iba a menudo a visitar a Loba Gris, y a pesar de que más de una vez husmeó, buscando, junto a su compañera, solamente pudo encontrar un pequeñuelo. Un poco más lejos, al Oeste, los Dog-Ribs (1) habrían llamado al pequeñuelo Bari por dos razones: la primera porque no tenía hermanos y la segunda por ser mestizo de perro y de lobo. Era un animalito brillante, muy vivaracho desde el primer día, porque entonces la atención y el vigor de la madre no tenía que dividirse entre varios hijos. Se desarrolló con la rapidez propia de los lobatos y no tan lentamente como los perros. Los tres primeros días de su vida permaneció junto a su madre, mamando cuando sentía necesidad de alimentarse y durmiendo la mayor parte del tiempo mientras su madre lo lavaba lamiéndolo casi constantemente. A partir del cuarto día ya empezó a dar muestras de vida activa, haciendo verdaderos progresos de hora en hora. Encontró la cara de su ciega madre y, con tremendo esfuerzo, quiso encaramarse a ella; pero cayó en seguida lanzando lastimeros chillidos. No tardó mucho en reconocer a Kazán como cosa inseparable de su madre y apenas tenía una semana cuando se revolcó por entre las patas delanteras del perro para echar un sueñecito. El padre sentía la mayor extrañeza. En cuanto a Loba Gris, dió un suspiro y apoyó la cabeza en una de las patas de su compañero, de modo que su hocico tocaba casi a su cachorro, que por vez primera se alejaba de ella.

(1) Tribu india cuyo nombre, traducido, es costillas de perro.

Cuando tuvo ya diez días de edad, Bari descubrió que era muy divertido jugar con una piel de conejo. Poco después hizo otro importantísimo descubrimiento; el de la luz del sol. Este había llegado a un lugar del cielo

desde donde podía mandar algunos de sus rayos por una abertura del techo de la guarida. Al principio Bari se contentó con mirar el hilo dorado, pero luego quiso jugar con él como lo hacía con la piel de conejo. Y desde entonces cada día se acercaba un poco más a la entrada de la guarida, por la que Kazán salía al enorme mundo exterior. Finalmente llegó la ocasión en que se atrevió a situarse en la entrada de su vivienda y allí se echó, parpadeando y asustado por lo que veía. Loba Gris ya no trató de retenerlo, sino que salió a la luz del sol y lo llamó para que se reuniera con ella. Ello sucedía tres días antes de que los débiles ojos del cachorro se hubiesen reforzado lo bastante para poder seguir a su madre, y muy poco después Bari aprendió a querer al sol, al aire cálido y a la dulzura y suavidad de la vida, así como a temer la obscuridad de la guarida en que naciera.

Pero pronto pudo convencerse de que el mundo no era tan agradable como se figuraba. Ante las señales de que se acercaba una tormenta, Loba Gris trató de hacerlo entrar en la guarida. Era aquel su primer aviso a Bari y él no lo entendió. Pero donde fracasó Loba Gris logró la naturaleza dar una lección al cachorro, porque éste fué cogido por un verdadero diluvio y se tendió en el suelo aterrorizado, de modo que se mojó y casi se ahogó antes de que se

acercara la madre para llevarlo a su cobijo. Y así, una a una, recibió las lecciones de la vida y uno a uno nacieron sus instintos. El más memorable de los días que siguieron, fué aquel en que su curiosa nariz tocó la carne de un conejo recién muerto y que aun sangraba. Fué la primera vez que probó la sangre y esto lo llenó de extraña excitación. En adelante ya supo por qué Kazán llevaba la carne entre sus dientes. Pronto empezó a pelear con ramitas en vez de entretenerse con la blanda piel de conejo y sus dientes se endurecieron y afilaron como pequeñas agujas.

Por último descubrió el Gran Misterio cuando un día Kazán le llevó un conejo que aun estaba vivo, pero tan mal herido que no podía correr. Bari ya sabía lo que significaban los conejos y las perdices : aquella dulce y caliente sangre que le gustaba más que la leche de su madre. Pero hasta entonces los animales que vió habían llegado muertos a él y nunca había visto vivo a ninguno de aquellos monstruos. Y, naturalmente, el conejo que Kazán dejó caer al suelo, que agitaba convulso las patas y que luchaba en vano con la espalda rota, hizo retroceder a Bari, muy atemorizado. Por unos instantes observó los movimientos agónicos de la presa de Kazán, en tanto que éste y Loba Gris parecían comprender muy bien que aquella era para su hijo la pri-

mera lección de cómo debía matarse un ser de carne comestible, y permanecían cerca del conejo, sin tratar de que acabara de sufrir. Media docena de veces Loba Gris olió al conejo y luego volvió su ciego rostro a Bari. Mientras tanto Kazán se tendió en el suelo a poca distancia del conejo, dispuesto a ser espectador de la escena que esperaba. Cada vez que Loba Gris bajaba la cabeza para oler al conejo, se erguían curiosas las orejas de Bari y al ver que no sucedía nada y que su madre no recibía daño alguno, se acercó a su vez. Llegó junto al conejo, con las patas rígidas, y se atrevió a tocar la cosa cubierta de piel que aún no estaba muerta. En una de sus últimas convulsiones espasmódicas el conejo encogió sus patas traseras y dió a Bari una coz que lo mandó a alguna distancia, aullando de pánico espantoso. Se puso nuevamente en pie y entonces, por vez primera, la cólera y el deseo de venganza se apoderaron de él. La coz completó su educación. Volvió junto al conejo sin tomar tantas precauciones como la vez pasada, pero con las patas más rígidas aún, y un momento después había clavado sus dientecitos en el cuello del conejo. Podía sentir el latido de la vida en el blando cuerpo, y los músculos del moribundo conejo se retorcían bajo sus dientes, que siguió apretando hasta que ya no hubo el más pequeño temblor de vida en su primera «víctima». Loba Gris, muy satisfecha, acarició a Bari con la lengua. Y el mismo Kazán se dignó oler a su hijo aprobando lo hecho, cuando el cachorro se acercó de nuevo al conejo. Y nunca encontró Bari la sangre caliente y dulce tan agradable como aquel día.

Rápidamente, el cachorro se convirtió de animal aficionado a la sangre en devorador de carne. Uno a uno se le revelaron los misterios de la vida, los odiosos gritos del celo de los buhos grises, el ruido que hacía al caer un tronco de árbol, el estampido del trueno, el rumor del agua corriente, el maullido de un gato silvestre, el mugido de la hembra del alce y la distante llamada de los de su propia raza. Pero el más importante de todos esos misterios y el cual formaba parte de su propio instinto, era el del olfato. Un día vagaba a poca distancia de la guarida cuando su hocico descubrió el rastro reciente de un conejo. Instantáneamente, sin razonar en lo más mínimo, se dió cuenta de que para llegar a la dulce sangre y a la carne que tanto le gustaba, era preciso seguir aquel rastro. Marchó con la nariz pegada al suelo, hasta llegar a un enorme tronco que el conejo traspusiera de un salto, y perdió el rastro, de manera que se volvió atrás. Desde entonces no pasaba día sin que emprendiera una nueva aventura. Al principio parecía un explorador sin brújula en un mundo extraño y des-

conocido. Todos los días encontraba algo nuevo, siempre maravilloso y con frecuencia aterrador. Pero sus terrores cesaron gradualmente a medida que la confianza en sí mismo iba en aumento. Y cuando se daba cuenta de que ninguna de las cosas que lo asustaban le causaba daño alguno, se hacía más atrevido en sus investigaciones. Su mismo aspecto cambiaba, así como el modo de considerar las cosas. Su cuerpo, antes tan redondo y parecido a una pelota, tomaba forma diferente.

Se hizo ágil y diestro en movimientos. Obscureciéronse los pelos amarillos de su cuerpo y a lo largo de su espinazo apareció una línea grisácea, semejante a la de Kazán. Tenía la garganta y la hermosa cabeza de su madre, pero, por lo demás, parecíase en todo a Kazán. Sus miembros indicaban que alcanzaría mucha fuerza y robustez. Tenía el pecho ancho, los ojos muy separados uno de otro y en su comisura inferior había una manchita de color rojo. Los habitantes de las regiones del Norte ya saben lo que puede esperarse de los cachorros que muestran en la comisura inferior de los ojos estas manchitas rojas. Es una prueba de que descienden del lobo por la línea paterna o materna. En Bari la mancha roja era tan pronunciada que solamente podía significar una cosa : que aun teniendo alguna

sangre de perro en las venas, pertenecía por siempre jamás a la vida salvaje.

Pero hasta el día en que tuvo el primer combate con un ser vivo, no entró Bari en plena posesión de su herencia. Habíase alejado de la guarida más de lo acostumbrado ; tal vez un centenar de metros. Y allí encontró una nueva maravilla. Era el arroyo. Ya lo había oído antes y hasta lo había contemplado desde lejos, desde cincuenta metros, por lo menos, pero aquel día se atrevió a acercarse a la orilla, en la que permaneció largo rato, mientras el agua corría tumultuosa a sus pies, mirando al mundo que en la otra orilla se ofrecía a sus ojos. Luego avanzó prudentemente a lo largo de la corriente, pero apenas había dado una docena de pasos cuando junto a él sintió un ruido furioso. Un grajo, de enormes ojos y de batalladoras costumbres, cosa frecuente en aquella región, estaba en su camino. No podía volar, por tener un ala rota, tal vez a consecuencia de una pelea con alguno de los pequeños animales de rapiña. Pero, por un instante se mantuvo atrevido y retador ante Bari.

Erizáronse los pelos del espinazo de éste y el grajo no se movió hasta que el cachorro se halló a un metro de distancia. Entonces, dando saltitos, empezó a retirarse, pero en aquel preciso momento desapareció por completo la indecisión de Bari. Dando un aullido se arrojó

sobre el herido volátil; y, tras una corta carrera, logró clavar los dos dientes en las plumas del grajo. Este, rápido como el rayo, empezó a picotear a su enemigo. Es de advertir que el grajo es el rey de los pajarillos. En la estación de la puesta mataba a los gorriones, a los grajos más pequeños y a los picamaderos. Una y otra vez golpeó a Bari con su pico poderoso, pero el hijo de Kazán había llegado ya a la edad de las luchas y el dolor de los picotazos le dió ánimos para apretar con más fuerza con los dientes. Por fin encontró la carne y un rugido infantil salió de su garganta. Afortunadamente había hecho presa por debajo de una ala y después de haber dado una docena de golpes, la resistencia del grajo disminuyó. Cinco minutos después Bari aflojó las mandíbulas y retrocedió un paso para contemplar el inanimado cuerpo que tenía delante. El grajo estaba muerto; Bari había ganado su primera batalla. Y con la victoria llegó el amanecer del instinto mayor de todos, que le dijo que no era ya un zángano en el maravilloso mecanismo de la vida salvaje, sino uno de sus indivíduos activos, *porque ya había matado.*

Media hora más tarde llegó Loba Gris siguiendo su rastro. El grajo estaba despedazado, con las plumas diseminadas por el suelo, y Bari tenía el hociquito lleno de sangre. El cachorro se había echado, triunfante, junto a su

víctima. Loba Gris comprendió en seguida y lo acarició alegremente. Y cuando volvieron a la guarida, Bari llevaba entre sus mandíbulas lo que quedara del grajo.

A partir de entonces la caza fué la pasión dominante de Bari. Cuando no dormía al sol o en la guarida por la noche, buscaba incesantemente algo vivo que destruir. Asesinó a una familia entera de ratones. Los grajos fueron también sus víctimas, pues mató a tres de ellos. Luego encontró un armiño y el fiero y blanco asesino de los bosques le infligió la primera derrota. Este fracaso enfrió sus entusiasmos por algunos días, pero le aleccionó acerca de que había otros animales provistos de dientes y devoradores de carne, además de él mismo, y que la naturaleza había dispuesto las cosas de tal manera que convenía ser prudente con los que, como él, poseían colmillos. Muchas cosas habían nacido en él. Instintivamente se desvió del camino del puerco-espín, aun sin haber sido víctima de sus espinas. Un día, quince después de su derrota, se vió cara a cara con un gato salvaje. Los dos buscaban comida y como no había presa alguna entre ellos que justificara la lucha, cada uno se alejó por su lado.

Cada día Bari se aventuraba más lejos de la guarida, siempre siguiendo el curso del arroyo. A veces permanecía fuera por espacio de horas. Al principio Loba Gris se manifesta-

ba intranquila en su ausencia y pocas veces lo acompañaba, hasta que por último ya no se inquietó. La naturaleza obraba rápidamente. Kazán era el que manifestaba ahora cierta intranquilidad. Habían llegado las noches de luna y el deseo de vagabundear un poco se hacía cada vez más fuerte en sus venas. Como Loba Gris, sentía la necesidad de echar a correr hacia el enorme mundo.

Llegó la tarde en que Bari partió para su cacería más larga. Medio kilómetro más lejos mató su primer conejo y se quedó al lado de la víctima hasta el obscurecer. Salió la luna, enorme y dorada, inundando los bosques y las llanuras con luz tan viva que semejaba la del día. Era una noche divina. Y Bari, ante la luz de la luna, dejó el conejo. Echó a correr, y la dirección que seguía era opuesta a la de la guarida.

Toda aquella noche Loba Gris esperó vigilante, pero en vano. Por fin, cuando la luna se hundía por el Sudoeste, se sentó sobre las ancas, levantó hacia el cielo su ciego rostro y exhaló el primer aullido desde que naciera Bari. Muy lejos, éste pudo oir a su madre, pero no contestó. Un mundo nuevo le llamaba. Y habíase despedido de su morada y de sus padres.

Corrían los espléndidos días precursores del verano y las noches del Norte tenían la luminosidad de la luna y de las estrellas.

Kazán y Loba Gris se alejaron por el valle que había entre las dos montañas para emprender una larga cacería. Era el deseo de correr que sienten todos los animales salvajes poco después de que los cachorros les han abandonado para recorrer el mundo por su cuenta. Se encaminaron hacia el Oeste y cazaban principalmente de noche, dejando tras ellos un rastro de huesos, pieles y plumas de los conejos y las perdices que devoraban. Era la estación de la matanza y no del hambre. A diez kilómetros de su guarida dieron muerte a un cervatillo, pero dejaron la mayor parte de la carne después de haber comido una sola vez. Su apetito se saciaba todos los días con carne recién matada. Engordaron, se les hizo el pelo brillante y cada día pasaban más rato tomando el sol. Tenían pocos rivales, porque los linces habitaban más hacia el Sur, entre los bosques más selváticos. No había lobo alguno en la región que recorrían. Los gatos silvestres, las martas y las comadrejas abundaban a lo largo del arroyo; pero no eran cazadores rápidos ni tenían colmillos temibles. Un día se vieron frente a frente con una vieja nutria. Era un gigante entre los de su especie y estaba cambiando su pelaje, que se tornaba en gris pálido con la proximidad del verano. Kazán, que se había puesto gordo y era ya algo perezoso, la miró con cierta indiferencia, y en cuanto a la ciega Loba Gris, se limitó

a olfatear en el aire el fuerte olor de pescado que despedía. Para ellos la nutria no representaba más que hubiera representado una rama flotante en el arroyo, y continuaron su camino, ignorando que aquel peligroso animal había de ser muy pronto su aliado en uno de los extraños y mortales conflictos tan frecuentes y tan sangrientos en la vida animal como en la vida de los seres humanos.

Al día siguiente al de su encuentro con la nutria, Loba Gris y Kazán prosiguieron su viaje recorriendo cinco kilómetros hacia el Oeste, siguiendo siempre la corriente. Allí encontraron un obstáculo en su camino que les hizo volverse hacia la montaña del Norte. El obstáculo era un enorme dique de castores que mediría muy bien doscientos metros de ancho y retenía de tal manera el agua, que quedaba inundado más de un kilómetro de bosque. Ni Loba Gris ni Kazán sentían interés alguno por los castores, porque estos animales vivían también fuera de su elemento, como los peces, las nutrias y los pájaros de rápido vuelo.

Así, pues, se volvieron hacia el Norte, sin saber que la naturaleza había proyectado que los cuatro—el perro, la loba, la nutria y el castor—estarían en breve empeñados en una de aquellas luchas sin cuartel que ocurren en la vida salvaje y que impiden la supervivencia de los animales menos aptos y cuyas trágicas historias se conservan en secreto bajo las estrellas, la luna y los vientos.

Durante muchos años ningún hombre había llegado a aquel valle, situado entre las dos montañas, para molestar a los castores. Si un cazador hubiese seguido el curso de aquel arroyo sin nombre y cogido al patriarca y jefe de la colonia, al punto lo habría juzgado demasiado viejo y en su lenguaje indio le hubiese dado un nombre. Lo habría llamado «Diente Roto», porque uno de los cuatro largos dientes con los cuales cortaba los árboles y construía presas estaba roto. Seis años antes Diente Roto guió a unos cuantos castores de su edad corriente abajo y construyeron su primera presa pequeñita y su primera colonia. Al siguiente mes de abril la hembra de Diente Roto tuvo cuatro pequeñuelos y cada una de las madres de la colonia aumentó también la población en dos, tres o cuatro individuos. Al final del cuarto año, esta primera generación de hijos, de haber seguido las leyes usuales de la naturaleza, se habrían apareado y abandonarían la colonia para establecerse en otra parte y construir su propia presa. Pero aunque se aparearon, no emigraron. Al otro año la segunda generación de los castores, de cuatro años entonces, se aparearon a su vez, pero no emigraron tampoco, de manera que a principos de verano del sexto año la colonia se parecía mucho a una gran ciudad

largo tiempo sitiada por un enemigo. Contaba con quince viviendas y un centenar de habitantes, sin comprender los pequeñuelos nacidos en marzo y abril de aquel año. La presa fué alargada hasta que alcanzó doscientos metros y el agua inundaba una extensión bastante grande de bosque poblado de álamos y abedules y llanos pantanosos de sauces y alisos. Pero aun así, el alimento escaseaba y las viviendas estaban demasiado llenas de habitantes, lo cual se debía a que los castores tienen sentimientos casi humanos, por lo que se refiere a su amor hacia el hogar. La vivienda de Diente Roto medía cerca de tres metros de largo por dos y medio de ancho y allí habitaba en compañía de sus hijos y nietos en número de veintisiete. Por esta razón Diente Roto se disponía a romper los precedentes de su tribu. Cuando Loba Gris y Kazán husmeaban descuidadamente los fuertes olores de la ciudad de los castores, Diente Roto estaba disponiendo a su familia y a dos de sus hijos, también con sus respectivas familias, para emprender el éxodo.

Diente Roto era el jefe reconocido en la colonia, pues ningún otro castor había alcanzado su tamaño o su fuerza. Su grueso cuerpo tenía noventa centímetros de altura y por lo menos pesaba treinta kilos. Tenía una cola de treinta y cinco centímetros de largo y de doce y medio de ancho y en una noche tranquila podía dar

un golpe de plano en el agua que se oyese a cuatrocientos metros de distancia. Sus patas traseras, palmeadas, tenían, por lo menos, doble tamaño que las de su hembra y era sin duda el mejor nadador de la colonia.

Después de la tarde en que Kazán y Loba Gris se dirigieron hacia el Norte, llegó la noche clara y tranquila en que Diente Rojo se encaramó en lo más alto del dique, se sacudió el agua y miró hacia abajo para cerciorarse de que su ejército estaba allí para seguirle. El agua del pantano, bastante alumbrada por el resplandor de las estrellas, se rizaba y saltaba a causa del movimiento de tantos cuerpos. Algunos de los castores más viejos se situaron al lado de Diente Roto, y el anciano patriarca se hundió en la estrecha corriente por la parte opuesta al dique, seguido de los emigrantes de sedosos cuerpos, los cuales iban de uno en uno, por parejas y en grupos de tres. También les acompañaban una docena de pequeñuelos nacidos tres meses antes. Fácil y rápidamente emprendieron el viaje corriente abajo; solamente los pequeños nadaban con ardor para mantenerse junto a los viejos. En total eran unos cuarenta. Diente Roto nadaba precediéndolos a todos y sus más viejos subordinados lo seguían. Y más atrás, iban las madres y los pequeños.

Continuaron nadando toda la noche. La nu-

tria, el más mortal enemigo del castor, mucho más terrible para él que el hombre, se ocultó en unos arbustos cuando pasaron. La naturaleza la había hecho enemiga de aquellos seres que pasaban nadando por el arroyo. La nutria era devoradora de peces y su papel consistía tanto en conservar como en destruir los animales de que se alimentaba. Tal vez la naturaleza le dió a entender que demasiados diques de castores interrumpían la propagación de los peces que no podían efectuar cómodamente su desove y que donde había muchos diques, escaseaba el número de peces. Probablemente razonaba que la pesca era escasa y que su hambre aumentaba en la misma proporción en que disminuía el pescado. Y así, incapaz de batirse con tribus enteras de sus enemigos, se esforzaba en destruir sus diques. De cómo con ello aniquilaba al mismo tiempo a los castores, es cosa que se verá en el conflicto que la naturaleza había proyectado hacer surgir y en el cual debían verse envueltos la nutria, Kazán y Loba Gris.

Por lo menos una docena de veces durante la noche, Diente Roto se detuvo para investigar las posibilidades de aprovisionamiento a lo largo de las orillas. Pero en los dos o tres lugares en que halló gran cantidad de la corteza de que se alimentaba, comprendió que habría sido muy difícil construir un dique. Su maravi-

lloso instinto de ingeniero prevalecía aun sobre el de la nutrición. Y cada vez que resolvía continuar la marcha, ningún castor se permitía contrariarle ni se quedaba atrás. Hacia el alba cruzaron la llanura incendiada un año antes y llegaron al extremo del terreno pantanoso que constituía el dominio de Loba Gris y de Kazán. Por derecho de descubrimiento y de ocupación, aquel terreno pertenecía al perro y a la loba, y en todos lados habían dejado pruebas de su dominio. Pero Diente Roto era un habitante de las aguas y el olfato de su tribu no era muy agudo para poder notarlo. Continuó avanzando, aunque más despacio cuando llegaron al bosque ; se detuvo precisamente junto a la guarida de Kazán y de Loba Gris y, tomando tierra, se equilibró sobre sus palmeadas patas traseras y su ancha cola. Allí encontraba condiciones ideales de instalación. Podía construirse fácilmente un dique a través de la estrecha corriente y quedaría inundada una gran extensión de tierra abundantemente poblada de alisos, sauces, álamos y abedules. Además, el lugar estaba abrigado por el bosque, de manera que los inviernos serían menos fríos. Diente Roto dió a entender rápidamente a sus compañeros que aquella era su nueva patria. En ambos lados de la corriente tomaron tierra dirigiéndose a los árboles más próximos. Los pequeñuelos empezaron a devorar hambrientos

las cortezas tiernas de los sauces y alisos, en tanto que los mayores, convertido cada uno de ellos en un ingeniero, investigaban muy excitados, y desayunábanse apenas con algunos bocados que de vez en cuando daban a la corteza.

Aquel mismo día empezó la construcción de las viviendas. Diente Roto eligió un enorme abedul que se inclinaba hacia el agua y empezó el trabajo de cortar el tronco, que tenía veinticinco centímetros de diámetro, por medio de sus tres largos dientes. Aunque el anciano patriarca había perdido uno, los tres que le quedaban no se habían deteriorado con la edad. El filo exterior de los mismos era del esmalte más duro; y la cara interior, de blanco marfil. Eran como los mejores cinceles de acero. El esmalte no se desgastaba nunca, en tanto que el marfil se renovaba a medida que se consumía. Sentado sobre sus patas posteriores, apoyadas las anteriores en el árbol y equilibrando su cuerpo por medio de la pesada cola, Diente Roto empezó a practicar con su dentadura una muesca circular en el tronco. Incansable, trabajó por espacio de varias horas y cuando, por fin, se detuvo para reposar, otro obrero se encargó de la tarea. Mientras tanto una docena de castores trabajaban rudamente, cortando madera. Mucho antes de que el árbol de Diente Roto estuviera dispuesto para caer a través de la corriente, se desplomó sobre el agua un álamo pequeño. El corte alrededor del enorme abedul tenía la forma de un reloj de arena. A las veinte horas caía a través del arroyo.

Aunque los castores prefieren trabajar de noche, también lo hacen durante el día, y Diente Roto otorgó a su tribu muy pocos descansos durante los días siguientes. Con inteligencia casi humana continuaban su trabajo los pequeños ingenieros. Cortaron árboles de poca altura y los dividieron en trozos de un metro poco más o menos. Estos trozos fueron echados al agua uno a uno y llevados por los castores que los empujaban con la cabeza y las patas anteriores hasta donde estaba el abedul, y allí, por medio de ramitas de plantas los sujetaron. Terminada la armazón, empezaron la maravillosa obra de relleno, en la cual los castores aventajan a los hombres. Una vez que pusieron la especie de argamasa, nada hubiera podido destruir aquel dique. Debajo de las barbillas, que tenían forma cóncava, llevaban de la orilla una mezcla de barro y ramitas, en cantidad de una a dos libras cada viaje, con la que empezaron a rellenar la armazón. Se creerá que no iban a concluir nunca, pero Diente Roto y sus compañeros eran capaces de transportar de este modo casi una tonelada de material en veinticuatro horas. A los tres días el agua empezó a crecer hasta que cubrió los tocones de una docena de árboles cortados y cierta extensión de

los matorrales. Esto facilitó el trabajo, porque así los materiales podían ser cortados en el agua y, una vez desprendidos, flotaban ya en ella. Mientras una parte de la colonia de los castores se aprovechaba de la elevación del agua, otros derribaban árboles para unirlos por los extremos con el abedul, de manera que la armazón del dique alcanzara treinta metros de anchura.

Y casi habían terminado este trabajo, cuando, una mañana, Kazán y Loba Gris volvieron a sus lares.

Capítulo XX La guerra contra los invasores

El viento suave que soplaba del Sudeste llevó el olor de los intrusos a la nariz de Loba Gris a la distancia de media milla. La loba se apresuró a avisar a Kazán, el cual también descubrió en el aire el extraño olor, que aumentaba en intensidad a medida que avanzaban. Cuando, a doscientos metros de su guarida, oyeron el ruido producido por un árbol al caer, se detuvieron sorprendidos, y por espacio de un minuto estuvieron atentos y excitados. Luego se interrumpió el silencio y se oyó un grito agudo seguido de un chapuzón. Agachó Loba Gris las orejas y volvió su inteligente cabeza hacia Kazán. Luego ambos trotaron despacio, avanzando y aproximándose a la guarida por la parte posterior. Y hasta que llegaron a la pequeña eminencia en la cual estaba aquélla, no pudo observar Kazán el maravilloso cambio ocurrido durante su ausencia. Atónito, inmóvil, miró fijamente ante él. Ya no estaba allí el pequeño arroyo, y sí un pantano que llegaba casi al pie de la eminencia y el cual tendría por lo menos treinta metros de ancho. El agua con-

tenida por la presa había inundado los matorrales y bosques en gran extensión, en dirección al lugar devastado por el incendio. Kazán y Loba Gris se habían acercado sin hacer el más pequeño ruido y los obtusos olfatos de Diente Roto y de sus compañeros no descubrieron su presencia. A menos de quince metros el mismo Diente Roto estaba royendo un árbol y a igual distancia a su derecha cinco o seis pequeñuelos se entretenían en construir una presa en miniatura con barro y ramitas. Al lado opuesto del pantano había una pendiente de dos metros aproximadamente, y en ella, otros pequeños castores, de unos dos años de edad, que todavía no se preocupaban en trabajar, se divertían trepando por la pendiente y dejándose caer luego por ella, como por un *toboggan*. El ruido de estos chapuzones fué lo que oyeron Kazán y Loba Gris.

Pocas semanas antes, Kazán había presenciado una escena similar cuando se encaminaron hacia el Norte, desde la antigua vivienda de Diente Roto. Pero entonces no le interesó en lo más mínimo ; ahora, en cambio, la cosa cambiaba por completo. Los castores habían cesado de ser únicamente animales acuáticos, incomibles y dotados de un olor que le desagradaba. Eran invasores y por consiguiente enemigos. Los dientes de Kazán quedaron al descubierto, el espinazo se le erizó como un cepillo y los

músculos de sus patas delanteras y de sus espaldas se marcaron por encima de la piel como si fuesen gruesas cuerdas. Sin proferir el menor gruñido se dirigió hacia Diente Roto. Este ignoró completamente el peligro que lo amenazaba hasta que Kazán estuvo a algunos metros de él. Con su natural torpeza de movimientos y después de vacilar un instante, dejó del árbol. Kazán saltó y ambos sobre él rodaron hasta el borde del agua arrastrados por el impulso del perro, pero en seguida el cuerpo del castor se deslizó por debajo de Kazán como si estuviera untado de aceite y Diente Roto se vió a salvo en su elemento, aunque con la cola agujereada en dos sitios por los dientes de su contrario. Burlado en su esfuerzo de hacer una presa mortal en Diente Roto, el perro salió disparado hacia la derecha. Los castores pequeños, asustados y asombrados por lo que habían visto, estaban como clavados en el suelo. Hasta que vieron a Kazán dirigirse hacia ellos no se preocuparon de moverse. Tres de ellos llegaron al agua, pero el cuarto y el quinto, que no tenían más allá de tres meses, no tuvieron tiempo. De un sola dentellada Kazán rompió el espinazo de uno y al otro lo cogió por el cuello y lo sacudió con fuerza como los *fox-terriers* hacen con las ratas, de manera que al llegar Loba Gris, los dos castores estaban ya muertos. Ella olió los pequeños cadáveres y

gimió suavemente. Tal vez aquellos pequeñuelos muertos le recordaron a su fugitivo Bari, porque en su gemido había una nota de ternura. Era un gemido maternal.

Pero si Loba Gris sentía algún tierno recuerdo, Kazán no se dió cuenta de ello. Había matado a dos de los que se atrevieran a invadir sus dominios, mostrándose tan despiadado con los pequeños castores como con el lince que asesinó a los cachorros de Loba Gris en lo alto de la Roca del Sol. Y ahora que ya había clavado sus dientes en la carne de sus enemigos, sentía ardientes deseos de matar. Corrió furioso de una a otra parte, a lo largo de la orilla del pantano, gruñendo al agua intranquila bajo la cual desapareció Diente Roto. Todos los castores buscaron refugio en el pantano. Veíase el agua agitada por los numerosos seres que nadaban por debajo de la superficie. Kazán se acercó al extremo de la presa, la que era una cosa nueva para él. Instintivamente comprendió que era obra de Diente Roto y de los suyos, y por algunos instantes mordió furioso a las ramitas que sobresalían de la estructura. De pronto se agitó el agua cerca de la presa, a quince metros de la orilla, y apreció la gran cabeza gris de Diente Roto. Por espacio de medio minuto se miraron atentamente el castor y el perro, separados por aquella distancia. Luego Diente Roto se encaramó a la presa, mostrando su cuerpo

mojado y brillante y se quedó echado, mirando a Kazán. El viejo patriarca estaba solo, pues ningún otro castor se había atrevido a mostrarse y hasta la misma superficie del agua del pantano estaba inmóvil. En vano Kazán buscaba un paso que le permitiese llegar hasta su enemigo, pero entre la pared sólida de la presa y la orilla había una armazón todavía no rellena de fango, a través de la cual el agua corría violentamente sin permitirle el paso. Sin embargo, Kazán probó tres veces a atravesar por encima del revoltijo de maderos, pero siempre acababa por caerse al agua. Mientras tanto Diente Roto no se movía y cuando, por fin, Kazán abandonó el ataque, el viejo ingeniero se dejó resbalar y desapareció bajo el agua. Ya sabía que Kazán, semejante al lince, no podía pelear en el agua y difundió tales nuevas entre los miembros de su colonia.

Loba Gris y Kazán volvieron a su guarida y se tendieron al sol, recibiendo sus ardorosos rayos. Media hora más tarde apareció Diente Roto en la orilla opuesta, seguido por otros castores y continuaron su trabajo como si nada hubiese ocurrido. Los leñadores volvieron a cortar árboles y media docena de ellos trabajaban en el agua, llevando cargas de cemento y ramas. En el centro del pantano comenzaba la zona del peligro y hacia ella ninguno se acercaba. Una docena de veces, durante la hora siguien-

te, uno de los castores se acercó nadando a la zona de peligro y contempló los brillantes cuerpecillos de las víctimas de Kazán. Tal vez era su madre y quizás un instinto más fino que el de Kazán lo dió a entender a Loba Gris, porque ésta se acercó dos veces a olfatear los cadáveres y las dos veces se marchó cuando la madre se acercó a contemplarlos.

Los sentimientos de fiereza que se apoderaron de Kazán habían desaparecido ya, y se limitaba a observar atentamente a los castores. Sabía ya que no eran animales luchadores, que eran muchos para uno solo y que huían de él como los conejos. Ni siquiera Diente Roto había hecho la menor tentativa para atacarlo. Y se dijo que aquellos extraños animales que vivían lo mismo en tierra que en el agua, habían de ser cazados como los conejos y las perdices. A primera hora de la tarde, salió hacia el matorral seguido de Loba Gris. Muchas veces había cazado a un conejo, alejándose de él, y ahora empleó contra los castores este ardid de lobo. Más allá de la guarida se volvió y emprendió el camino corriente arriba y observó que por espacio de quinientos metros el arroyo tenía mucha más agua de la que nunca tuvo anteriormente. Uno de los vados que acostumbraba a usar, estaba por completo sumergido y Kazán no tuvo más remedio que echarse al agua y atravesar la corriente a nado dejando a Loba Gris en tierra,

esperándole en la orilla en que estaba la guarida.

Deprisa se encaminó hacia el pantano y aprovechó para ocultarse en él un denso matorral que crecía en la parte baja de la presa. Sin ser visto, se situó a la distancia de uno o dos saltos de la presa y se echó en el suelo, dispuesto a saltar en cuanto se presentara la oportunidad Muchos de los castores trabajaban en el agua y los cinco o seis que se hallaban en tierra, estaban junto a la orilla y a alguna distancia corriente arriba. Después de algunos minutos, Kazán estaba a punto de arrojarse ciegamente contra sus enemigos, cuando llamó su atención un movimiento en la presa. En mitad de esta había dos o tres castores ocupados en reforzar con cemento la parte central. Rápido como una centella Kazán salió de su abrigo a cobijarse detrás de la presa. Allí el agua era muy poco profunda, pues la corriente principal se deslizaba junto a la otra orilla, de manera que al vadear no llegó el agua a mojarle el vientre. Estaba entonces completamente oculto de los castores y el viento soplaba también en su favor. El ruido del agua que corría apagaba los ligeros ruidos que producía y pronto oyó a los trabajadores moverse directamente encima del lugar en que se hallaba. Las ramas del abedul le facilitaron la ascensión y subió, de manera que un momento más tarde aparecieron su ca-

beza y sus espaldas por encima de la presa. A cosa de medio metro de distancia, Diente Roto trataba de meter en su sitio un trozo de tronco de árbol de un metro de largo y tan grueso como el brazo de un hombre. Estaba tan ocupado que no advirtió la presencia de Kazán, pero otro castor le dió el aviso arrojándose al pantano. Diente Roto levantó los ojos y vió ante sí los desnudos dientes de su enemigo. No había tiempo para volverse ; se echó hacia atrás, pero demasiado tarde. Kazán estaba ya sobre él. Sus largos dientes se clavaron profundamente en el cuello del castor, pero éste se había echado atrás lo suficiente para que el perro perdiese pie. Al mismo tiempo sus dientes hicieron presa en la piel del cuello de Kazán mientras los de éste llegaban casi a la yugular del castor y ambos se hundieron en el agua del pantano.

Diente Roto pesaría unos treinta kilos y en el momento en que llegó al agua, su elemento, apretó tenazmente sus dientes y se dejó caer como si fuese de plomo, de modo que Kazán se vió arrastrado hasta el fondo. Llenáronse de agua su boca, sus orejas y su nariz. El agua le cegaba y sentía en la cabeza un ruido ensordecedor. Pero en vez de hacer esfuerzos por libertarse, contuvo el aliento y apretó los dientes para clavarlos a mayor profundidad. Los dos combatientes tocaron el blando fondo y por un momento se revolcaron en el fango. Entonces

Kazán soltó la presa, luchando ya por su propia vida y no por arrebatar la de Diente Roto. Con toda la fuerza de sus poderosos miembros trataba de libertarse, para salir a la superficie, al aire, a la vida. Cerró con fuerza la boca, comprendiendo que si respiraba, ello equivaldría a la muerte. En tierra se habría soltado fácilmente de Diente Roto, pero debajo del agua la presa del castor era mucho más peligrosa que el ataque de un lince. Revolvióse ligeramente el agua y apareció otro castor que dió una vuelta junto a los dos combatientes. De haberse unido a Diente Roto, pronto habría cesado la resistencia de Kazán, pero el castor no tenía razón alguna para seguir reteniendo a Kazán ; no era vengativo ni sentía sed de sangre o deseo de matanza. Observando que él estaba libre y que el extraño enemigo que por dos veces lo había atacado no podía inferirle daño alguno, abrió la boca. Kazán no perdió un instante y cuando llegó a la superficie del agua estaba a punto de asfixiarse. Casi ahogado, logró apoyar las patas delanteras sobre una ramita que se elevaba sobre el dique. Esto le dió tiempo para llenarse los pulmones de aire y toser con fuerza a fin de expulsar el agua que por poco acaba con su existencia. Por espacio de diez minutos permaneció apoyado en la rama, recobrando las fuerzas, antes de atreverse a emprender, nadando, el regreso a tierra. Y al lle-

gar a la orilla salió arrastrándose. Toda su fuerza lo había abandonado y le temblaba el cuerpo. La mandíbula inferior estaba colgante y se sentía completamente derrotado por un animal que ni siquiera tenía colmillos. Tal cosa lo humilló, y mojado y casi arrastrándose, se acercó a la guarida, se tendió al sol y esperó a Loba Gris.

Siguieron días en que el deseo de destruir a todos los castores fué para Kazán la mayor pasión de su vida. En cuanto a la presa, cada día era más formidable. El trabajo de relleno con cemento era realizado por los castores en el agua con seguridad y rapidez. El agua se levantaba cada vez a mayor altura y el pantano se ensanchaba en la misma proporción. El agua llenaba ya la depresión que rodeaba la guarida y dentro de una o dos semanas, si los castores continuaban su trabajo, la vivienda de Kazán y de Loba Gris no sería más que un islote en el centro de una enorme extensión de agua.

A la sazón Kazán salía de cacería, pero solamente para comer y no por placer. Sin cesar esperaba la oportunidad favorable para arrojarse sobre los descuidados miembros de la tribu de Diente Roto. El tercer día después de la lucha en el agua, mató un enorme castor que se acercó demasiado a él, cuando estaba oculto en el matorral. El quinto día dos de los pequeños castores se acercaron a la depresión que

rodeaba la guardia y Kazán, que pudo cogerlos en agua poco profunda, los destrozó. Después de esto, los castores empezaron a trabajar solamente de noche, lo cual fué una ventaja para Kazán que era cazador nocturno. En las dos noches siguientes hizo dos nuevas muertes, de manera que, comprendiendo a los pequeñuelos, había matado ya siete castores. En esto llegó la nutria.

Nunca se había encontrado Diente Roto entre dos enemigos más terribles que los que ahora trataban de inferirle daño. En tierra Kazán era el amo a causa de su mayor rapidez, olfato más fino y práctica en ardides de lucha. En el agua la nutria era una amenaza más temible todavía. Era más ligera que los peces que devoraba ; sus dientes eran finos y agudos como agujas y su piel era tan resbaladiza que los castores no habrían podido sujetarla aunque lograran clavarle los dientes. La nutria, como el castor, no tenía afición a la sangre pero era el más temible destructor de castores del Norte, mucho más todavía que el hombre. Para ellos era algo así como una epidemia y precisamente para sus actos de destrucción elegía con preferencia el invierno. En aquellos días no asaltaba a los castores en sus viviendas de entrada subacuática, sino que hacía aquello que el hombre podría llevar a cabo solamente por medio de la dinamita, es decir, abrir una brecha en la presa.

El agua, entonces, se escapaba rápidamente por la abertura, se desplomaba la superficie del hielo y las casas de los castores quedaban fuera del agua. Entonces sobrevenía la muerte de estos por hambre y frío. Una vez fuera del agua que protegía sus madrigueras y con el pantano convertido en una masa caótica de hielo roto y a una temperatura de treinta o cuarenta grados bajo cero, morían a las pocas horas, porque el castor, a pesar de su gruesa piel, puede resistir el frío mucho menos que el hombre. Para él es absolutamente necesario que el agua rodee su casa durante el invierno, de la misma manera que para un niño es necesario el calor del fuego.

Pero a la sazón era verano y Diente Roto y su colonia no tenían mucho miedo a la nutria. Costaríales algún trabajo reparar los daños que causara, pero nada más. Durante dos días, la nutria rondó por los alrededores de la presa y por el agua profunda del pantano. Kazán la tomó por un castor y en vano trató de cogerla. La nutria miró a Kazán con desconfianza y procuró no encontrarse en su camino. Ninguno de los dos sabía que el otro era un aliado. Mientras tanto, los castores continuaban trabajando con mucha precaución. El agua en el pantano habíase elevado hasta un punto propicio para que los pequeños ingenieros pudiesen empezar la construcción de tres viviendas. Y al tercer día empezó a obrar el instinto destructor de la nutria. Comenzó por examinar la presa cerca de sus cimientos y no tardó en encontrar un punto débil para trabajar en él. Entonces, con sus agudos dientes y su cónica cabeza, empezó sus operaciones de perforación. Centímetro a centímetro se abrió un paso a través del muro del dique, royendo las maderas y la argamasa, y así practicó un agujero redondo de quince centímetros de diámetro, logrando en seis horas atravesar el grueso de un metro y medio que tenía la base de la presa.

Desde el pantano se precipitó por aquella abertura un verdadero torrente de agua, como si lo impulsara una bomba hidráulica. Kazán y Loba Gris, en aquel momento, estaban ocultos en el matorral que se hallaba situado en la parte Sur del dique. Oyeron el ruido del agua al precipitarse por la abertura y Kazán vió cómo la nutria se subía sobre el dique y allí se sacudía el agua como una enorme rata acuática. A los treinta minutos había ya bajado de un modo perceptible el nivel del pantano y la misma fuerza del agua que se escapaba corriente abajo, aumentaba el tamaño del agujero. Media hora más tarde, los cimientos de las tres viviendas construídas a diez centímetros de profundidad, estaban ya al aire. Diente Roto no se alarmó al principio, pero cuando vió que el agua se retiraba de sus guaridas comprendió la

gravedad del caso. Sintióse presa de pánico y en breve todos los castores de la colonia acudieron a la presa. Nadaban apresuradamente de una a otra orilla, sin hacer caso del peligro que pudieran correr. Diente Roto y los castores más viejos se encaminaron hacia la nutria, la que dando un grito se hundió en el agua, entre ellos, y logró escapar por una orilla del pantano. El agua había descendido a la mitad de su anterior altura antes de que Diente Roto y sus obreros pudieran descubrir la abertura en el muro de la presa. Inmediatamente empezaron el trabajo de reparación. Para ello se precisaban ramas y maleza de gran tamaño y a fin de reunir este material los castores se veían obligados a arrastrar sus gruesos cuerpos a través de diez o quince metros de agua enlodada. Pero el peligro de ser atacados por Kazán o por Loba Gris no los retuvo, pues el instinto les dijo que estaban luchando entonces por la existencia, y que si la abertura no era tapada en seguida para conservar el agua en el pantano, se verían a merced de sus enemigos. Aquél fué un día de matanza para Kazán y para Loba Gris. Mataron dos castores más en el lodo, cerca del matorral que tantas veces les sirviera de escondrijo. Luego cruzaron el arroyo más abajo de la presa y cortaron la retirada a tres castores que estaban en la depresión situada detrás de la guarida. No hubo escapatoria posible para aquellos

tres desgraciados y fueron materialmente destrozados. Poco después Kazán sorprendió a un castor joven corriente arriba y también le dió muerte.

Hacia el atardecer terminó la matanza. Diente Roto y sus valientes ingenieros lograron tapar perfectamente el agujero y empezó a subir el nivel del agua en el pantano.

A cosa de setecientos metros corriente arriba estaba la nutria tendida en un tronco caído y tomando los últimos rayos de sol. Al día siguiente se proponía volver a la presa y continuar su trabajo de destrucción. Este era su método y el practicarlo le divertía extraordinariamente.

Pero el extraño e invisible árbitro de los bosques, llamado «O-se-ki, el Espíritu» por los que hablan la lengua salvaje, miró, por fin, compasivamente a Diente Roto y a su amenazada tribu, porque en aquellos momentos en que el sol lanzaba sus últimos resplandores, Kazán y Loba Gris tomaron el camino corriente arriba, para encontrar a la nutria que, medio dormida, recibía los dorados rayos solares.

El trabajo del día, la plenitud de su estómago y el calor del sol, todo se combinó para hacer dormitar a la nutria. Estaba tan inmóvil como el tronco en que se había tendido. Era un animal enorme, gris y viejo. Llevaba diez años viviendo y probando su astucia, muy su-

perior a la del hombre, pues aunque se prepararon múltiples trampas para ella, la vieja nutria había sabido eludir sus mandíbulas de hierro. El rastro que dejaba en el lodo daba a entender claramente cuál era su tamaño y algunos cazadores pudieron verla. Su suave piel habría ido a parar a París, Londres o Berlín porque era una piel digna de una princesa o de una emperatriz, pero la nutria se salvó merced a su astucia.

Ahora era verano, y ningún cazador la habría perseguido, porque a la sazón su piel no tenía ningún valor. Y la naturaleza y el instinto así lo daban a entender a la nutria, de manera que no temía al hombre, y mucho menos entonces, que no había ninguno a quien temer. Por eso estaba dormida sobre el tronco, sin cuidarse de nada y gozando del sueño y del calor del sol.

Andando sin ruido y buscando todavía rastros de los animales que habían invadido sus dominios, Kazán avanzaba a lo largo del arroyo, seguido por Loba Gris. No hacían el más pequeño ruido y el viento soplaba en su favor, llevando varios olores a sus olfatos y entre ellos el de la nutria. Para Kazán y su compañera aquél era el olor de un animal acuático, olor rancio y parecido al de los peces, y lo confundieron con el de los castores. Avanzaron con mayores precauciones y, viendo Kazán a la

nutria dormida sobre el madero, se apresuró a avisar a Loba Gris. Esta se detuvo levantando la cabeza mientras Kazán seguía avanzando. La nutria se revolvió intranquila, pues estaba oscureciendo y los rayos del sol habíanse desvanecido en aquel lugar. Más allá, en el bosque, un buho daba la bienvenida a la noche, y la nutria respiró profundamente. Luego movió su hocico y estaba ya completamente despierta cuando Kazán saltó sobre ella. Cara a cara, en noble lucha, la vieja nutria habría dado buena muestra de su valor, pero entonces no se le ofreció oportunidad de hacerlo. Por primera vez en su vida el Espíritu de la selva fué su peor enemigo. No era el hombre, sino «O-se-ki, el Espíritu», quien había dejado caer su mano sobre ella. Y siendo así, no había manera de escapar. Los dientes de Kazán se clavaron en su cuello y le partieron la yugular, de manera que la nutria murió acaso sin saber ni siquiera quién la había atacado. Y murió rápidamente. Kazán y Loba Gris continuaron su camino, en busca de nuevos enemigos que matar y sin advertir que en la nutria había muerto al único aliado capaz de echar a los castores del nuevo dominio que habían elegido.

Los días que sigueiron fueron a cual más desconsolador para Kazán y Loba Gris. Una vez desaparecida la nutria, Diente Roto y su tribu triunfaban por completo. Cada día subía

el agua un poquito más y rodeaba más estrechamente la pequeña eminencia en que se hallaba la guarida. A mediados de julio sólo quedaba una estrecha faja de terreno seco que permitía el acceso a la guarida. Los castores, gracias al agua profunda, podían ya trabajar sin ser molestados. El agua crecía continuamente, hasta que llegó el día en que también cubrió el caminito. Kazán y Loba Gris pasaron por última vez por él, alejándose de su guarida, y siguieron corriente arriba. El arroyo tenía ya para ellos un nuevo significado ; y mientras andaban, iban husmeando con el mayor cuidado y escuchando los ruidos que llegaban hasta ellos, con un interés que nunca había conocido hasta entonces. Era un interés en el que había algo de miedo, porque en la manera como fueron derrotados por los castores Kazán y Loba Gris, recordaron al hombre. Y aquella noche, cuando, a la luz de la brillante luna, llegaron a oler la colonia de castores que Diente Roto abandonara, los dos se volvieron hacia el Norte, en dirección a la llanura. Así fué cómo el valiente y viejo Diente Roto les enseñó a respetar el trabajo de su tribu.

Capítulo XX — *La captura*

En los meses de julio y agosto del año 1911 hubo grandes incendios en el Norte. El terreno pantanoso donde Kazán y Loba Gris tenían su guarida y la llanura entre las dos montañas habían escapado a los mares de devastadoras llamas ; pero ahora, al continuar la pareja sus errantes aventuras, no transcurrió mucho tiempo sin que sus patas se pusieran en contacto con las extensiones llenas de carbón y ceniza, obra de los incendios que tan de cerca siguieron a la epidemia y al hambre del invierno anterior. En su humillación y derrota, después de haber sido arrojados de su guarida por los castores, Kazán llevó a su ciega compañera hacia el Sur. Treinta kilómetros más allá se encontraron en la región de los bosques destruídos por el fuego. Los vientos procedentes de la Bahía de Hudson habían empujado las llamas hacia el Oeste y por donde ellas pasaron no dejaron un vestigio de vida ni una faja de vegetación. Loba Gris no podía ver la desolación del mundo que atravesaba, pero en cambio la *sentía*. Recordó el fuego que hubo después de la tragedia de la Ro-

ca del Sol, y sus maravillosos intintos, aguzados y desarrollados por la ceguera, le dieron a entender que hacia el Norte y no al Sur, estaban los terrenos de caza que andaban buscando. La sangre de perro que corría por las venas de Kazán lo impulsaba hacia el Sur, no porque buscara al hombre, pues de éste era tan mortal enemigo como la misma Loba Gris, sino porque obedecía a su instinto de perro de dirigirse hacia el Sur, así como ante el fuego su instinto de lobo le impelía a encaminarse al Norte. Al terminar el tercer día venció Loba Gris, pues desandando lo que habían recorrido, torcieron hacia el Noroeste, hacia la región de Athabasca, emprendiendo un camino que los llevaría finalmente a las fuentes del río Mac Farlane.

A últimos del otoño anterior un buscador de oro llegó a Fort Smith, en el río Slave, con una botella llena de polvo de oro y pepitas. Había hecho el hallazgo en el Mac Farlane. Los primeros correos llevaron la noticia a las regiones civilizadas y a mediados de invierno la primera horda de buscadores de oro se precipitaron sobre el país en trineos o calzados de raquetas de nieve. Se encontraron rápidamente yacimientos de oro. El Mac Farlane era rico en pepitas de oro y numerosos mineros denunciaron sus pertenencias y empezaron a trabajar. Los últimos en llegar buscaron en nuevos campos si-

tuados más al Norte y al Este, y al Fort Smith llegaron rumores acerca de filones mucho más ricos que los de Yukon. Al principio una veintena de hombres, luego un centenar, quinientos y hasta un millar, acudieron a la nueva región. Muchos de estos procedían de las praderas del Sur y de los placeres de Saskatchewan y el Frazer. Desde el lejano Norte, siguiendo el Mackenzie y el Liard, llegó cierto número de buscadores de oro veteranos y algunos aventureros del Yukon, gente que ya sabía lo que era pasar hambre y frío, y morirse poco a poco.

Uno de los últimos en llegar fué Sandy Mac Trigger, el cual tenía varias razones para marcharse del Yukón. Estaba en malas relaciones con la policía que recorría el país al Oeste de la ciudad de Dawson, y apurado como estaba, tenía necesidad de alejarse. A pesar de estos hechos era uno de los mejores buscadores de oro que siguiera las orillas del Klondike. Había hecho descubrimientos importantes que valieron uno o dos millones, pero lo perdió todo bebiendo y jugando. Era muy astuto y listo, y ni tenía conciencia ni conocía el miedo. La brutalidad era el rasgo que más claramente expresaba su semblante. Su mandíbula inferior prominente, los abiertos ojos, la frente estrecha y los revueltos mechones de cabello rojo lo designaban en seguida como hombre de

quien se debía desconfiar. Se sospechaba que había dado muerte a dos personas y que robó a otras ; pero la misma policía no pudo encontrar pruebas de cargo suficientes. Sin embargo, a pesar de todas estas malas cualidades, Sandy Mac Trigger tenía un valor frío y temerario que hasta sus peores enemigos se veían obligados a admirar, y también ciertas profundidades mentales que no expresaban sus desagradables facciones.

A los seis meses, una ciudad, Red Gold City (1) había brotado en las márgenes del río Mac Farlane, a doscientos kilómetros del Fuerte Smith, el cual se hallaba a setecientos kilómetros de las regiones civilizadas. Al llegar Sandy, observó la abigarrada colección de barracas, casas de juego y salones de reunión de la nueva ciudad y comprendió que la ocasión no era favorable todavía para realizar uno de los proyectos que llevaba estudiados. Jugó un poco y ganó lo suficiente para comprar víveres y medio equipo. Un detalle de este equipo era un rifle que se cargaba por la boca, y Sandy, que siempre había usado los últimos modelos de las armas de fuego, se rió al verlo. Pero era lo mejor que le permitían adquirir sus recursos. Se dirigió hacia el Sur, remontando el Mac Farlane. Más allá de cierto

(1) La ciudad del oro rojo.

punto, los buscadores de oro no habían hallado el precioso metal, pero Sandy prosiguió su camino y hasta que no estuvo a bastante distancia no empezó a buscar. Remontó el curso de un pequeño río tributario cuyas fuentes estaban cien kilómetros hacia el Sudeste. De vez en cuando encontraba algunas muestras de oro, pero no más de lo suficiente para ganar de seis a ocho dólares por día y ello le causó profundo disgusto. Siguió corriente arriba por espacio de algunas semanas, pero cada vez era más pequeña la cantidad de oro que encontraba. Por fin, sólo muy de tarde en tarde encontraba algo y en poquísima cantidad. En tales ocasiones Sandy se convertía en un hombre que hubiera sido peligroso de hallarse en compañía de otras personas, pero si estaba solo era inofensivo.

Una tarde acercó su canoa a una estrecha faja de arena. Era un recodo del río, que allí se ensanchaba y hacia él se dirigió con la esperanza de encontrar algo. Se había inclinado sobre la arena, para examinarla, cuando llamaron su atención unas huellas que descubrió en ella. Dos animales, uno al lado del otro, habían estado allí bebiendo. Las huellas eran muy recientes, tal vez de una hora antes. Brillaron los ojos de Sandy y miró curiosamente en todas direcciones, murmurando :

—Lobos. Me gustaría poder largarles un tiro con este rifle.

A unos quinientos metros Loba Gris sorpendió el temido olor del hombre y avisó a Kazán con un largo aullido que llegó a oídos de Sandy Mac Trigger. Este desembarcó en el acto, cargó de nuevo su rifle y se metió tierra adentro.

Durante una semana Kazán y Loba Gris habían estado vagabundeando por las fuentes del Mac Farlane, y aquella era la primera vez, desde el invierno anterior, que Loba Gris sorprendía el olor del hombre en el aire. Cuando el viento le llevó este olor estaba sola, pues Kazán la había dejado para cazar un conejo. Primero oyó el ruido de los remos de Mac Trigger al golpear el agua, y el olor llegó casi en seguida a su olfato. Cinco minutos después de su aviso, Kazán estaba ya a su lado, jadeando a causa de la carrera. Sandy, que había cazado zorros árticos, seguía ahora la táctica esquimal que consiste en describir un semicírculo hasta que el cazador se sitúa de cara al viento. Kazán sorprendió en el aire el olor del hombre y se le erizaron los pelos del espinazo. Pero Loba Gris era mucho más lista que las pequeñas zorras de enrojecidos ojos del Norte. Su hocico señalaba exactamente los movimientos del hombre y en cuanto advirtió que el viento no le acarreaba el olor de Sandy, gimió y se frotó contra

Kazán, trotando luego algunos pasos hacia el Sudoeste.

En ocasiones como aquella Kazán pocas veces se negaba a dejarse guiar por ella. Se alejaron uno al lado del otro y mientras tanto Sandy Mac Trigger se arrastraba como una serpiente cara al viento. Kazán observaba, a través de un matorral, la canoa varada en la faja de arena. Cuando regresó Mac Trigger, después de una hora de inútil acecho, observó, lleno de estupor, dos huellas recientes que se dirigían hasta casi la canoa. Gruñó, hizo una mueca y luego, buscando en su petate, sacó una bolsa de goma y de ella una botella fuertemente tapada que contenía algunas cápsulas gelatinosas de estricnina. En cada una de estas cápsulas había cinco gramos del veneno. Se tenían fundadas sospechas de que Mac Trigger ensayó el efecto de una de estas cápsulas, dejándola caer en la taza de café que ofreció a un amigo, pero la policía no pudo probarlo nunca. Sandy era experto en el uso de los venenos. Probablemente había matado un millar de zorras y se reía silenciosamente mientras contaba una docena de aquellas cápsulas y se prometía acabar en breve con aquellos dos lobos. Dos o tres días antes había matado un reno y envolvió cada una de las cápsulas en grasa de dicho animal, valiéndose de unas ramitas para no tocar el cebo con las manos.

A la puesta del sol fué a poner el cebo envenenado, que en su mayor parte dejó en los matorrales, y luego regresó al arroyo y guisó la cena.

A la mañana siguiente se levantó temprano y fué a visitar los cebos. El primero no había sido tocado y el segundo tampoco, pero el tercero no estaba, circunstancia que le causó la mayor alegría, dándole la seguridad de que en un radio de trescientos metros encontraría a la víctima. Pero al fijarse mejor observó que el cebo estaba debajo de unas ramitas, y no había sido tocado tampoco. Mac Trigger no sabía que se las había con un animal cuyos sentidos estaban extraordinariamente afinados por la ceguera, y no podía comprender lo que sucedía, pues nunca le ocurrió cosa semejante. Si una zorra o lobo llegaba a tocar los cebos, era indudable que se los comería. Sandy examinó los otros cebos y vió que estaban sin tocar. Varios estaban destrozados y el polvo blanco desparramado por el suelo. No le cupo duda de que los autores de ello eran Kazán y Loba Gris, porque encontró fácilmente sus huellas en diferentes sitios. El malhumor acumulado durante semanas enteras de fracaso hizo explosión al fin y Mac Trigger maldijo de su mala suerte y consideró que lo mejor que podía hacer era regresar a Red Gold City. Por la mañana, temprano, botó la canoa en el río y empezó a descender por la corriente. Dejaba que ésta lo

arrastrara y solamente usaba el remo para evitar choques contra las orillas. Estaba cómodamente sentado, con la espalda reclinada, y el viejo rifle entre las rodillas. El viento le daba de cara y Mac Trigger observaba con la mayor atención por si descubría alguna pieza de caza.

Por la tarde, cerca del crepúsculo, Kazán y Loba Gris se acercaron a un banco de arena situado en el arroyo, a ocho o diez kilómetros más abajo. Kazán bebía tranquilamente el agua fría cuando apareció Sandy en su canoa, la que se deslizaba sin hacer ruido, a menos de cien metros de distancia. Si el viento hubiese sido favorable o Sandy hubiera usado el remo, Loba Gris habría advertido el peligro, pero fué el ruido metálico del cierre del viejo rifle lo primero que llamó su atención. Loba Gris se estremeció al advertir cuán cerca estaba el enemigo y Kazán, que oyó el ruido, cesó de beber para mirar. En aquel momento Sandy apretó el gatillo. Inmediatamente salió humo del extremo del cañón, resonó un estampido y Kazán sintió como si una corriente de fuego pasara con la rapidez del rayo por su cerebro. Cayó hacia atrás, pues las piernas se negaron a sostenerle, y se quedó en el suelo convertido en una masa inmóvil. Loba Gris, al oir el disparo, se apresuró a huir a la maleza y, como era ciega y no vió caer a Kazán, en cuanto es-

tuvo a quinientos metros de distancia, se detuvo para esperarlo.

Sandy Mac Trigger acercó su canoa al banco de arena, dando un grito de triunfo.

—¡Te cogí, maldito! ¡Te cogí!—exclamó—. ¡Y si hubiese tenido otro tiro en esta antigualla, también habría matado a tu compañero!

Con el cañón de su arma levantó la cabeza de Kazán. Entonces la satisfacción que se pintaba en su cara se trocó en el asombro más extraordinario. Acababa de ver el collar que llevaba Kazán.

—¡Demonio!—exclamó—. No es un lobo. ¡*Es un perro*!

Capítulo XXI *El método de Mac Trigger*

Mac Trigger se dejó caer de rodillas sobre la arena. La expresión de triunfo había desaparecido de su semblante. Dió vuelta al collar sobre el inanimado cuello del perro hasta que apareció la desgastada placa, sobre la cual pudo distinguir las letras casi borradas: K-A-Z-A-N. Cuando deletreó el nombre, el aspecto de su rostro fué el de quien no se atreve a creer en lo que está viendo.

—¡Un perro!—exclamó de nuevo—. ¡Un perro, Sandy Mac Trigger, y además, de raza estupenda!

Se puso en pie y miró nuevamente a su víctima. De los hocicos de Kazán brotaba un hilillo de sangre que enrojecía la arena; Sandy se inclinó otra vez para examinar la herida de la bala. El examen le causó contento, pues vió que el perro estaba herido muy levemente, ya que la gruesa bala le rozó tan sólo el cráneo, sin romperlo, de manera que el animal tenía únicamente una fuerte contusión que lo hizo caer sin sentido al suelo.

Al principio Sandy se figuró que los movi-

mientos, en apariencia espasmódicos, de la espalda y las patas de Kazán eran los de la agonía, pero no era así, pues a los pocos instantes recobraría nuevamente el sentido. Sandy era inteligente en perros, en perros de trineo, se entiende, pues entre ellos pasó casi las dos terceras partes de su vida. De una mirada podía adivinar la edad, el precio y gran parte de la historia de un can. En la nieve sabía distinguir las huellas de un perro de Mackenzie de las de un Malemute, y las de un Esquimal de las de un Yukón. Miró los pies de Kazán y, observando que eran característicos de lobo, profiirió una exclamación de contento. Kazán tenía sangre salvaje en las venas, era grande y fuerte, y Sandy pensó en el invierno siguiente y en los altos precios que los perros alcanzarían en Red Gold City. Yendo entonces hacia la canoa volvió con un rollo de gruesa correa de piel de alce. Sentóse ante Kazán y empezó a atarle el hocico de manera que quedara sujeto como por un bozal, y luego ató sólidamente la cuerda a su cuello. Hecho esto, ató al collar del animal una gruesa correa y, retrocediendo, esperó a que Kazán recobrara el sentido.

Cuando el perro levantó la cabeza no veía aún, porque ante sus ojos parecía haber un velo de color de sangre, pero pronto desapareció este velo y vió al hombre. Su primer deseo fué

el de ponerse en pie, mas se cayó tres veces antes de conseguirlo. Sandy estaba a dos metros de distancia, sujetando el extremo de la cuerda, y entonces Kazán contrajo los labios para enseñar los dientes. Gruñó y se le erizaron los pelos del espinazo. El hombre se apresuró a ponerse en pie.

—Me parece adivinar lo que te figuras—dijo—. Ya he tenido perros como tú. Los malditos lobos te han hecho malo y necesitas un poco de jarabe de palo antes de ser lo que debes. Ahora, mira aquí...

Sandy había tenido la precaución de traerse de la lancha un palo juntamente con la correa. Lo cogió del suelo, mientras Kazán recobraba toda su fuerza. Ya no estaba atontado y la niebla roja se desvaneció ante sus ojos. Veía nuevamente a su enemigo de siempre : el hombre... el hombre y el garrote. Instantáneamente se sintió animado de su salvaje ferocidad. Sin razonar, sabía que Loba Gris se había marchado y que el hombre que tenía delante era el culpable de su marcha. Sabía también que aquel hombre le había hecho el daño que sufriera y lo mismo que lo atribuía al hombre, lo adjudicaba también al palo. En su nueva comprensión de las cosas, debida a la libertad y a la compañía de Loba Gris, el hombre y el palo eran inseparables. Dando un gruñido que más parecía rugido, saltó sobre el hombre. Sandy

no esperaba este salto directo y antes de que pudiera levantar el garrote o echarse a un lado, el perro chocó contra su pecho. El bozal que Mac Trigger pusiera en el hocico del perro le salvó de una muerte cierta, porque los dientes de éste le habrían abierto el cuello, pero bajo el peso del cuerpo del animal, cayó de espalda, como si le hubiese tocado la piedra disparada por una catapulta.

Con la agilidad de un gato se puso nuevamente en pie, con el extremo de la cuerda varias veces arrollado a su muñeca. Kazán volvió a saltar, pero esta vez se encontró con un rápido golpe del garrote que le dió en la espalda y lo tumbó al suelo de costado. Y antes de que pudiera rehacerse, Sandy se echó sobre él con la furia de un loco. Acortó la correa arrollándola más aún a su mano y el garrote se levantó y se desplomó con la habilidad y fuerza propias de un hombre acostumbrado a usarlo. Los primeros golpes sirvieron tan sólo para enfurecer más a Kazán y para hacerlo más atrevido en sus ataques contra el enemigo, pero el garrote caía sobre él con fuerza tal, que amenazaba romper sus huesos. Había en los ojos de Sandy una mirada cruel y en su boca un rictus de maldad. Nunca había visto perro semejante a aquél y aun con la defensa del bozal le daba algún cuidado la fiereza de Kazán.

Este habría hundido tres veces sus dientes en el cuerpo de Sandy, a no ser por el bozal.

En cuanto se le ocurrió tal idea, Sandy dió un furioso garrotazo al perro en la cabeza, y el perro cayó otra vez inanimado al suelo. Sandy jadeaba fatigado por el esfuerzo de la pelea y hasta que soltó el palo no se dió cuenta de lo empeñada que había sido la lucha.

Antes de que Kazán se repusiera del golpe que lo había atontado, Sandy examinó el bozal y lo reforzó con otra correa. Entonces arrastró al perro hasta un tronco que la corriente dejara en una crecida, en la orilla, a poca distancia, y allí ató la correa. Luego arrastró la canoa hasta la orilla y empezó los preparativos para acampar.

Durante algunos minutos después de recobrar el sentido, Kazán permaneció inmóvil, vigilando a Sandy Mac Trigger. Le dolían todos los huesos del cuerpo. Las mandíbulas estaban heridas por la cuerda y ensangrentadas por los garrotazos, y además tenía el labio superior casi destrozado de un golpe y un ojo cerrado por la misma causa. Sandy se acercó, complacido del resultado de la paliza, pero no sin empuñar el garrote por lo que pudiera pasar. La tercera vez, empujó al perro con el palo y el animal gruñó, tratando de morderlo. Eso era lo que deseaba Mac Trigger, pues era uno de los ardides del domador de perros.

Intantáneamente volvió a hacer uso del garrote, y continuó pegando hasta que Kazán, dando un gemido, buscó protección en el tronco de árbol al cual estaba atado.

Habían sido tan formidables las palizas recibidas, que apenas podía arrastrarse. Tenía una pata delantera casi deshecha y no se podía sostener sobre sus ancas. Y por espacio de un cuarto de hora después de la segunda paliza, no habría podido huir aun estando libre.

Sandy estaba de excelente humor, cosa en él no acostumbrada.

—Te voy a quitar el diablo del cuerpo—dijo a Kazán por vigésima vez—. No hay nada como el palo para educar a los perros. Dentro de un mes valdrás dos cientos dólares o te despellejo vivo.

Antes de que obscureciera aún trató Sandy tres o cuatro veces más de suscitar la animosidad de Kazán, pero en éste ya no existía el menor deseo de pelear. Las dos tremendas palizas y la contusión de la cabeza causada por la bala lo habían puesto, realmente, enfermo. Estaba echado y con la cabeza entre las dos patas anteriores. Como tenía los ojos cerrados no veía a Mac Trigger. No hizo el menor caso de la carne que le echó bajo la nariz y ni se dió cuenta siquiera de cuándo se puso el sol y llegó la noche. Mas, por fin, algo lo sacó de su estupor: a su atontado y enfermo cerebro llegó el

recuerdo del pasado lejano y levantó la cabeza y escuchó. En la arena, Sandy Mac Trigger había encendido una hoguera que lo alumbraba con sus rojos resplendores mientras miraba a las tinieblas que había más allá del arroyo. También él escuchaba y lo que despertó a Kazán volvió a oirse. Era el aullido triste y quejumbroso de Loba Gris en la llanura.

Dando un gemido, Kazán se puso en pie, tirando de la cuerda, pero Sandy empuñó el garrote y se acercó a él.

—¡Echate, animal!—ordenó.

Y levantó el palo, y lo volvió a dejar caer sobre los lomos de Kazán. Cuando hubo terminado, echó el garrote al lado de las mantas que había tendido en el suelo, a guisa de cama, pero el palo tenía ya otro aspecto, pues estaba cubierto de pelos y de sangre.

—No te quepa duda de que te voy a sacar el demonio del cuerpo—dijo—. Lo haré o te mataré.

Durante aquella noche Kazán oyó varias veces la llamada de Loba Gris, pero él sólo se atrevió a gemir suavemente, pues temía al palo. Observó el fuego hasta que se apagaron las últimas brasas y luego, cuidadosamente, se arrastró para alejarse del tronco. Dos o tres veces probó a ponerse en pie, pero no pudo lograrlo, pues se caía, no porque tuviera algún hueso roto, sino por el horrible dolor que sentía en

las patas cuando quería sostenerse sobre ellas. Estaba febril y durante la noche a sus dolores se agregó el sufrimiento de una sed horrible. Cuando, a la aurora, Sandy salió de entre sus mantas, le dió carne y agua, y el perro bebió, pero no comió nada. El hombre observó satisfecho el cambio. Cuando hubo salido el sol, Sandy había ya desayunado y estaba dispuesto a partir. Se acercó entonces a Kazán, sin miedo alguno y sin llevar el palo. Lo desató del tronco y lo arrastró hasta la canoa, en cuya popa ató la correa, riéndose silenciosamente al pensar en lo que iba a hacer, pues en el Yukón había aprendido a domar a los perros más fieros.

Empujó la embarcación al agua, la proa por delante, y luego, por medio de un remo, llevó a Kazán a la orilla, de manera que a los pocos instantes las patas delanteras del perro estaban en contacto con la corriente. Por espacio de unos instantes Sandy dejó floja la cuerda que sujetaba al perro y luego, con repentino empuje hizo entrar a Kazán en el agua. Inmediatamente lanzó la canoa hacia el centro y empezó a remar de manera que la cuerda que sujetaba al perro tirase del cuello de éste. Y así, a pesar de sus contusiones y heridas, Kazán se vió obligado a nadar para conservar la cabeza fuera del agua. Y como los golpes del remo de Sandy iban siendo más vigorosos, la

situación del pobre animal era cada vez más peligrosa y le causaba mayores torturas. A veces su peluda cabeza se veía completamente sumergida. Otras veces Sandy esperaba a que el perro nadase al lado de la barca y entonces, con el remo, le hundía nuevamente. El pobre Kazán sentíase a cada momento más débil y cuando apenas habían recorrido un kilómetro se estaba ahogando. Entonces fué cuando Sandy lo recogió a bordo y le permitió echarse en la canoa. Kazán cayó sobre las tablas pudiendo respirar apenas. Pese a lo brutal del método de Sandy, era preciso reconocer que había logrado su objeto, porque Kazán no tenía el más pequeño deseo de luchar, ni siquiera para conquistar la libertad. Sabía que aquel hombre era su amo y por el momento había perdido completamente el ánimo. Todo lo que por entonces deseaba, era estar echado en el fondo de la canoa, fuera del alcance del garrote y alejado del agua. El palo estaba entre él y Sandy y su extremo se hallaba a medio metro de su nariz, permitiéndole oler su propia sangre, de la que estaba manchado.

Durante cinco días y cinco noches continuaron el viaje río abajo y Mac Trigger continuó el sistema educativo de Kazán, dándole tres palizas más y alguno que otro chapuzón. En la mañana del sexto día llegaron a Red Gold City y Mac Trigger armó su tienda junto al río.

Halló en alguna parte una cadena para Kazán y después de atarlo con firmeza en la parte porterior de la tienda, cortó la correa que le impedía abrir la boca.

—No podrías comer con bozal—dijo a su preso—. Y quiero que vuelvas a ser fuerte otra vez y tan fiero como un demonio. He tenido una idea, una idea excelente. Vas a ver cómo me lleno los bolsillos de polvo de oro. Otra vez ya hice lo mismo y ahora lo repetiré.

Después de esto, ofreció dos veces al día carne cruda a su prisionero, el cual recobró prontamente el ánimo. Atenuóse el dolor de sus miembros y se curaron las heridas de su boca. Y a partir del cuarto día, cada vez que se le acercaba Sandy para darle carne, lo recibía con un gruñido de muy mal agüero, pero su amo ya no le pegaba. No le daba pescado, grasa ni harina, sino solamente carne cruda. Y para lograr las entrañas frescas de un reno, hacía a veces viajes de ocho o diez kilómetros. Un día Sandy llegó acompañado de otro hombre y cuando el desconocido dió un paso hacia Kazán, éste saltó repentinamente sobre él. El recién llegado dió a su vez un salto retrocediendo y mascullando una blasfemia.

—¡Ya lo creo que servirá!—exclamó—. Pesa, sin duda alguna, de cinco a siete kilos menos que el Danés, pero como tiene buenos dientes y mucha agilidad, hará una buena demostración antes de ser vencido.

—Te apuesto veinticinco por ciento de mi parte a que no es vencido—arguyó Sandy.

—Hecho—contestó el otro—. ¿Cuándo estará dispuesto?

Sandy se quedó un instante pensativo.

—Dentro de una semana—dijo—. No alcanzará su peso hasta entonces. De hoy en una semana, digamos. El próximo martes por la noche. ¿Te conviene, Harker?

Este contestó afirmativamente.

—El próximo martes por la noche—dijo—. Y apuesto la mitad de mi parte a que el Danés mata a tu perro lobo.

Sandy miró largamente a Kazán y contestó:

—No quiero ganarte la apuesta, porque estoy seguro de que no hay perro entre esta región y el Yukón capaz de matar al lobo.

Capítulo XXII — *El profesor Mac Gill*

Red Gold City estaba en la mejor época para una noche de esparcimiento. Había habido su poquito de juego, algunas peleas y derroche más que suficiente de licores para originar la excitación necesaria, pero la presencia de la policía montada contribuyó a que todo transcurriese por excepción mansamente, comparado con los sucesos ocurridos algunos centenares de kilómetros más al Norte, en la región de Dawson. La diversión organizada por Sandy Mac Trigger y Jan Harker fué acogida con entusiásmo extraordinario. La noticia se difundió por treinta kilómetros a la redonda de Red Gold City y no hubo nunca en la ciudad excitación semejante a la que reinó durante la tarde y la noche del combate. Ello se debía, en gran parte, a que Kazán y el enorme Danés habían sido expuestos a la admiración pública, cada uno en su jaula correspondiente, y empezó la fiebre de las apuestas. Trescientos hombres, cada uno de los cuales estaba dispuesto a pagar cinco dólares por presenciar la lucha, examinaban a los gladiadores a

través de los barrotes de sus jaulas. El perro de Harker era una combinación de danés y mastín, nacido en el Norte y educado en el tiro de trineos. Las apuestas lo favorecieron en la proporción de dos a uno y a veces llegaron a tres a uno. Los que apostaban su dinero por Kazán eran hombres acostumbrados a vivir en el desierto, que sabían lo que eran perros y que conocían muy bien el significado de la mancha roja en sus ojos. Un viejo minero de Kootenay, dijo en voz baja al oído de otro :

—He apostado por él porque tengo la seguridad de que vencerá al Danés. Este no sabe pelear.

—Pero lo aventaja en peso—objetó el otro—. Míralo bien.

—Sí, pero tiene el cuello blando y el vientre desarrollado—contestó el hombre de Kootenay—. Por lo que más quieras no apuestes por el Danés.

Otros partidarios tenía Kazán, el cual, al principio, gruñía enfurecido a los rostros que se aparecían delante de la jaula, pero luego dejó de hacerles caso y solamente de vez en cuando volvía los ojos a ellos, echado como estaba en la jaula, con la cabeza entre sus patas delanteras.

El combate debía efectuarse en el establecimiento de Harker, que era un poco salón de baile y de café. Los bancos y mesas habían si-

do retirados y en el centro se instaló una enorme jaula de tres metros y medio de lado, sobre una tarima de un metro de alto. Alrededor de ella se colocaron los asientos para los trescientos espectadores y casi encima de la jaula que no tenía techo, había colgadas dos enormes lámparas de petróleo.

Eran las ocho de la noche cuando Harker, Mac Trigger y otros dos hombres hicieron entrar a Kazán en el lugar del combate por medio de unas barras de madera. El Danés estaba ya en el recinto destinado a la lucha. Parpadeaba deslumbrado por la brillante luz de las lámparas y al ver a Kazán enderezó las orejas, pero el recién llegado no enseñó los dientes y en ninguno de los perros se advertía la menor señal de la esperada animosidad. Era la primera vez que se veían uno a otro y al advertir los espectadores la actitud pacífica de los animales, hubo un murmullo de disgusto. El Danés se quedó tan inmóvil como una roca cuando Kazán fué obligado a entrar en la jaula destinada a la lucha. No saltó ni gruñó, sino que se quedó mirando a Kazán en actitud interrogante y luego miró de nuevo a las ansiosas caras de los espectadores. Por espacio de unos instantes Kazán permaneció con las patas rígidas frente a frente del Danés. Luego abandonó su rigidez y también a su vez miró fríamente a la multitud que había esperado una

lucha a muerte. Una carcajada burlona recorrió las filas de los allí reunidos y en seguida se oyeron voces irónicas y gritos insultantes para Harker y Mac Trigger, reclamando el dinero de la entrada, y a cada momento crecía el descontento. El rostro de Sandy estaba rojo de ira y las azules venas de la frente de Harker habían adquirido un volumen doble del normal. Después, enseñando su cerrado puño a la multitud, gritó:

—¡Esperad! ¡Tened un poco de paciencia, estúpidos!

Estas palabras acallaron momentáneamente las protestas. Kazán se había vuelto, mientras tanto, y miraba a su enorme contrario, el cual también dirigía su atención hacia Kazán. Este se adelantó un poco, prudentemente, y preparado para el ataque. Los pelos de la espalda del Danés se erizaron y a su vez se acercó algo a Kazán, de manera que los dos estaban rígidos a un metro y medio de distancia. En aquellos instantes se habría oído volar una mosca en el gran salón. Sandy y Harker, que estaban junto a la jaula, apenas se atrevían a respirar, mientras los dos expléndidos animales, vencedores en cien luchas y valientes hasta la temeridad, se miraban uno a otro. Nadie pudo ver la interrogadora mirada en sus ojos de irracional y nadie sabía que en aquel emocionante momento la invisible mano del maravilloso es-

píritu de las selvas se interponía entre ellos y obraba el milagro de dotar a sus mentes de comprensión. De haberse encontrado en campo abierto, o si hubieran sido rivales en tiro de un trineo, no hay duda de que ya habrían empeñado tremenda batalla, pero en el lugar en que se hallaban, sintieron la llamada de la fraternidad. En el momento final, cuando solamente los separaba un paso y los hombres esperaban la terrible acometida, el espléndido Danés levantó lentamente la cabeza y por encima de la espalda de Kazán miró a las luces brillantes. Harker tembló y por lo bajo maldijo a su perro, pues su garganta quedaba expuesta a su contrario. Pero no había peligro alguno, pues entre los dos animales se había celebrado un silencioso tratado de paz. Kazán no saltó, sino que unió amistosamente su cuerpo al del Danés, y, magníficos ambos en su desdén hacia el hombre, miraban a través de los barrotes de su prisión a aquel mar de rostros humanos.

Un rugido salió de entre la multitud, rugido de cólera, de amenaza. En su rabia, Harker empuñó el revólver y apuntó al Danés, pero en aquel instante, dominando el tumulto de la multitud, lo hizo detenerse una voz que gritó:

—¡Alto! ¡Alto en nombre de la Ley!

Por un momento reinó el silencio y todos los rostros se volvieron hacia el que acababa de hablar. Detrás de la última fila había dos hombres, uno de los cuales era el Sargento Brokaw, de la Real Policía Montada del Noroeste, quien acababa de dar aquella orden. Tenía la mano derecha levantada, imponiendo el silencio y la atención. En la silla inmediata a la suya había otro hombre, delgado, con los hombros caídos y de pálido y liso rostro, un hombre pequeño cuyo aspecto físico y hundidas mejillas no daban a entender los muchos años que había pasado en el límite de las regiones árticas. Y este hombre habló mientras el sargento tenía la mano levantada. Su voz era baja y tranquila, y dijo:

—Doy quinientos dólares a los dueños de esos perros si quieren venderlos.

Todos los que estaban en el salón oyeron la oferta y Harker miró a Sandy. Por un instante se juntaron sus cabezas.

—No pelearán y, en cambio, serán dos excelentes perros de trineo—continuó diciendo el hombrecillo—. Doy a sus dueños quinientos dólares.

Harker levantó la mano, diciendo:

—Dé usted seiscientos y los vendemos.

El hombrecillo vaciló, pero luego hizo una señal de asentimiento.

—Daré seiscientos dólares—dijo.

Entre la turba de los espectadores surgió un coro de murmullos de descontento y Harker se subió sobre el extremo de la tarima.

—Nada se nos puede reprochar si no han querido pelearse—gritó—, pero si hay alguno de vosotros lo bastante miserable para reclamar el dinero de la entrada, se le dará a la salida. Los perros nos han engañado y eso es todo. Nada se nos puede recriminar.

El hombrecillo se abría paso por entre las sillas, acompañado por el sargento de policía. Y una vez estuvo ante la jaula miró de cerca a Kazán y al enorme Danés.

—Me parece que seremos buenos amigos—dijo en voz tan baja que solamente pudieron oirlo los perros—. Es un precio crecido, pero me resignaré, pues necesito un par de amigos de cuatro patas y de vuestra calidad.

Y nadie supo por qué Kazán y el Danés se acercaron al lado de la jaula en que estaba su nuevo dueño, cuando éste sacó un gran fajo de billetes y contó seiscientos dólares para Harker y Sandy Mac Trigger.

Capítulo XXIII — *Sola en las tinieblas*

Nunca el terror y la soledad de la ceguera agobiaron a Loba Gris como en los días que siguieron a la captura de Kazán por Sandy Mac Trigger. Horas después que éste hubo disparado contra el perro, ella se echó junto a un matorral que había más allá del río, esperando que Kazán se reuniese con ella. Tenía fe en que lo haría, como ocurriera antes en muchas ocasiones, y estaba echada sobre el vientre, olfateando el aire y gimiendo al no descubrir el olor de su macho. El día y la noche eran iguales para ella, un interminable caos de obscuridad, pero se daba muy buena cuenta de cuándo se ponía el sol. Sentía las primeras sombras de la tarde y sabía que habían salido ya las estrellas y que el río estaba alumbrado por la luz de la luna. Era una de esas noches que incitan a los lobos a vagar de una parte a otra, y poco rato después empezó a moverse intranquila y profirió su primera llamada a Kazán. Desde el río llegó el acre olor del humo e instintivamente comprendió que era el humo y la proximidad del hombre lo que retenía a Kazán alejado

de ella. Pero no se acercó por eso, porque la ceguera le había enseñado a esperar. Desde el día de la tragedia de la Roca del Sol, cuando el lince le destruyó los ojos, Kazán no la había abandonado. En la primera parte de aquella noche, lo llamó tres veces y en vista de que no contestaba, se acurrucó junto a un matorral y allí esperó hasta que fué de día.

Así como se daba cuenta de cuándo desaparecía el sol en el horizonte, de igual manera percibía, sin verla, la aparición del día. Y hasta que sintió el calor del sol en su espalda no venció su ansiedad a su prudencia. Lentamente se dirigió hacia el río, oliendo el aire y gimiendo. Ya no sentía en el aire el olor del humo, ni tampoco pudo descubrir el del hombre, y en vista de ello siguió su propio rastro hacia la barra de arena del río y, al abrigo de un matorral cercano, se detuvo y escuchó. Después de un momento se atrevió a avanzar y se dirigió al lugar en que estuvo bebiendo Kazán cuando recibió el balazo. Entonces descubrió el lugar manchado con la sangre de Kazán y supo que pertenecía a su macho porque el olor de éste se percibía aún en la arena, confundido con el de Mac Trigger. Olfateó el rastro de éste hasta la corriente, por la que se alejó Sandy en la canoa, y encontró el árbol caído a que estuvo atado Kazán. También pudo olfatear uno de los garrotes que Sandy usara para pegar al

perro y reducirlo a la sumisión. El palo estaba cubierto de sangre y pelos, y ello impresionó de tal manera a Loba Gris, que dejándose caer sobre sus ancas, levantó la cabeza y profirió un aullido dirigido a Kazán, que el viento se encargó de extender en muchos kilómetros a la redonda. Hasta entonces, nunca Loba Gris había aullado de aquella manera. No era la llamada que se oye en las noches de luna, ni el grito de caza o el aullido de la hembra que busca pareja. El aullido de Loba Gris llevaba consigo el lamento de la muerte. Y luego la loba se retiró nuevamente a su abrigo del matorral , en donde se echó, aunque con la cabeza vuelta hacia la corriente.

Extraño terror hizo presa en ella ; habíase acostumbrado a la obscuridad, pero nunca, hasta entonces, había estado *sola* en ella, pues siempre sintió a su alrededor la vigilante presencia de Kazán. A pocos pasos de distancia oyó el ruido que hacía una gallina silvestre, y le pareció proceder entonces de otro mundo desconocido. Un ratón corrió por encima de la hierba, a poca distancia de sus patas delanteras, y ella, al tratar de morderlo, cerró los dientes sobre una piedra. Los músculos de su espalda temblaban como si tuviera intenso frío. Estaba aterrada por la obscuridad que la incomunicaba con el mundo, y se frotó los ojos con una pata como si con ello hubiese podido

recobrar la vista. Por la tarde anduvo errante por la llanura, pero la encontró tan diferente de cuando iba acompañada de Kazán, que, asustada, se volvió en breve a la orilla de la corriente y se tendió bajo el árbol en que se cobijara Kazán. Allí no sentía tanto miedo, pues el olor de su macho la rodeaba. Por espacio de una hora permaneció quieta, con la cabeza apoyada en el palo manchado de la sangre y con pelos de él. La noche la encontró todavía allí y cuando salieron la luna y las estrellas, se volvió al hueco que el cuerpo de Kazán hiciera debajo del árbol.

A la aurora se llegó al agua para beber. No podía darse cuenta de que el día estaba casi tan obscuro como si fuese de noche y que el cielo gris obscuro era un caos tormentoso, pero pudo oler la presencia de la tempestad en el aire pesado y hasta sentir los rayos que atravesaban el cielo para caer al Sur y al Oeste. El distante rodar de los truenos se acentuó y ella volvió a cobijarse debajo del árbol. La tempestad duró cuatro horas. La lluvia se convirtió en diluvio y al terminar la tormenta Loba Gris estaba más atemorizada que nunca. En vano buscó de nuevo el olor de Kazán, pues no pudo encontrarlo ya. El mismo palo estaba limpio de sangre y de pelos y ni debajo del árbol había ya huellas de su macho.

Hasta entonces solamente había experimentado el miedo de hallarse sola, pero por la tarde sintió hambre. Y el hambre la hizo salir de la faja de arena y la llevó a la llanura, en donde por lo menos una docena de veces olfateó caza, pero siempre se le escapaba. Y hasta un ratón que logró acorralar debajo de una raiz logró evitarla.

Treinta y seis horas antes Kazán y ella dejaron a tres o cuatro kilómetros de distancia, en la llanura, los restos de la última pieza que cazaron. Era un enorme conejo, y Loba Gris partió en su busca, sin necesitar de la vista para salir airosa de su empeño, porque en ella estaba desarrollado hasta la perfección el sexto sentido de los animales, el de la orientación; así, pues, en línea recta se encaminó al lugar en que dejaran los restos del conejo. Pero la había precedido una zorra blanca, de modo que solamente encontró algunos huesos y trozos de piel esparcidos.

Aquella noche durmió nuevamente en donde Kazán estuvo echado y por tres veces lo llamó sin obtener respuesta. Cayó un denso rocío que acabó de diluir el leve olor de Kazán que pudiese quedar en el suelo, mas durante los dos días siguientes, Loba Gris permaneció junto a la faja de arena del arroyo. Al cuarto día su hambre llegó a ser tal que royó la corteza de los arbustos, pero poco después hizo un descubrimiento. Estaba bebiendo cuando su sen-

sible nariz tocó algo en el borde del agua que era suave y tenía ligero olor de carne. Era uno de los enormes moluscos de los ríos del Norte. Lo llevó a tierra con una pata, olió la dura concha y luego la trituró con los dientes. Nunca había comido carne más gustosa que la que halló dentro, por lo que se dedicó a buscar otros moluscos. Los encontró en abundancia y comió hasta saciar su apetito. Durante tres días más permaneció junto a la faja de arena y, en la noche del tercero, llegó hasta ella cierta llamada. Al oirla se puso a temblar, excitada, animada por nueva esperanza y, a la luz de la luna, comenzó a trotar nerviosamente por la arena, volviendo alternativamente la cara al Norte y al Sur y luego al Este y al Oeste, con la cabeza erguida y escuchando con la mayor atención, como si en el tranquilo aire de la noche quisiera adivinar la procedencia exacta de la voz maravillosa. Y lo que llegaba hasta ella procedía del Sudoeste. En aquella dirección, mucho más allá de los bosques del Norte, estaba su guarida. Y en aquella dirección era en la que su mente de bruto le decía que encontraría a Kazán. La llamada no procedía del lugar en que últimamente tuvieron su guarida, sino de mucho más allá y en su ceguera se le ofreció la visión mental de la Roca del Sol y de la senda que conducía a ella. Allí fué donde perdió la vista, donde acabó el día para ella y

empezó la noche eterna. Allí, también, nacieron sus primeros hijitos. La naturaleza había registrado de tal manera estos hechos en su mente, que nada podría borrarlos ; y cuando llegó la llamada tan esperada, procedía del mundo alumbrado por el sol, donde, por última vez, viera la luz del día y la luna y las estrellas en los cielos de las azuladas noches.

Y, contestando a aquella llamada, abandonó el río y el alimento y se encaminó hacia los lugares donde imperaba la oscuridad y el hambre, sin temer ya la muerte ni la vacuidad del mundo que no veía ; porque ante ella, a trescientos kilómetros de distancia, estaba la Roca del Sol, la senda que a ella conducía, el nido de sus hijitos entre dos rocas y... *Kazán.*

Capítulo XXIV El fin de Sandy Mac Trigger

A noventa kilómetros al Norte, Kazán estaba echado, atado a una fina cadena de acero, observando cómo el menudo profesor Mac Gill mezclaba en un cubo grasa y salvado. A cosa de doce metros más allá estaba el enorme Danés, relamiéndose anticipadamente al ver los preparativos del profesor. Dió muestras de contento cuando Mac Gill se acercó a él con parte de la mezcla, y cuando el perro tuvo llena de comida la enorme boca, el hombrecillo de los ojos azules y de pelo gris, le golpeó cariñosamente el lomo sin sentir miedo alguno. Su actitud fué distinta al acercarse a Kazán. Procedía con prudencia, aunque sonreía con los ojos y los labios, sin dar señales de tener miedo, si miedo podía llamarse a lo que sentía. El pequeño profesor, que se hallaba en el Norte por cuenta de la Institución Smithsoniana, había pasado entre perros la tercera parte de su vida. Los quería y los entendía muy bien. Había escrito gran número de artículos en revistas acerca de la inteligencia canina, artículos que llamaron mucho la atención entre los

naturalistas. Y precisamente porque los quería y porque los entendía mejor que nadie compró a Kazán y al enorme Danés. La negativa de los dos hermosos animales a matarse para diversión de trescientos hombres reunidos a fin de presenciar la lucha, le causó enorme satisfacción. Pensaba escribir un artículo acerca del divertido incidente. Sandy le comunicó la historia de la captura de Kazán y le habló de la hembra de éste y el profesor le dirigió innumerables preguntas acerca del particular. Pero cada día Kazán le causaba mayor extrañeza. Por mucha que fuese la bondad con que lo tratara, no lograba una mirada de reconocimiento del perro. Ni una sola vez expresó Kazán su buena voluntad para hacerse amigo del profesor. Sin embargo, no le gruñía ni trataba de morderle las manos cuando se acercaba. Frecuentemente Mac Trigger iba a la cabaña a visitar al profesor y siempre Kazán saltaba al extremo de su cadena con aviesas intenciones y no dejaba de mostrar sus blancos dientes mientras Sandy se hallaba en su presencia. Cuando estaba solo con Mac Gill permanecía quieto y tranquilo, pues algo le decía que el profesor llegó como amigo la noche en que él y el Danés estaban en la jaula que se construyó para que se mataran. En lo más profundo de su corazón de bruto consideraba a Mac Gill dife-

rente de los demás hombres; no tenía el más pequeño deseo de hacerle daño y lo toleraba, pero no mostraba ningún indicio de que aumentase su afecto, como le ocurría al Danés. Esto era lo que extrañaba al profesor, pues nunca había conocido perro que no acabase por quererlo.

Aquel día puso el salvado y la grasa delante de Kazán y la sonrisa de su rostro desapareció para dar lugar a una expresión de perplejidad. Los labios de Kazán se habían contraído y de su garganta salía un fiero gruñido. Erizósele el pelo a lo largo del espinazo y temblaron sus músculos. Instintivamente se volvió el profesor, y vió que Sandy Mac Trigger se había acercado sin hacer el más pequeño ruido y que su rostro brutal se contraía en una sonrisa al mirar a Kazán.

—Es una locura tratar de domar a esta mala bestia—dijo. Luego, con interés que no pudo disimular, preguntó—: ¿Cuándo emprende usted su viaje?

—Con las primeras escarchas—contestó Mac Gill—. Ya no tardarán. He de ir a reunirme con el sargento Conroy y sus hombres en Fond du Lac a principios de octubre.

—¿Y va usted a ir solo a Fond du Lac? —preguntó Sandy—. ¿Por qué no se lleva a un hombre que lo acompañe?

El pequeño profesor se echó a reir.

—¿Para qué?—preguntó luego—. He recorrido más de una docena de veces las corrientes del Athabasca y conozco el camino tan bien como el Broadway. Además, me gusta estar solo. Por otra parte, el trabajo no es muy pesado, pues la mayor parte de las corrientes se dirigen al Norte y al Oeste y la navegación es fácil.

Sandy miraba al Danés, dando la espalda a Mac Gill y una mirada equívoca brilló un momento en sus ojos.

—¿Se lleva usted a los perros?

—Sí.

Sandy encendió la pipa y siguió hablando como quien lo hace solamente por curiosidad.

—Seguramente deben de costar un pico esos viajes de usted ¿no es cierto?

—El último que hice, unos siete mil dólares. Este costará cinco mil.

—¡Caramba! Y ¿lleva usted tanto dinero encima? ¿No tiene miedo? Puede ocurrirle algo y...

El profesor miraba entonces en otra dirección y su rostro cambió por completo. Se endureció su mirada y una sonrisa, que no vió Sandy, distendió por un momento sus labios. Luego se volvió riendo.

—Tengo un sueño muy ligero—dijo—. Unos pasos, por leves que sean, me despiertan. Hasta la respiración de un hombre me haría abrir

los ojos cuando me propongo estar alerta. Y además...—Sacó de su bolsillo una magnífica pistola automática marca Savage, pavonada de azul de acero.—Sé usar esto—. Señaló entonces un nudo en la pared de madera de la cabaña.—¡ Mire !

Disparó cinco veces a veinte pasos de distancia, y cuando Sandy se acercó se quedó mudo de asombro, porque solamente había un agujero en donde antes estuviera el nudo.

—¡ Magnífico !—dijo a regañadientes—. Muchos quisieran tirar así con un rifle.

Cuando se marchó Sandy el profesor le siguió con la mirada y con extraña sonrisa. Luego se volvió hacia Kazán y le dijo :

—Me parece que tu le calaste. Ahora ya no te censuro el deseo de saltarle al cuello. Tal vez...

Se metió las manos en los bolsillos y entró en la cabaña. Kazán dejó caer la cabeza entre las patas anteriores y se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos. La tarde estaba avanzada, pues eran los primeros días de septiembre y por las noches se empezaba a sentir el fresco propio del otoño. Kazán estuvo observando el sol hasta que se desvaneció en el cielo del Sur. Después sobrevino rápidamente la obscuridad y el perro sintió un más violento deseo de recobrar su libertad. Noche tras noche había estado mordiendo su cadena de acero, y noche tras noche observaba la luna y las estrellas, y escuchaba, tratando de percibir la llamada de Loba Gris mientras el Danés dormía profundamente. Aquella noche era más fría que habitualmente y el viento fresco que soplaba del Este lo excitaba de un modo extraño, enardeciendo su sangre con lo que los indios llaman «hambre de escarcha». El verano letárgico habíase marchado ya y estaban al llegar los días y noches propios para la caza, en que soplan vientos que parecen cortar la carne. Kazán necesitaba recobrar la libertad y correr hasta sentirse exhausto, con Loba Gris a su lado. Sabía que ella estaba lejos, donde las estrellas brillaban en el claro cielo, y que lo esperaba. Tiró de su cadena y gimió. Toda aquella noche estuvo intranquilo, mucho más que en otra ocasión cualquiera. De pronto, a mucha distancia, oyó un grito que le pareció ser de Loba Gris y su respuesta despertó al profesor. Amanecía ya y Mac Gill se vistió y salió de la cabaña, notando con satisfacción la frescura del aire. Humedeció sus dedos y, manteniéndolos en alto, se alegró al notar que el viento soplaba del Norte.

Entre otras cosas dijo a Kazán que dentro de un par de días emprenderían la marcha.

Cinco días más tarde el profesor hizo entrar al Danés en una canoa y luego hizo lo mismo con Kazán. Sandy Mac Trigger los vió mar-

char y Kazán había estado atento por si se presentaba la ocasión de saltar sobre él. Pero Sandy se mantuvo a prudente distancia y Mac Gill, que observaba al hombre y al perro, tuvo una idea que hizo correr apresuradamente su sangre, aunque lo disimuló con una sonrisa tranquila y satisfecha. Cuando ya habían recorrido un kilómetro corriente abajo, puso sin miedo la mano sobre la cabeza de Kazán y algo en el contacto de aquella mano y en la voz del profesor refrenó el deseo de morder que sintió el perro. Toleró, pues, aquel acto amistoso con ojos inexpresivos y absoluta inmovilidad.

—Ya empezaba a temer que no podría dormir mucho, amigo—dijo,—pero me parece que gracias a ti podré echar un sueño de vez en cuando.

Aquella noche acampó después de haber recorrido veinticinco kilómetros por la orilla del lago. El Danés fué atado a un arbolillo a veinte metros de la pequeña tienda de seda, pero a Kazán lo sujetó a un grueso tronco que mantenía cerrada la entrada de la tienda. Antes de meterse aquella noche en la tienda, Mac Gill sacó su pistola automática y la examinó con el mayor cuidado.

Durante tres días continuaron el viaje sin el menor tropiezo a lo largo de la orilla del lago Athabasca. En la cuarta noche Mac Gill armó su tienda en un bosquecillo de pinos a un centenar de metros del agua. Durante todo el día recibieron el viento por la espalda y el profesor había estado observando con la mayor atención la conducta de Kazán, el cual sentía un olor, procedente del Oeste, que lo hacía estar intranquilo. Desde el mediodía no cesaba de olfatear el viento y el profesor lo oyó, por dos veces, gruñir sordamente. Otra vez en que el olor llegó más acentuado a sus hocicos, mostró los dientes, encolerizado, y se le erizaron los pelos del espinazo. El profesor no encendió ninguna hoguera después de acampar, sino que estuvo mirando a través del lago con unos gemelos de caza y al oscurecer regresó a la tienda, a donde dejara los perros. Miró atentamente a Kazán, el cual estaba todavía nervioso y de cara al Oeste. Mac Gill se fijó en este detalle y también en que el Danés tenía vuelta la cabeza al Este. En circunstancias ordinarias Kazán habría estado de cara a su compañero, de manera que no tuvo duda alguna de que había algo en el Oeste. Y al pensar en lo que podría ser, ligero estremecimiento recorrió su cuerpo.

Detrás de una roca encendió una pequeña hoguera y preparó la cena. Después se dirigió a la tienda, para salir en breve llevando una manta debajo del brazo y al pasar por el lado de Kazán, murmuró:

—Me parece que no vamos a dormir mucho esta noche, Kazán. No me gusta lo que olfa-

teas hacia el Oeste. Podría ser muy bien «una tempestad de truenos».

Se rió de su propia broma, se instaló a treinta pasos de la tienda, junto a un matorral, y, envolviéndose en la manta, se echó a dormir.

La noche era tranquila, estrellada, y horas después Kazán tendió la cabeza entre las patas delanteras y se adormiló, pero muy pronto lo despertó el crujido de una rama. El Danés siguió durmiendo, pero Kazán se puso inmediatamente en pie, olfateando nerviosamente el aire. El olor que percibiera durante el día era entonces muy fuerte a su alrededor y permaneció quieto y tembloroso de impaciencia. Lentamente, desde más allá de los árboles que cobijaban la tienda, apareció una figura que no era la del profesor. Se acercó con cautela, con la cabeza baja y hundida entre los hombros, y la luz de las estrellas puso al descubierto el criminal rostro de Sandy Mac Trigger. Kazán se acurrucó, con la cabeza entre sus patas anteriores, mientras enseñaba los dientes. Pero no hizo ruido alguno que revelara su presencia debajo del matorral. Paso a paso, se acercó Sandy y por último llegó a la entrada de la tienda. Entonces no llevaba en la mano garrote ni látigo alguno, sino algo de acero que brillaba. Detúvose a la entrada de la tienda y miró al interior dando la espalda a Kazán.

Silenciosa y rápidamente, y obrando como

los lobos en cada uno de sus movimientos, Kazán se puso en pie. Olvidó la cadena que lo retenía, pues a tres metros de distancia estaba el enemigo que odiaba sobre todos los demás que conociera. Y toda la fuerza de su espléndido cuerpo se concentró para saltar.

Por último dió el salto y tan violento fué que la cadena no lo retuvo, aunque el choque de la rotura castigó duramente su cuello. El tiempo y los elementos habían adelgazado la piel del collar que llevaba desde la remota época de su esclavitud en el tiro del trineo, y se rompió con ligero ruido. Sandy se volvió y después de un segundo salto, los dientes de Kazán se clavaron en su brazo. Dando un grito de asombro y dolor el hombre cayó, y mientras con su enemigo se revolcaba por el suelo, se oyó la bronca voz del Danés que daba la alarma mientras tiraba con toda su fuerza de la cuerda que lo retenía. En la caída Kazán perdió la presa y en un momento estuvo nuevamente en pie, dispuesto para la acometida, pero entonces cambió repentinamente de idea. Observó que estaba *libre*. Ya no sentía el collar, y el bosque, las estrellas y el viento lo rodeaban. A su lado estaban los hombres, pero lejos se hallaba Loba Gris. Agachó las orejas y como una sombra se deslizó hacia las tinieblas y hacia la libertad gloriosa.

A un centenar de metros ocurría algo que le

obligó a detenerse por un instante. No era ya la voz del enorme Danés, sino el seco *crac, crac, crac* de la pistola automática del profesor. Y dominando el ruido de las detonaciones surgió la voz de Sandy Mac Trigger en terrible y desesperado grito.

Capítulo XXV — *Un mundo vacío*

Kazán continuó infatigablemente la marcha. Por espacio de algunos minutos se sintió oprimido por el grito de muerte que profiriera Mac Trigger al caer, y se deslizó detrás de unos arbustos, con las orejas gachas, como una sombra. Luego salió a una llanura y la tranquilidad de la noche, las innumerables estrellas en la clara bóveda del cielo y el aire purísimo y fresco que consigo llevaba el aliento de las tierras estériles árticas, le devolvieron su aplomo y el instinto vigilante. Se volvió en la dirección del viento.

En alguna parte, hacia el Sur o hacia el Oeste, estaba Loba Gris. Por vez primera en varias semanas se sentó sobre sus ancas y profirió un aullido vibrante que se difundió por espacio de muchos kilómetros. Desde el lugar en que estaba atado lo oyó el Danés y gimió en respuesta. El profesor, que estaba inclinado sobre el cuerpo de Sandy, se incorporó también y escuchó con la mayor atención, en espera de un segundo aullido. Pero el instinto dió a entender a Kazán que nadie le contestaría entonces y pro-

siguió apresuradamente la marcha, galopando kilómetro tras kilómetro, como perro que sigue el rastro para volver a la casa de su amo. No se dirigió hacia el lago ni tampoco hacia Red Gold City, sino que en línea tan recta como si siguiera un camino perfectamente trazado, recorrió los sesenta kilómetros de llano, terreno pantanoso, rocas y bosques que había desde el campamento del profesor al Mac Farlane. Durante toda aquella noche no volvió a aullar llamando a Loba Gris. En él los razonamientos se basaban con preferencia en la costumbre, y como Loba Gris le había esperado muchas veces, se dijo que, sin duda, debía de estar aún aguardándole en la faja de arena del riachuelo.

A la aurora llegó al río, situado a tres millas de la faja de arena, y apenas había salido el sol cuando se halló en el lugar en que él y Loba Gris fueron a beber. Confiado miró a su alrededor en busca de su compañera, gimiendo al mismo tiempo y moviendo la cola. Luego, observando que no la veía, empezó a buscar su rastro, pero las lluvias habían borrado no solamente el olor, sino también las huellas. Durante todo el día buscó a lo largo del río y por la llanura, y se llegó, incluso, a donde mataron el último conejo. Husmeó los matorrales en que Mac Trigger dejara los cebos envenenados y repetidas veces dejóse caer sobre las ancas para proferir un aullido. Y lentamente,

mientras hacía todo esto, la Naturaleza estaba obrando en él el milagro que los *crees* han denominado la «llamada del espíritu».

Y de la misma manera que obrara en Loba Gris, excitó la sangre de Kazán. Con la aparición del sol se dirigió hacia el Sudeste. Su mundo entero estaba señalado por las pistas en que había cazado. Más allá ignoraba incluso la existencia de otros lugares y en el mundo que conocía, pequeño en su comprensión de las cosas, estaba Loba Gris. No podía perderla. Aquel mundo, en su concepción, comprendía desde el Mac Farlane, en una pista estrecha a través de los bosques y sobre las llanuras, hasta el valle del que los habían hechado los castores. Forzosamente Loba Gris debía de estar en alguno de estos parajes e incansablemente continuó buscándola.

Hasta que el cielo volvió a oscurecerse a la llegada de la noche, no se vió detenido por la fatiga y el hambre. Mató un conejo y después de haber comido se echó allí mismo y durmió por espacio de algunas horas. Luego prosiguió el camino. A la cuarta noche llegó al pequeño valle entre las dos colinas, y bajo las estrellas, más brillantes entonces en la fría claridad de las noches de otoño, siguió la corriente del arroyo hasta la guarida que antes tuvieran en el terreno pantanoso de que los arrojaron los castores. Era día claro cuando llegó a la orilla

del pantano de los castores, que entonces rodeaba por todas partes la guarida situada en una pequeña elevación del terreno. Diente Roto y los demás castores habían realizado una transformación extraordinaria en lo que antes fuera el lugar de su vivienda y por espacio de varios minutos Kazán permaneció inmóvil y silencioso, olfateando el aire lleno del desagradable olor de los usurpadores. Hasta entonces no había perdido el ánimo. Con los pies doloridos, los ijares hundidos y la cabeza descarnada, dió lentamente la vuelta en torno del pantano. Durante todo aquel día siguió buscando. Y entonces no estaban erizados los pelos de su espinazo y se advertía ya el desaliento en sus espaldas y en la mirada de sus ojos.

Loba Gris no estaba.

Lentamente la naturaleza insistía en este hecho. Había desaparecido ya de su mundo y de su vida y él se sentía tan solo y tan triste que hasta el mismo bosque le parecía extraño y la tranquilidad de la selva se le mostraba como algo imponente. Una vez más, el perro dominaba al lobo. Con Loba Gris había vivido en el mundo de la libertad y sin ella aquel mismo mundo era tan grande, extraño y vacío, que le daba miedo. Más tarde, al oscurecer, llegó a un montón de conchas rotas de molusco a la orilla de la corriente. Las olió, se volvió en otra dirección, regresó junto a ellas y las volvió a oler.

Allí comió Loba Gris por última vez antes de continuar su viaje al Sur. Pero el rastro que dejó tras ella no era bastante fuerte para guiar a Kazán, y por segunda vez se alejó. Aquella noche durmió bajo un tronco caído ; gimió tristemente antes de dormirse y más tarde despertó de su sueño, para gemir de nuevo como un niño. Y día tras día y noche tras noche Kazán fué un tímido animal en las cercanías del pantano, llorando por el único ser que lo sacó del caos a la luz, que llenó el mundo para él, y que, al alejarse de él, se había llevado de este mundo incluso las mismas cosas que Loba Gris perdiera en su ceguera.

Capítulo XXVI La llamada de la Roca del Sol

En la dorada gloria del sol de otoño, llegaron, remontando la corriente dominada por la Roca del Sol, un hombre, una mujer y una niña que tripulaban una canoa. La civilización había hecho con la amable Juana lo que hiciera antes con otras flores silvestres trasplantadas a ella desde la vida en plena naturaleza. Sus mejillas estaban delgadas y descoloridas y sus azules ojos habían perdido su brillo. Tosía con frecuencia y, cuando lo hacía, el hombre la miraba amorosamente y con el temor pintado en sus ojos. Pero ya notaban la lenta transformación, y el día en que la canoa empezó a navegar por la corriente que atravesaba el maravilloso valle en que vivieran antes de ser atraídos por la llamada de la ciudad distante, el hombre observó con alegría que la sangre volvía a colorear sus mejillas y sus labios y que en su mirada renacía el brillo de la alegría y de la dicha. Al ver estas cosas el hombre se reía satisfecho y bendecía a los bosques. Ella habíase reclinado en la canoa, con la cabeza caída casi sobre el hombro de su esposo, que cesó de remar para

acariciar los gruesos mechones de sus dorados cabellos.

—Veo que eres feliz de nuevo, Juana—dijo alegremente—. Los médicos tenían razón. En realidad formas parte de los bosques.

—Sí, soy feliz — murmuró. Y luego hubo cierto temblor en su voz cuando señaló una faja de arena que se internaba en la corriente—. ¿Te acuerdas... hace ya muchos años, cuando Kazán se separó de nosotros en este mismo lugar? Ella estaba en la orilla, llamándolo. ¿Te acuerdas?—Hizo una pausa y, más conmovida de lo que aparentaba, añadió: —¡Quién sabe dónde estarán ahora!

La cabaña estaba tal cual la dejaron. Unicamente la roja vid *bakneesh* había crecido alrededor de ella y también algunos arbustos, y altas hierbas cubrían casi las paredes. Una vez más la vida animó la habitación y todos los días se coloreaban un poco más las mejillas de Juana, cuya voz era ,como antaño, dulce y agradable como una canción. Su esposo recorría los lugares en que pusiera sus trampas y Juana y la pequeñita, que ya correteaba y hablaba, transformaban la casa en hogar. Una noche el hombre volvió tarde y al entrar observó que en los azules ojos de Juana había cierto brillo inusitado y que la emoción hacía temblar su voz.

—¿Has oído?—preguntó—. ¿Has oído la llamada?

El hizo una señal de afirmación acariciando la cabeza de la joven.

—Estaba a un kilómetro de distancia—dijo—. La he oído.

Juana le estrechó las manos, añadiendo:

—No era Kazán, porque habría reconocido su voz. Pero me pareció que era la misma llamada que ella nos envió la mañana de nuestra marcha.

El hombre permanecía pensativo. Juana estaba realmente emocionada.

—¿Quieres prometerme que nunca pondrás trampas ni cazarás lobos?—preguntó.

—Ya había pensado en eso — replicó él—. Después de oir el aullido tomé esta resolución. Sí, te lo prometo.

Juana le echó los brazos al cuello.

—Podrías matarlos—murmuró.

De pronto se interrumpió y ambos aguzaron el oído. La puerta estaba entreabierta y hasta ellos llegó una llamada de los lobos. Juana corrió a la puerta y su marido la siguió. Luego los dos permanecieron silenciosos y con intensa emoción Juana señaló la llanura iluminada por las estrellas.

—¡Escucha!—dijo—. Es el grito de ella y procede de la Roca del Sol.

Sin poder contenerse corrió al exterior, olvidándose de su marido y hasta de que la pequeña estaba sola en la cama. Y entonces oyeron a gran distancia otro aullido de respuesta, un aullido que parecía formar parte del gemido del viento y que estremeció a Juana hasta hacerla estallar en sollozos.

Echó a correr por la llanura y luego se detuvo iluminada por la brillante luz de la luna de otoño. Transcurrieron algunos minutos antes de que la llamada se repitiera, pero entonces resonó tan próxima, que Juana hizo con sus manos un portavoz y gritó con toda su fuerza:

—¡Kazán! ¡Kazán! ¡Kazán!

En lo alto de la Roca del Sol, Loba Gris, enflaquecida por el hambre, oyó el grito de la mujer y el aullido que estaba a punto de surgir de su garganta se transformó en gemido. Hacia el Norte vióse pasar rápidamente una sombra que al fin se detuvo y por un momento permaneció inmóvil como una roca. Era Kazán. Extraño fuego recorrió su cuerpo y todas las fibras de su inteligencia de bruto se estremecieron, dándole a entender que estaba en su tierra. Allí era donde hacía muchísimo tiempo había vivido, amado y combatido, y en el acto los sueños que casi se habían borrado de su memoria reaparecieron como cosas reales y vivas, porque a través de la llanura oyó nuevamente la voz de Juana.

Esta, a la luz de la luna, estaba emocionada y pálida. De pronto, apareció Kazán, arrastrándose sobre su vientre, jadeante y gimiendo de

alegría al ver a la joven. Esta se acercó a él, con los brazos abiertos, y pronunciando el nombre del perro entre sollozos. Mientras tanto el hombre contemplaba la escena desde alguna distancia, maravillado y comprensivo. Ya no temía ahora al perro lobo. Y mientras Juana acariciaba la peluda cabeza del perro, oyó el gemido de gozo de éste y la voz sollozante de aquélla. Volvió la mirada hacia la Roca del Sol, murmurando:

—¡Dios mío!...

Y como en respuesta a su pensamiento, a través de la llanura llegó nuevamente el aullido con que Loba Gris expresaba su soledad y su tristeza. Como azotado por un látigo, Kazán se puso en pie, olvidándose de Juana, de su voz y de la presencia del hombre, para huir.

Momentos después se había perdido de vista y Juana se encontró en los brazos de su esposo, cuya cabeza tomó entre sus manos, diciendo:

—¿Lo crees ahora? ¿Crees ahora en el Dios de mi mundo, en el Dios con quien he vivido, y que da alma a los animales y que nos ha traído una vez más a nuestra casa?

El la estrechó suavemente entre sus brazos.

—Creo, Juana mía—murmuró.

—Y ¿comprendes ya lo que significa el mandamiento «No matar»?

—Sí, lo comprendo—contestó.

Las manitas de la joven golpearon cariñosamente su rostro. Sus azules ojos, iluminados con la gloria de las estrellas, miraron a los de su esposo.

—Kazán y *ella*... tú y yo... y la niña. ¿Sientes haber vuelto?—preguntó.

El estrechó nuevamente en sus brazos a la joven, que no pudo oir las palabras murmuradas junto a su suave cabello. Y después de esto, por espacio de algunas horas, estuvieron sentados ante la puerta de la cabaña, a la luz de las estrellas. Pero ya no volvieron a oir el solitario aullido procedente de la Roca del Sol. Juana y su marido comprendieron.

—Mañana nos hará otra visita—dijo el hombre—. Ven, Juana, entremos.

Entraron juntos en la cabaña.

Y aquella noche, uno junto a otro, Kazán y Loba Gris cazaron en la llanura iluminada por la luna.

FIN

Lector:

Si ha sido de su agrado la presente novela, lea

Barí, hijo de Kazán

que se publicará en esta misma colección en el mes de Febrero de 1927